

B DE BELLA

NO ES UN CUENTO DE HADAS



B DE BELLA

NO ES UN CUENTO DE HADAS

Kris Buendia

Es guapo y elegante. Misterioso y Bestia. Un importante Senador. Nuestro primer encuentro fue perfecto, pensé que lo había dejado atrás cuando me fui esa noche y me mudé a otro país. Pero un año después, me vuelvo a encontrar con él. Ahora como su asistente.

Él no sabe que hace un año pago una noche para estar conmigo Él no sabe que por algunas noches dejo de ser su aburrida asistente ejecutiva.

Él no sabe que soy Bella, una mujer con heridas y dama de compañía, una porque la que ha vuelto a pagar otra noche. Miscreto está a salvo mientras no me reconozca... y mientras no se enamore de mí.

¿La bestia será Dominada por la Belleza?

I

Las cajas siguen sin abrir en la pequeña sala de mi apartamento. Lo que me recuerda que no pertenezco a este lugar. Y sin importar lo que haga o deje de hacer, ya no puedo regresar atrás.

Y más si hoy es mi primer día de trabajo en el Palacio de Senado de Rusia. No soy rusa del todo, pero mi padre lo era, supongo que ese fue el primer punto a mi favor, el saber dominar bien el idioma. En cuanto a mi madre, ella está en un centro especial de salud mental, ha estado ahí desde que mi padre fue asesinado producto de un asalto con arma de fuego.

Sin importar todos los trabajos que haya tenido, ninguno ha sido suficiente para mantener a mi madre ahí y que pueda recibir la ayuda que necesita. He tenido que hacer cosas que no me enorgullecen, pero tampoco bajaré la mirada ante ello. Tengo que ahorrar todo lo posible para trasladar a mi madre aquí en Rusia y que desde casa pueda recibir la ayuda que necesita y vencer la depresión.

El trabajo parece bueno. Estudié comunicaciones, he trabajado como secretaria para otros senados en Estados Unidos y he sido asistente de ejecutivos importantes también, gracias a ellos obtuve buenas cartas de recomendaciones que me trajeron hasta aquí.

Fui despedida de mi último trabajo gracias al idiota de mi exjefe, Serkin.

Me enteré de que, trabaja en Rusia y espero, solamente espero que esté tan lejos de mí como sea posible.

No puedo cometer el error y enrollarme con alguien del trabajo. Esa fue la regla número uno que marqué en cada rincón de mi cabeza antes de aceptar este trabajo. Quizá la gente aquí sea más amable y sobre lo otro, quizá deba de jarlo algún día. Solo quizá, pero eso es otra historia que aun que no me enorgullezca, no es momento de pensar en ella.

—Debes encargarte de eso, Ana —Me dice mi mejor amigo y compañero de apartamento, Carli. Mi amigo es una de las mejores personas que he conocido. Ha salvado mi vida muchas veces y le estoy agradecida por todo y por que rer venir conmigo a esta nueva aventura.

Llevamos unos meses aquí y él desempacó en tiempo récord. Siempre es tan perfecto en todo. Delgado, ojos verdes y cabello negro. Todo un modelo de

revista y por supuesto, lo es, aunque su sueño también es ser actor de telenovelas. Es apasionado y entregado en lo que hace. Lo admiro por eso.

Carli está en el mundo del modelaje y es por eso que también acepté vivir con él y buscar mi suerte en este país, ambos tuvimos la bendita suerte de que nos contrataran, aunque mi amigo es un conquistador todo follador de primera.

Las reglas son claras, una mujer diferente desfila cada noche, no se vale repetir o hay problemas.

No tengo problema con ello. Todos pueden hacer de su vida lo que quieran mientras no afecten a otros. Carli está bien con mi otro estilo de vida y yo con el suyo, jamás he sido juzgada por él y eso lo aprecio.

Nos conocimos hace un par de años al salir de la primaria y prácticamente somos como hermanos. A mi buena suerte no soy su tipo, soy demasiado "perfecta" por lo que no quiso intentarlo conmigo y lo agradezco, hicimos el clic perfecto como mejores amigos y sobre lo de ser perfecta lo sigo discutiendo con él.

—Lo creas o no, estoy limpiando poco a poco. Estoy por ir de compras para encontrar donde guardar cada cosa en su lugar.

Él sabe que parte de eso es cierto.

—Puedes guardar en mi armario, lo sabes.

—¿Y encontrarme con una de tus chicas? No gracias. Suficiente tuve la última vez con que una de ellas me confundió con tu novia.

Recuerdo eso como que fuese ayer.

—Sí, me costó el polvo de mi vida. Me costó convencerla.

—Me imagino cómo —Pongo los ojos en blanco — Estuviste toda la noche convenciéndola que solamente era tu hermana.

—Preciosa, con ese trasero que tienes todas las chicas se sentirían celosas.

—Coincido. Todas son esqueléticas ¿Qué pasa contigo?

Se echa a reír a carcajadas y yo lo sigo después. Terminó mi café y sirvió una taza para él.

—Gracias, cariño. Te veo después.

—Deséame suerte —Le grito por el umbral de la puerta antes de salir. Entro al elevador y marco el primer piso. Me miro por el espejo del elevador, inspeccionando el atuendo que Carli ha elegido para mí. Unos magníficos pantalones negros ajustados, una blusa de seda color crema y una chaqueta a juego con mi pantalón. También mis zapatos de tacón y mi cabello casi rubio alisado ha sido elección de Carli. Siempre me gusta que sea mi emergencia en

cuanto a estilo se trate. No sabía cómo tenía que vestirme aquí, en Estados Unidos no es tan remilgado, pero está bien eso.

El Palacio del Senado es un palacio neoclásico en el Kremlin de Moscú. Fue construido a finales del siglo XVIII por órdenes de Catalina la Grande y sirve desde 1991 como la residencia laboral del presidente de Rusia.

O eso fue lo que leí en Wikipedia antes de ponerme al día. Todavía no sé cuáles serán mis asignaciones o para quién trabajaré directamente. Lo que sí sé es que la línea de senados es bastante importante y metódica.

Mi blanca piel aterciopelada le hace burla a mi atuendo de traje tal cual una empresaria exitosa.

Mi largo cabello claro como el champán es mi parte favorita. Siempre me gusta llevarlo suelto, incluso cuando estoy en casa, pero hoy tuve que acomodarlo todo en una coleta alta que hace alzar mis pequeños zarcillos de blancas perlas que dan ajuego con micollar.

Ni siquiera me reconozco. Y espero que esto haya va lidotanto lapena como la esperay lo tedioso que sé que será mi estadía en ese palacio lleno de rusos.

Yo también soy rusa, pero de mi padre no tengo nada.

Me parezco mucho a mi madre. Su tés blanca, su cabello color negro que quizá tuvo cuando aún era joven. Ahora tiene el cabello cenizo y es hermoso.

Mis ojos verdosos también los saqué de ella, supongo que fue el carácter lo que heredé de mi padre, como si eso fuese un vil cumplido.

Me lo digo a mí misma siempre. Si tan solo él estu viese aquí, las cosas quizá no sean fáciles pero tampoco me sentiría sola al saber que ambos están juntos y que él cuida a mi madre en mi ausencia.

Me siento fatal de estar a miles de kilómetros lejos de ella.

El gran océano que nos separa quisiera que se convirtiera en una simple laguna y estoy segura que iría al otro lado nadando.

Pero la realidad me da una terrible cachetada y me recuerda que debo trabajar. Dos trabajos que uno, no es lo que amo. Y estoy segura que olvidé por completo a la mujer en la que quería convertirme por ser una mujer de veintitrés años que lucha y se rompe el lomo trabajando como campesina en apuros.

A lo mejor un día de estos mis sueños se hagan realidad. Como lo es que mi madre esté cerca de mí y reciba la ayuda que necesita fuera de ese terrible lugar del cual no he logrado que salga.

Tener un trabajo decente, uno en el cual no sea humillada por mi jefe y sea respetada y que mi trabajo hable por mí.

En cuanto aterrizo fuera del elevador, el portero me sonríe de manera exagerada.

En el momento en que me encuentro afuera, me abraza los olores y sonidos de Moscú. Nunca antes había estado aquí. Lo que me hace mitad rusa. Mi madre por otro lado era una empedernida neoyorquina. Y digo era porque dej  su esencia desde que murió mi padre. Siempre quise venir aquí con él. Pero desde que era una niña se la pasaba trabajando y cuando me convertí en una adulta, los accidentes pasan y mueres.

Al menos el culpable también murió en el impacto. No he tenido la oportunidad de caminar por las calles, en esta temporada.

Un auto espera por mí y eso es algo que no me esperaba pero era una opción a la cual no estaba dispuesta a dejar ir.

—Señorita Petrova, buenos días. —El hombre de traje se dirige a mí. Lo ha enviado el palacio. Supongo que es algo que se podían costear o que mi presencia es fundamente importante y mi puntualidad también que se vieron en la obligación de darme mi propio chofer.

—Buenos días.  Cu l es su nombre? El hombre podría ser mi hermano mayor. Sus rasgos son suaves y desde aquí puedo ver su alianza de matrimonio. Es amable y poco tímido.

—Me llamó Ryan, señorita.

Le tiendo la mano amablemente para presentarme.

—Bien, Ryan si vamos a trabajar juntos más te vale que me llames por minombre. Anabella, sin más. Aunque mis amigos me dicen "Anabella" si llegamos a ser amigos tienes permitido llamarme así.  l sonríe y arrugas se forman en sus ojos y expresiones ante mis palabras.

—Mucho gusto, señorita.

 l toma mi mano y la sacude en el aire.

—Gracias por venir por mí. —Le digo mientras abre la puerta del Mercedes para mí.

Segundos después él entra y damos marcha al palacio.

Hay demasiado silencio por lo que eso también tiene que cambiar.

— Qu  música te gusta, Ryan? Me mira por el retrovisor confuso ante mi pregunta. Por lo que decido ayudarlo un poco.

—No me gusta el silencio y dudo mucho que seas un hombre que le guste conversar mucho, por lo que la música puede ayudar.

—En todo caso  Qu  música le gusta a usted, señorita Anabella? No voy a lograr que deje lo oficial, así que le permito al menos que me llame así. Al

menos me dice mi nombre y no me llama por mi apellido.

—Me gusta mucho la música en inglés.

A pesar de que hablamos en ruso no estoy segura si habla inglés por lo que le hablo en ese idioma también y por suerte logra entenderme.

—No sabía que no era rusa.

—Al menos la mitad de mí lo es. Y respondiendo a tu pregunta. Me gusta la música en inglés, Rihanna, Lorde, Michael Jackson. La ópera. En realidad me gusta un poco de todo.

Él sonrío de nuevo como si la vida llegara a su cuerpo. Se relaja y decide encender el reproductor. Escucho de inmediato a Michael Jackson y sonrío para mis adentros.

—Nos vamos a llevar bien, Ryan.

Llegamos al palacio. La entrada es un gran protocolo tal cual el ingreso en una Casa Blanca. Los guardias de seguridad me piden mi identificación. Observan la fotografía y a mí.

—Es mi primer día de trabajo, señor oficial.

Como estaca en el culo, apenas y levanta una ceja ante mis palabras. Sin más me entrega mi identificación y le hace una nueva a Ryan para que continúe el camino. Si así tendrá que ser todos los días, paso. Desde ya el primer amargado de la mañana. Menos mal que Ryan es amable y tiene muy buen gusto por la música.

Me deleito viendo el recorrido del palacio. Es un trayecto como de dos minutos o más antes de llegar a la entrada principal, la otra entrada y última.

Todo está repleto de área verde, árboles perfectamente podados y muchas flores diminutas por todo el camino de cemento.

Me pregunto cómo será por dentro o cuántas personas habrá, eso ya lo sabré en unos minutos y además, cuáles serán mis tareas asignadas. Espero y me toque con el bueno. Siempre este tipo de trabajo es para ser la asistente/secretaria de uno de los senadores, espero y no me toque el peor de todos o peor aún él más importante de todo el senado.

En mi hoja de vida ponía que había sido una simple asistente ejecutiva y que había sido asistente de política y otras personas importantes y empresas. En realidad mi currículum es impresionante si debo admitir.

Me he partido toda mi vida buscando el mejor trabajo y cubriendo las mejores plazas, pero todas se han con vertido en trabajos temporales y con malas experiencias, aunque he aprendido en el ámbito laboral todo lo que sé, quisiera encontrar uno lo suficientemente bueno para que dar me y poder tener

a mi madre conmigo.

Me quedo impresionada viendo el palacio por dentro. Hay alrededor de cien personas en el lugar, al menos esta área. Hombres trajeados hablando por un auricular. No tengo idea de con quién tengo que hablar, pero me adentro a la incertidumbre y al bullicio de la sala principal. Al momento de hacerme presente me encuentro con una sala inmensa y una conferencia de prensa a punto de comenzar. Me pregunto de qué se tratará y si tengo permitido estar en este lado de la sala.

—Buenos días, la conferencia de prensa comenzará en breve.

Comienza a decir un hombre de traje. Quizá uno de los voceros. Yo qué sé, me mantengo cerca de un rincón pero soy empujada por un par de periodistas. El bullicio se hace eco en mi cabeza cuando la multitud se emociona al tomar su lugar y en unos pocos segundos después se hace presente el protagonista principal de todo este circo de personas.

Un traje immaculado de tres piezas. Una mirada fría y un porte varonil.

Un cabello castaño y poco desaliñado es tocado por unas grandes y fuertes manos adornadas por unos dedos largos y perfectos. No sé por qué me fijo en ese tipo de cosas pero lo hago.

Su mandíbula está apretada como si este tipo de cosas le enfadara. Eligió una mala carrera entonces y algo me dice que esta parte no es su favorita.

Los periodistas y cámaras tienen su atención. Y al momento en que abre la boca me estremezco al escuchar el sonido de esa voz.

—Buenos días.

Algunos levantan la mano en un perfecto orden y esperan ser elegidos como si se tratara del mismo aire para respirar.

Me quedo a observar, aún no he conocido a la persona a que me dirigirá mi lugar de trabajo. Y me deleito a observar a este hombre de armadura de hielo frente a mí a lo lejos. Responde preguntas y otras las evade con maestría.

Hablan sobre la mejora de algunos hospitales, como también propuestas para recaudar fondos.

Tras un par de minutos, comienzo a aburrirme cuando toda la multitud se voltea hacia mí al momento en que doy un paso hacia atrás.

Mi instinto me dice que vea hacia la pequeña tarima y me encuentro con un par de ojos azules taladrándome de pies a cabeza como si esperara algo de mí. Se supone que tengo hablar.

¿Y por qué tengo que hablar? No sé qué otra cosa hacer, así que sonrío, pero no parece suficiente.

—H...Hola.

El hombre, cuyo nombre desconozco por una ilógica razón, sigue mirándome con cara de pocos amigos.

Escucho un susurro detrás de mí y me sobresalto.

—Señor Vólkov.

Es su apellido. Uno que le hace justicia a ese porte duro que tiene. La gente espera a que continúe y yo ni si quiera consigo articular o formar las palabras en mi cabeza. Entonces su nombre y su rostro hacen memoria en mi cabeza.

Valentino Vólkov. El presidente del consejo de la Federación de Rusia. Un hombre respetado y temido por todo el consejo y también mano derecha del presidente. Muchos le han puesto precio a su cabeza, no se deja dominar ni comprar por nadie. Su reputación es intachable aunque de su vida privada no se sabe absolutamente nada.

—Sí se va a quedar ahí muda será mejor que le dé la palabra a alguien más, señorita.

Escucho algunas risas. El muy cabrón sin conocerme quiere humillarme o más bien lo está intentando. No se da cuenta que no soy una periodista y que no me interesa hacerle ninguna pregunta. Bueno sí, pero serían para otro tipo de público y en otro lugar.

Como por ejemplo si es heterosexual. El hombre necesita un buen polvo. Ya sea de una mujer o de un hombre lo que sea para que quite esa cara, está bien por mí, aunque el nudo en mi garganta por imaginarme que sea homosexual es desconcertante al punto de sentirme decepcionada.

—¿Disculpe? —Escucho que dice. Ni siquiera he abierto mi boca ¿O sí? ¡Mierda !¿Acaso he hecho la pregunta en voz alta?! ¡Qué me trague la tierra! Madre mía, ahora estoy despedida y ni siquiera he comenzado mi trabajo.

La gente comienza a hablar entre si, me giro sobre mi propio eje y la persona que susurró su nombre en mi oído ha desaparecido. Un hombre alto me fulmina con la mirada, viste de traje y se dirige hacia mí, algo me dice que es con él que debía encontrarme, pero en vez de ello estoy aquí parada.

—Un momento, Fox —El señor Vólkov le habla y hace una pequeña reverencia. Me detengo sin hacer nada, incluso sin respirar hasta que vuelvo a escuchar su voz y se apodera de cada una de mis entrañas.

—Señorita, le daré la oportunidad de repetir su pregunta, esta vez viéndome a la cara. ¿Acaso se ha vuelto loco?

—Ni siquiera sé qué pregunta hice —Digo en voz baja. Fox quien está cerca

de mí me habla y me ayuda a recordar mi pregunta.

—Le has preguntado si le gustan las mujeres. Abro los ojos como platos y él hace lo mismo. Parece que ambos no podemos respirar. La gente está esperando que hable, menos mal que no hay cámaras. Me obligo a ver a mi alrededor y en efecto. Hay una, aunque no sé de dónde sea, esto estará en televisión nacional ¡O internacional! Respiro hondo y lo veo. Sigue ahí con su porte duro y serio. Si he de ser despedida al menos lo haré con la frente en alto.

—Lo siento, señor Vólkov —Le hablo alto y firme —Ya que se me ha dado la oportunidad de repetirme, reformularé mi pregunta. Los demás están atentos y yo tengo mis puños bien apretados a ambos lados de mi cuerpo.

—Ya que, en ningún medio se habla o se sabe más allá de su vida como senador, quise hacer la pregunta sobre si es gay o no para que esto sirva como inspiración a la comunidad LGBT. Hace un rato usted hablaba sobre recaudar fondos a varios centros, pero ninguno sobre el apoyo a ellos. Recordemos que, más de alguno votó por usted.

Se hace silencio de nuevo y Fox maldice por lo bajo. Espero no haberla cagado más.

Ahora todos esperan su respuesta y yo también. Al cabo de unos segundos él abre sensualmente su boca para responder.

—¿Su nombre?

—¿Mi...nombre?

—No me haga repetir, señorita. Joder.

—Mi nombre es Anabella Petrova —Digo en un perfecto ruso como lo era mi padre.

Enarca las cejas un poco sorprendido. No parece que corriera sangre rusa por mis venas, desconozco muchas cosas de aquí, menos el idioma.

—Bien, señorita Petrova. Supongo que es su primera vez aquí, de ser así no estaría haciéndose pasar una burla internacional, dada a su pregunta. De haber estado en las conferencias anteriores se habría dado cuenta de que, una de nuestras campañas es apoyar a la comunidad LGBT. —Yo...

—Y respondiendo a su pregunta incoherente e irrelevante en esta junta. No, no soy gay ¿Y usted? Abro los ojos como platos y no respondo.

—Es lo que pensé —Corta de inmediato. Más personas levantan la mano y es mi momento para salir corriendo. Él no me quita la mirada en ningún momento y me siento pequeña, me siento ridícula y me siento una extraña, bueno, eso lo soy. Me clavó la estaca que tenía en el culo directo al pecho.

Que te pregunten en tele visión internacional si eres gay es una de las peores cosas que alguien debe hacer. Ahora seré la burla y la reina de los memes.

Alguien me toma del brazo, Fax.

—¿Cómo demonios se te ocurre preguntar eso?

—Lo siento, me perdí y llegué sin querer.

Soy arrastrada del brazo por todo el pasillo del palacio hasta que llegamos a una oficina. Soy la primera en sentarme. Fax me da un vaso con agua y él se sirve un trago.

—Creo que necesito uno también.

Lo piensa por un segundo y termina dándome otro a mí, me lo llevo enseguida a la boca y me escoce la garganta. No puedo creer lo que acabo de hacer.

—Yo lo siento mucho, de verdad tengo ese defecto que a veces no tengo filtro y no me doy cuenta cuando hablo en voz alta.

—Esa no es excusa, niña.

—Lo sé.

Tras un par de minutos y el pulso aun acelerado. Fax abre una carpeta y la analiza. Es mi carpeta dónde está mi hoja de vida.

—Anabella Gisse Petrova Smith —Repasa mi nombre —Tienes un currículum impresionante, no dudo mucho el por qué te elegí entre todas las candidatas, ahora déjame hacerte una pregunta ¿Crees que te lo mereces después del numerito que acabas de hacer?

No sé qué decir.

—Y al señor Vólkov. El jodido presidente del palacio. Por su tono de voz, creo que está en trance, como yo.

—Me iré de inmediato, claramente acabo de cagar...

Me hace mala cara.

—Perdón, acabo de arruinarlo todo. Y yo soy la única culpable.

Se lleva otro trago a la boca y se peina el cabello con los dedos. Fox es un poco mayor que mí, pero su forma de ser es como la de un hombre joven, tiene ojeras y ya me imagino por qué. A pesar de ser un hombre guapo creo que no sabe cuándo fue la última vez que tuvo una cita. A menos que sea gay.

Joder conmigo y mi lupa de gays.

—Si no fuera gay —Me saca de mis pensamientos —Te azotaría aquí mismo. Eres bastante guapa y tienes suerte si el senador Vólkov quiere que te quedes.

—¿Acaso he vuelto a decir la palabra con G en voz alta?

Levanta las cejas, fulminándome con la mirada.

—Acabas de echarme un sermón sobre tener citas y que debo relajarme. Tienes razón, pero no es tu asunto. Por lo tanto. Vas a salir a disculparte con la prensa y todo aquel que veas en el pasillo. De castigo, vas a irte a casa y esperar la llamada. Más bien La Llamada.

Mierda.

—Me he perdido, llegué sin saber, se supone que tenía que encontrarme con el encargado y que me diría mis asignaciones.

Fox se pone de pie.

—Yo soy tu encargado y tu primera asignación es que te lleves ese culo a casa y reflexiones.

En ese momento alguien toca a la puerta. Otro hombre con traje, pero usando un auricular en su oído me ve por un segundo.

—Fax, el señor Vólkov quiere ver a la señorita Petrova en su despacho.

Tanto Fax como yo nos sorprendemos por ello.

No puedo creer que él quiera verme. ¿Acaso se volvió loco?

Seguramente quiere despedirme directamente.

Veo a Fax esperando algún tipo de orden o un consejo, ambos me vendrían bien ahora.

—Arréglalo —Me ordena tomando mi brazo, esta vez de manera delicada

—Y si todo sale bien, igual lleva tu culo a casa y te espero mañana aquí en mi despacho. No hagas que me arrepienta, Petrova.

—Sí todo sale bien, puedes llamarme Anabella.

II

Sigo al grandullón hasta al final del pasillo. Acaparo varias miradas y todavía puedo escuchar que otro murmura cosas sobre alguien gay y no gay. Que me trague la tierra de nuevo. Me dirige hasta estar frente a una puerta y me quedo frente a ella. El hombre se queda de espaldas custodiando la entrada y no tengo otro remedio que llamar a la puerta.

—Pase.

Escucho esa voz ronca que proviene del interior y estoy que me desmayo. No sé si voy a poder soportar su mirada en mí o esa forma que tiene de hablarme. Quizá es más amable en privado, además no lo puedo culpar, le he dejado en ridículo.

Abro la puerta y siento la brisa helada que proviene del interior, como una cueva fría y vampiresa, no sé por qué pero lo pienso así. Como la de una bestia.

Me quedo observando un poco todo a mi alrededor mientras camino dirigiéndome hasta él. Lo veo que se pone de pie por el rabillo del ojo y yo me quedo embelesada con cada movimiento que hace.

Este hombre desprende sensualidad, erotismo como también peligro en cada parte de su cuerpo.

Su gran despacho tiene la mezcla de olor de madera fina y su colonia. No me da tiempo de ver más allá que dos gigantes librereros y un pequeño bar, cuando su voz me saca a la realidad.

—Siéntese, señorita Petrova.

Hago lo que me pide. En cuanto me siento frente a su gran escritorio completamente vacío, tomando un pequeño espacio su laptop de manzanita último modelo, se desabrocha su chaqueta y toma asiento.

Las piernas me tiemblan. Toco mi cabello más de lo que debería, y eso es lo que hago cuando estoy nerviosa. En cuanto a él, está ahí sin más, viéndome, analizando cada movimiento o gesto que hago. Como si se quisiera meter dentro de mi cabeza o mi piel.

De todas maneras no sé qué hago aquí, él no es mi jefe, solamente es el presidente del palacio, no del país.

—¿Y bien? —Veo lo que'. tiene en las manos ahora, mi hoja de vida, ahora

sí no entiendo nada.

Opto por disculparme y excusarme de lo que hace un momento pasó. Pero si si, gue mirándome así, creo que me dará algo, jamás en mi vida había visto un hombre tan atractivo como él.

—Lamento mucho lo que pasó, señor Vólkov. Micom portamiento no tiene justificación, pero si de algo sirve...

—Creo que no sirve de nada lo que pueda decir ahora, señorita Petrova —Me corta las palabras —Se ha humillado públicamente, soy yo quien debería lamentarlo por usted. No es la primera persona que me hace ese tipo de preguntas, pero sían televisión internacional.

La madre que me parió.

Cierro mis ojos y mejor me callo laboca. No tiene sen tido nada lo que vaya a decir. ¡Estoy perdida.

—Tiene un currículum impresionante —Dice después de unos segundos —¿Por qué quieretrabajar aquí?

Me alegra que cambie el tema, pero sé que nada de lo que diga cambiará mi reputación. Soy la ridícula de la tele visión. Estoy segura de eso.

—Pues —respiro profundo juntando las palabras, esta vez las sinceras —Mi padre era.ruso, mi madre es americana. Siempre quise visitar este país, poder aprender cosas nue vas y prepararme mejor para darle lo mejor a mi madre y vivir juntas .Esa es la verdadera razón, señor Vólkov. Quizá sea ridícula para muchos, pero para nú lo es todo. Tener un trabajo de verdad, no temporal.

Se me queda mirando, analizando cada palabra que acabo de decir, pero ahora sus ojos parecen un poco suaves, ve mi cabello, mi cuello, mi boca y regresa a mis ojos. Es impresionante cuando yo me veo haciendo lo mismo. Si te le quedas mirando bastante tiempo se te afloja el miedo un poco.

—No creo que sea ridículo, en absoluto. Me hace sonreír un poco.

—Gracias.

Deja de ver el folder que tiene en sus manos y se toca subarbilla. Sigue intimidándome. ¿Por qué me mira así? Me está desesperando esa forma arrogante que tiene de verme.

—¿Qué ocurre? —Le pregunto.

No dice nada enseguida, pero al cabo de un momento responde a mí pregunta:

—Nada.

—¿Nada? —Repito incrédula —¿Entonces por qué me ve tanto? Aquí vamos

de nuevo sin filtro. ¡Demonios!

—Me gusta verla.

—¿QUE?

—Ya me ha escuchado. Me gusta verla.

—Pero...

—Sin peros. Joder.

Me quedo muda y hacemos reto de miradas. Como siempre, termino perdiendo yo porque no me resisto ante esa mirada de ruso duro y bes.tia.

Si tan solo supiera lo que estoy pensando en estos momentos. De cualquier manera. Tendré que dejar de pensar en ello y concentrarme en salir de aquí.

—Se irá cuando lo diga.

—¿Qué? Ahora se ríe.

—Debe dejar de soñar despierta, señorita Petrova. Su mente se convertirá en su propio enemigo.

Ya me lo han dicho. De hecho Carli me lo dice todo el tiempo. He dicho cosas que no quiero decir y he herido a muchas personas por mi falta de filtro.

—Lo lamento.

—Se disculpa demasiado también.

Aquí vamos otra vez. No puedo decir una sola oración sin ser interrumpida por él. El hombre debe bajarle un poco a ese carácter de mierda que tiene.

—Pensé que era periodista —parece memorizar mi currículum —Pero creo que cometí una equivocación y me disculpo por meterla en esta incómoda situación.

—Discu...

Me advierte con la mirada.

—Señor Vólkov. Con todo respeto, no sé qué estoy haciendo aquí en su oficina. Apliqué por la plaza de asistente ejecutiva, y Fox me dijo que...

—Fox trabaja para mí.

No voy a permitir que me corte las palabras.

—Eso no lo sabía, pensé que todos aquí trabajaban para el país no para alguien en concreto. Me mira de soslayo y ni0 dice nada por un momento.

Lo que me insta a seguir hablando.

—Si le da un vistazo a mi currículum se dará cuenta de la experiencia que tengo. Pero después de lo sucedido no estoy segura si hay una oportunidad para mí, de cualquier manera —Me pongo de pie —Ha sido un placer, senador Vólkov.

Sé que me dijo que me retiraría cuando él lo dijese. Pero comenzamos mal. Me iré ahora mismo porque lo digo yo y porque así lo quiero. No soporto estar frente a este hombre que, cada poro de su piel despierta algo en mí que no sé lo que es ni quiero saberlo.

Cuando se pone de pie, camina a grandes zancadas hacia mí y toca levemente mi codo para dirigirme amablemente a la puerta. Ambos nos detenemos cuando abre la puerta y veo que me tiende la mano, pero mantiene de nuevo esa mirada fría y oscura.

—De nada, señorita Petrova.

Esas son las últimas palabras para mi salida. Había escuchado hablar de hijos de puta arrogantes en mi vida, pero no había tenido la oportunidad de tener a uno cerca. El senador puede irse más allá que a la misma mierda.

Me voy a casa. Menos mal que no he terminado de desempacar, venir aquí ha sido un estúpido error. Confirmando la hora en el reloj de mi muñeca y todavía es temprano. Aún falta la hora de almuerzo. No quiero ir a casa, ni siquiera Carli debe de estar ahí y seguramente está pensando que me la estoy pasando genial. Pues no, ni por cerca.

Me quito la chaqueta y la meto en mi bolso, decido caminar por toda la avenida, aunque mis tacones van a matarme en cualquier momento. Por lo que camino un par de cuadras más y entro a la primera tienda que veo, no es de ningún diseñador, por lo que podré comprarme unas zapatillas que Carli tanto ha insistido que compre.

Tengo un poco de dinero, pero no me permitiré dar más por un par de lo que debo.

La señorita dependiente me sonríe cuando entro.

—Bienvenida a Georgia's —Me saluda en un perfecto inglés —¿Habla inglés? ¿Ruso?

—Ambos —Le respondo en inglés —Pero en estos momentos me gusta más el inglés.

Y no quiero recordar por qué.

—Bien, ¿en qué puedo ayudarle? ¿Busca algo en especial.?

Observo todas las estanterías y hay más de un par que me interesa, pero me dirijo al área deportiva, un par de zapatillas es justo lo que necesito. Tomo una y le pido el número en mi talla.

—Tome asiento, enseguida se lo traeré.

Me relajo en uno de los sofás redondos y me quito mis zapatos de tacón.

Me quedo mirando un par de tacones rojos a lo lejos, un par bastante conocido que está en la sección elegante. Y entonces es cuando todo regresa a mi mente como una película.

Es cuando lo comprendo y maldigo al mismo tiempo por haberlo olvidado.

UN AÑO ATRÁS

Siempre me gusta vestirme elegante.

Con este trabajo puedo vestirme como quiera, pero no quiero ni por cerca pasar a lo vulgar o corriente y eso es lo que mis clientes adoran de mí. Mi elegancia y estilo.

Llevo zapatos de color rojo de aguja. Todos mis zapatos son de diseñador, la mayoría han sido obsequios de mis clientes. Pero nunca acepto que me regalen ropa interior o vestidos, esos me los doy yo.

Mi vestido es ceñido de corcel en la cintura, mis pechos son pequeños, pero si los ajusto bien su forma de co razón es suave como me gusta. Las cirugías no están permitidas en mis planes, si el cliente quiere mejoras en mí, no me preocupa el que pueda costearlas, es que no me lo permito y ni quiero.

Y eso está bien.

Mi peluca rosa es la última que me pongo, no permito que me vean con mi cabello natural y mis pelucas de colores es mi marca.

La marca de Bella.

Tengo que encontrarme con mi cliente en uno de los mejores hoteles de la ciudad de Los Ángeles. Llegaré a tiempo si bajo ahora.

Me encuentro con mi mejor amigo y me despido de él.

—No hagas nada que yo no haría —Me dice Carli. Viniendo de él me puedo imaginar cualquier cosa, menos algo normal.

—Y tú no me esperes despierto, creo que será una noche larga.

Me arregla un mechón de mi peluca.

—¿Es uno de esos, eh?

—Sí —Suspiro —Es uno de esos.

Nunca paso la noche con mis clientes, de hecho es una de las reglas. No encontrarme con ellos más de una vez a la semana y no pasar la noche, tampoco aceptar más de uno en una habitación.

Es lo que soy, una dama de compañía de noche y una asistente ejecutiva

—desempleada —por el día.

Un coche espera fuera por mí. Estoy acostumbrada que manden a sus choferes por mí, la mayoría son hombres casados, u hombres casados importantes. Estoy en un catálogo online, pertenezco a un equipo de chicas de com pañía, cuya empresa se hace llamar Las Flores, totalmente anónima y cada chica se diferencia por la categoría de sus gustos. En mi caso, me gusta la compañía.

Los miembros son exclusivos e internacionales. Miles de chicas trabajan en todas partes del mundo y mi cartera de clientes no es tan amplia pero cada vez que tengo una cita es suficiente para un par de meses.

Nunca me he sentido orgullosa de esto, pero al menos no estoy follando con todos. Eso es lo que lo hace mejor. Los hombres pagan por una cita, una cena, un viaje y cuando hay dinero extra accedes al sexo si quieres, yo me voy a los juegos previos, sin más.

—Señorita —Me saluda un hombre de traje, trae gafas oscuras a pesar de que ya no hace sol, supongo que para pasar desapercibido.

—Hola, señor.

Abre la puerta para mí muy amable.

—Soy Sam. El señor la espera en el Beverly Hills.

Como lo sospeché. Me siento en la parte de atrás y el camino se hace corto y el silencio hasta que el grandulón vuelve a abrir la puerta para mí, tendiendo mimano y lle vándome alvestíbulo. En el camino me entregó lallave dela habitación, por lo que tengo que ir directamente donde su jefe me espera.

No sé por qué pero me siento un poco nerviosa. Siem pre los caballeros pasan personalmente por mí y este hizo una excepción bien meticulosa. Seguramente está casado. Me pone los nervios de punta pensar en si es un hombre panzón y de avanzada edad, además de casado, me ha pe dido que venga a este hotel, en una delas habitaciones para hacer sabrá dios qué cosa.

Me detengo frente a la puerta y espero antes de tocar. El grandulón se queda a varios centímetros lejos de la puerta para cuidarla. Ahora sí que no sé qué clase de per sona espera por mí dentro.

Pero lo voy averiguar.

En cuanto abre la puerta, unos ojos imponentes me ven de pies a cabeza. Y yo quiero salir corriendo desde el momento en que su mirada me provoca muchas cosas. Mi mente me traiciona y no puedo moverme ni decir o hacer algo.

Lleva una corbata azul y una camisa dentro deslum brantemente gris, todo

ese color enfatiza con el color de sus ojos. Está ahí, con su chaqueta abierta y sus manos dentro de sus bolsillos, una boca exquisita y carnosa, me pregunto si sabe bien o a qué sabe.

Tenerlo frente a mí hace que me paralice en una gran pared de interrogantes que no puedo descifrar.

Es un hombre que desprende obsesión y oscuridad. Algo que jamás he conocido.

Nuestras miradas están fijas, él también está impresionado por lo que ve, aunque no sé por qué se sorprende, soy igual que en la foto.

En mi vida había visto un hombre más hermoso, que llevase el cabello de la forma y color que lo lleva él, un castaño bastante rubio, acompañado de unos ojos claros feroces, debo tener mis manos quietas, porque ellas me piden a gritos pasar por ese pecho, si estoy aquí por lo que creo, no voy a dejar pasar esa oportunidad.

—Me alegro que hayas llegado.

El sonido de su voz ronca e implacable me saca de mi momentáneo aturdimiento. ¿Le alegra?

—Señor.

Abre más la puerta para que entre, diciendo también:

—Soy un mal educado, por favor, pasa.

Como si no había visto suficiente, me da la espalda por un segundo y me impacta el cuerpo esbelto que llena ese traje de tres piezas, me impresiona cada segundo que le veo y no sé por qué.

Es como una fantasía a punto de hacerse realidad.

Me dirige hasta la sala principal de la habitación, para ser una habitación de un hotel es bastante lujosa y podría ser el doble del apartamento donde vivo con Carli, de hecho lo es.

Me acompaña y se quita la chaqueta primero antes de sentarse a mi lado, ni tan cerca ni tan lejos, pero odio el espacio que nos separa.

—¿Tu nombre? —Demanda con voz ronca y me doy cuenta de que tiene un acento, aunque su inglés es perfecto.

—Bella.

—Bella —Acaricia mi nombre —¿Qué deseas tomar, Bella?

Me encojo de hombros sin saber por qué.

—Lo que tome usted, me parece bien, señor.

Una pequeña sonrisa pasa por su rostro y es algo calliente de ver.

—Llámame Valentino. Valentino.

Su mirada se desliza por todo mi cuerpo, mis piernas y mi cabello, algo me dice que le gusta, solamente espero que no me pida que me la quite, lo que me sorprende es que se queda mirando mis zapatos de tacón como si le afanara vérmelos puestos, o verlos en sí.

Me entrega un pequeño trago y agradezco que tenga hielo, estoy muriendo del calor y es a causa de este hombre frente a mí que estoy segura no sabe qué hacer conmigo ahora. No se le ve nervioso, pero se le ve tal cual niño acaba de recibir el mejor regalo de todos y no sabe por dónde empezar a jugar con él.

—No voy a andar con rodeos, Bella —Me dice sorprendiéndome —Cuando termines tu trago quiero que te desnudes y me esperes en la cama. Creo que me perderé en ti.

Trago en seco.

No digo nada, más le sonrío sintiéndome excitada, nunca antes me había sentido así, y no es la primera vez que me lo piden, pero sí de esa forma tan seguro de sí mismo y cargada de deseo.

Como lo dije, termino mi trago y camino sin decir una sola palabra a la habitación del fondo. Comienzo con mis zapatos y desabrocho mi vestido que cae en mis pies, mi sostén y bragas caen al suelo también y sé que estoy observándome por detrás, he dejado la puerta abierta adrede y desde donde estábamos sentados, puede observar a la perfección todo mi cuerpo y el espectáculo que estoy montando para él.

Estoy completamente desnuda, me he dejado pues también las medias y la peluca que es parte de mí y esta parte de mi vida. Siento su respiración detrás de mí, pero no me toca. Su nariz escarba en mi cabello y cuello y cierro los ojos, echando la cabeza hacia atrás..

Esto no es nada a lo mujer bonita, ni por cerca, pero nunca antes me la había recordado hasta ahora. Él no tiene nada de Richard ni yo de Julia, pero el momento es casi mágico si no tuviese los pies en la tierra y saber que, en cuanto cruce esa puerta él se olvidará de mí y nunca lo volveré a ver.

—Eres la mujer más hermosa que he visto nunca Susurra detrás de mí —Quiero follarte, venerarte, hacerte mía porque algo me dice que nadie nunca lo ha hecho ¿O me equivoco? No se equivoca, pero no es algo que le incumbe

saber.

El que no frecuente acostarme con mis clientes no le da un pase gratis o de preferencia, soy yo la que lo decide y tendrá que hacer algo mejor que solo hablarme bonito al oído para que yo me acueste con él.

Me arroja sobre la cama suavemente y comienza a besarme el cuello, los pechos y lo más extraño es que no busca mis labios como espero que lo haga.

Nunca he besado a mis clientes.

A ninguno de ellos y no sé por qué me muero por probar los de él. Apenas y llevo menos de media hora y ya quiero que me haga de todo. Esto no es normal. Cuando llega a mi sexo y lo prueba, se detiene. Estoy con el pulso acelerado y es muy tarde para que se detenga.

—¿Qué sucede? —Soy la primera en hablar.

Busco su rostro y parece descojonado. Es como si fuese otro, aun lleva la ropa puesta, pero lo que me confunde no es eso, sino que haya parado de repente.

—¿Acaso eres virgen? —Suelta la pregunta y me siento chiquita en esta habitación. La timidez me acorrala y ahora quisiera salir corriendo.

—Sí —Le digo con sinceridad —Lo soy, pero no es algo que te importe ¿O sí? En cuanto me escucha me mira con esos ojos peligrosos, no le gusta nada mi respuesta, pero bueno el hombre es sensible o qué.

—No lo soy —Responde a la pregunta que pensé se había quedado en mi mente, pero me doy cuenta que lo he dicho en voz alta —No soy sensible, pero estaba a punto de follarte como un maldito cabrón, que seas virgen lo hace peligroso, lo hace adictivo. Si alguien nunca te ha hecho esto —demanda con mucha hambre en sus ojos —Me alegrará mucho ser el primero.

¿Adictivo?

—Lo lamento —digo con voz cortada —Esto ha sido una equivocación.

—No, no lo ha sido. Yo también me he sorprendido al querer esto.

—¿A qué te refieres, Valentino? ¿Acaso estás casado? Porque no es nada delo que me pueda sorprender, he estado con hombres casados.

Me lanza una mirada inquisitiva por el contexto que eso lleva.

—Me refiero a que hombres casados han solicitado mis servicios, y no sexuales si es lo que piensas, hay muchas cosas por las cuales los hombres llegan a pagar, hasta para ser escuchados.

—Cállate, Bella —Su mirada me da miedo, parece que luchara por contenerse de algo y no tengo idea a qué le teme, porque eso es lo que veo, miedo.

—¿Hace cuánto no estás con una mujer? Mi pregunta ahora lo toma por sorpresa.

—Hace unos segundos —Me sonrío y podría tenerlo todo con esa sonrisa. Da por terminada nuestra conversación y regresa a la cama, esta vez busca mi rostro, se me queda mirando por un instante y mira mis labios.

—Bésame —dice con voz ronca—. Concédeme eso al menos. Es tierno que pregunte cada cosa que quiera hacer, pero no preguntó para meter su lengua en mi sexo y mucho menos arrojarme preguntas a la cara en reclamo.

—Puedes —Le sonrío y lleva su mano a mi rostro, lo acaricia suavemente y estrofa sus labios contra los míos. Se siente tan bien. No recuerdo cuándo fue la última vez que besé a alguien, hasta que me doy cuenta que nunca lo he hecho.

Siento su lengua y el sabor de mi sexo, debe serlo, es dulce y salado, hasta que se pierde dentro de mi boca y él continúa gruñendo, me dejo caer de espaldas y él se coloca sobre mí. Había estado bebiendo, puedo sentir su sabor en mi boca. El pobre debe estar borracho es por eso que tiene cambios de humor.

Entonces se detiene.

—Estoy jodido, Bella.

¿Jodido?

—¿De qué hablas? ¿Te sientes bien? ¿Quieres que llame a alguien? No dice nada.

—Deja de hablar, por favor —Demanda y callo.

Su erección golpea mi sexo por encima de mi pantalón. Veo mucho dolor en su mirada y no es por la borrachera que debe tener encima. Sé que es algo más, reconozco un hombre que sufre aunque no estoy segura por qué. Con ese físico puede deslumbrar a cualquiera y tener a alguien a su lado. No está de más decir que tiene mucho dinero y parece ser alguien importante. Quizá no aquí en América.

—¿Cuántos años tienes? —Me pregunta.

—Tengo veintidós ¿Y tú?

—¿Por qué te dedicas a esto, Bella? ¿De qué huyes? ¿Eres como yo? ¿Buscamos las mismas cosas en lugares equivocados? ¿Pero qué mierda?

—Creo que son demasiadas preguntas a las cuales responder, Valentino.

—Bueno, he pagado lo suficiente para que te quedes esta noche, puedes empezar a responder mientras te sigo probando.

Y es lo que hace, baja a mis pechos y los devora con su boca, saborea y muerde levemente hasta provocarme el dolor y el dolor en mis pezones hace que me humedezca, algo que no había experimentado nunca.

No estoy segura de la cantidad de dinero que haya pagado Valentino por esta noche, pero debería de ser yo la que le pagase por todo lo nuevo que me está haciendo sentir.

—Responde —Masculla..

Hago memoria a la primera pregunta que ya fue respondida con mi edad. Paso a la segunda y es por qué me dedico a esto.

—Me dedico a esto porque quiero —Mi respuesta la toma con capricho y se detiene.

—Bella por capricho me he comprado este hotel. Sea lo que sea y el por qué lo hagas no me concierne, pero si eres virgen es porque seguramente estás comenzando y no quiero que un hijo de puta se aproveche de ti.

—¿Cómo tú? —Lo provocho con mi pregunta —¿Acaso no es lo que estás haciendo tú? De nuevo esa sonrisa en su rostro. No responde, más baja a mi sexo y continúa lo que a medias estaba comenzando. Cuando lame mi sexo y succiona mis fluidos, veo las estrellas, me aferro a la sábana suave debajo de mí y cierro mis ojos.

—¿Esto es aprovecharme de ti, Bella? —Me lame más

—Porque no suena menos que un disfrute. Si vamos a hacer esto, creo que seré el primero en todo lo excitante que aún no te ha pasado.

—¡Dios! —Grito por el placer que me provoca sus lamidas, él sabe lo que hace y lo hace muy bien, pero mi mente me hace una mala jugada y me doy cuenta que estoy cometiendo un error, no puedo acostarme con un cliente, con un hombre que ni siquiera conozco, no sé nada de él ni él sobre mí y que se vea espectacular no cambia nada a que somos dos completos extraños.

Mi orgasmo se apodera de mis sentidos y pierdo el control cuando me veo gritando su nombre a todo pulmón.

—De nada —Me dice como si mi grito hubiese sido en forma de agradecimiento.

Hijo de puta.

Él gruñe cuando somos interrumpidos por la tonadilla de su móvil, parece ser importante porque sale dentro de mis piernas y va corriendo a cogerlo a la sala principal.

Espero unos segundos para aclarar mis pensamientos y escucharlo de qué se trata. Pero lo que escucho a continuación, no me gusta nada.

—¿Qué sucede? —Habla con alguien en ruso.

Ahora comprendo, él es ruso.

—Todo está bien. Pronto estaré contigo.

¿Estaré contigo? No necesito escuchar más. Me levanto de la cama y cojo mi ropa, me visto más rápido de lo que he hecho nunca y tomo mis zapatos del suelo. Cuando salgo de la habitación él nota mi presencia.

—Debo irme —Dice —Adiós.

Una incómoda mirada es dedicada hacia él. Se ha dado cuenta el error que ha cometido al responder esa llamada, y no lo digo por el sexo sino por ser un completo hijo de puta.

—¿Qué estás haciendo? —Se acerca a mí un poco enfadado.

—Lo que sea que hayas pagado te será devuelto. Me voy.

Me detiene del brazo.

—No puedes irte. ¿Qué sucede? Me suelto de un solo tirón y lo enfrento. Ojalá pudiera decirle a la puta cara que entendí perfectamente las palabras de esa llamada que recibió. Es estúpido que me enfade por ello, pero no puedo evitarlo. He ido más lejos de lo que me es permitido, por dignidad, por principios que aunque es loco de entender, los tengo.

Todo gracias a mi padre, también ruso.

—Lo siento pero me tengo que ir.

Evito no verle a la cara, pero el muy idiota se da cuenta que es lo que intento evitar.

Así que me toma de nuevo, esta vez me pega más hacia él y me agarra el mentón suavemente. Odio su tacto.

—Mírame —Me pide y no lo hago —Haz el favor de mirarme a la puta cara, mujer.

Consigue que lo haga, pero es para fulminarlo con la mirada. Lo empujo, pero apenas y lo muevo. Le parece divertida mi reacción.

—¿Acaso ... —Se detiene entendiéndolo todo —¿Acaso has pensado que yo estaba hablando con...

Se ríe todavía más y la palma de mi mano va a dar directamente a su cara. Me arde enseguida aunque a él no le hizo nada, al menos borré esa estúpida sonrisa de su rostro.

—¿Hablas ruso?

—Entiendo el idioma de idiotas —Le espeto y él lo entiende todo.

Vuelve a reírse y eso me basta para continuar golpeándolo. Él lo permite por un segundo hasta que se cansa y me acorrala contra la pared, lleva mis manos por encima de mi cabeza y busca mis labios. Se los niego.

—Acabo de hacerte venir tan —Huele mi cuello —malditamente duro ¿Y es así como me pagas?

—Vete a la mierda —Siseo sin poder moverme —Suéltame, Valentino.

—Para ti soy el señor Vólkov.

III

Caminando por las calles, el sol se ha ido y la luna ha salido, es una noche fría y es hora de ir a casa. Recordando aquella noche en la que casi me hizo suya. Eso fue hace un año y no volví a saber nada de él.

Hasta ahora.

Nuestro primer encuentro fue hace un año y sino hubiese cambiado tanto lo hubiera reconocido desde el primer momento en que lo vi en aquella tarima. Me impactó tanto que mi cerebro terminó por bloquearlo. Solamente espero que no me recuerde y aunque así fuese. Estoy despedida antes de haber sido contratada.

Me he enamorado de mis nuevas zapatillas, pero he de decir que he llegado a casa así que tendré que pasar de ellas por un momento, tomar una ducha, cenar algo e irme a la cama.

Desde el momento en que abro la puerta los sonidos de placer llegan a mis oídos en respuesta de que mi amigo está teniendo sexo.

Siempre es divertido escuchar, pervertida o no, me gusta escuchar a la gente teniendo sexo y ver porno de vez en cuando, aunque esto último prefiero hacerlo sola y en cargarme de mi propio placer.

Sí, sigo siendo virgen a pesar de que aquel hombre hace aún año casi me hace suya, lo hubiese preferido en ese momento y estoy segura que no me habría arrepentido de no ser que, resultó ser un completo idiota.

El tipo estaba casado, o es lo que pensé. Noté hoy que no llevaba ninguna alianza en su dedo. Pero como sea, todo lo que venga de él es raro.

Al momento en que me tiro al sofá me cae la realidad encima.

El senador Vólkov fue mi cliente hace un año y no me recuerda. Supongo que no. Viniendo de él y aquella personalidad que conocí por unas horas no me cabe duda de que hoy me hubiese dicho algo. Pero cuando me visto de Bella nadie me reconoce después. Ni siquiera yo misma.

Escucho que se abre la puerta de la habitación de Carli.

—Anabella, has llegado temprano ¿Sucedo algo? Me doy cuenta que la cara de decepción no la puedo

esconder.Me encojo de hombros y mi amiga regresa camino a su cuarto, no sin antes excusarse conmigo.

—Espérame.

No me muevo de donde estoy.Me quito las zapatillas y subo mis piernas al sofá. Me quedo mirando el techo completamente blanco de nuestro apartamento y las imágenes de hace un año vienen a mi mente. Me excita la idea de que aquellos labios y aquel cuerpo que hoy me dejaron sin habla, ya los había tenido cerca. Me pica la picardía por seguir escurriendo en aquel recuerdo pero entre más lo hago, más daño me hago yo misma sin saber por qué.

Ah, ya sé. Es porque he sido despedida y engañada por el mismo hombre.

Engañada porque esa fue la sensación de hace un año.

Escucharle hablar a su novia, esposa, qué sé yo.

La forma en que la llamó me hizo envidiarla por un segundo.No tengo idea de quién es o si sigue con ella. Que Dios la ampare.

Escucho el sonido de tacones y una chica hace la caminata de la vergüenza frente a mí. Es una pelirroja muy bonita. Se va acomodando aún su vestido y Carli va detrás de ella con una sonrisa en su rostro triunfal.

Me da pena por ella. Apenas me sonrío y veo que desaparece cuando Carli abre la puerta para ella. Escucho que le dice algo de quedar de nuevo y se disculpa. Menos mal. Es la primera vez que se disculpa por echar a una chica. Se supone que es su modus operandi.

Al momento de cerrar la puerta se sienta a mi lado y coge mis piernas sobre las de él. Siento el aroma de su colonia como si se haya dado una ducha rápida o quizá yo me quedé perdida en mis recuerdos.

—Lo he visto —Me dice —Intenté llamarte, pero tenías el móvil apagado.

Lo ha visto.Él y millones de personas más en todo el mundo.

—¿Es normal que quiera sacarme los ojos y cortarme la lengua en estos momentos? Sería.

—Muy normal, preciosa. Pero no te culpo.Ni siquiera sé qué estabas haciendo ahí.¿Acaso eres periodista y yo no lo sabía?

—Por supuesto que no. He cometido un error. Un error internacional.

—Ya.

Sigo mirando el techo. Encuentro una manera extraña de relajarme a mí misma haciendo cosas como esas. Cosa de locos.

—El tipo es un idiota. Seguro tu jefe no será así.

La tonadilla de su móvil. Lo interrumpe. Lo piensa un poco antes de atender y le aviso con la mirada que estoy bien y que puede hacerlo.

Regresa a su habitación y al momento sale.

—Un momento, por favor. Me entrega su móvil.

—Es del Palacio.

Cuando dice eso le arrebato el móvil de las manos y respondo.

—Diga.

—Señorita Petrova —Es la voz de Fox.

—¿Fox?

—El mismo. Qué bueno que no te has suicidado por lo que pasó hoy —Se burla —Porque algo bueno has sacado de todo esto y es que mi trasero está a salvo y el tuyo también. Así que, mañana te espero a primera hora en mi oficina y por favor —Hace una pausa y escucho que suspira No hagas que me arrepienta.

Abro la boca y los ojos como platos por lo que escucho.

—Desde luego que no, señor. Le prometo que no se arrepentirá.

—Bien. Dile eso al señor Vólkov, será para él para quien trabajes.

Me da un mini infarto y no me da tiempo de protestar cuando me cuelga. Mi cara ha cambiado de asombro a más asombro siacaso puede existir algo como eso.

Me dejé caer en el sofá de nuevo y Carli sigue a mi lado.

— ¿Anabella, está todo bien? Asiento con la cabeza.

—Lo siento. He dado tu número como emergencia en mi hoja de vida. Creo que te lo dije.

—Lo sé y no te preocupes. Responde a la pregunta. Intento disimular pero no puedo. Mi amigo está esperando una explicación ante mi pequeña escena y ataque de pánico al recibir esa llamada. Al menos no estoy despedida. No como todo el mundo esperaba.

—¿Recuerdas al hombre del que te hablé hace un año? Hace memoria y asiente con la cabeza un poco confundido.

—¿Al ruso que casi te quita la virginidad? Pongo los ojos en blanco ante su falta de filtro.

—Preferiría que lo recordaras como al cliente ruso.

—Bueno. No hay diferencia. ¿Qué pasó con él? Me llevo las manos a la

cabeza. Es tan difícil decirlo en voz alta. Ahora todo es real. Tan real que da miedo. Debería haber renunciado yo misma.

—Pues... es mi nuevo jefe.

La expresión de Carli no ayuda en nada. Está más sorprendido que yo.

Le cuento todo en una versión no tan detallada de la entrevista que tuve con él y no ha dejado de maldecir.

—Oh, santa mierda.

Me voy a la cama con el único pensamiento que me arropa de pies a cabeza y es que, no quiero encontrarme con él mañana. Valentino Vólkov se convertirá en algo prohibido. Y temo que sea un lugar del cual no pueda salir. Hace un año sus besos y sus caricias como también el orgasmo que me hizo sentir fue con mucho esfuerzo expulsado de mi cabeza y pensamiento. Ahora me lo he encontrado al otro lado del charco por mi propia cuenta.

Al menos no sabe quién soy. Y dudo mucho que lo sepa.

IV

Esta vez entro al palacio mostrando otra faceta de mi. La no tímida, más bien la segura de sí misma. Si voy a trabajar aquí será mejor que se me conozca por mi trabajo y no por el error que cometí en pantalla grande.

Fox es el primero en recibirme.

—Buenos días, Bella. Espero que hayas descansado muy bien. Tus días de secretaría han terminado y ahora serás el salvavidas de este palacio.

—¿Ah, sí? Asiente con la cabeza y me ve de pies a cabeza. Aprueba mi vestuario. Esta vez elegí un traje con pantalones largos. No volveré a usar falda, al menos no por ahora. Creo que me sentiré mejor si no soy reconocida por Vólkov.

Aunque, qué más da. El tipo está casado.

Ah, y no es gay. Como que si eso sirviera de algo.

Vamos por los pasillos. Todos están encerrados en sus despachos. Esta vez no hay alboroto alguno y eso es bueno. Eso quiere decir que estaré concentrada en mi trabajo. Como si de algo me sirviera saber que tendré a Vólkov más cerca que nunca. Eso será difícil de poder superar.

No disimulo cuando me doy cuenta que mi cubículo queda un poco cerca, por no decir casi enfrente, del despacho del senador.

¿Esto debe ser una broma? Escucho que Fox habla de algo como informes, directivos, apuntes, agendas al día, y programaciones pero ninguna dice sobre qué o sobre quién.

—Fox —Se calla por fin —¿Para quién trabajo directamente y de quién recibiré instrucciones? Hace una breve pausa y señala el despacho abierto del enemigo.

—Pues para quién más. —No ha sido una pregunta y de haber sido es retórica —Para el senador Vólkov. ¿Acaso es tabas borracha anoche cuando te lo dije? Por alguna razón pensé que había sido una pesadilla. De todos los senadores y personas que trabajan aquí debe ser él. Precisamente él. El hombre, la bestia rusa que se debió quedar en mi pasado.

—Mi error.

Me retracto y coloco mi bolso sobre el escritorio. Mi cubículo parece

oficina, aunque no tiene paredes, el área es bastante privada a excepción que la vista da directamente a la oficina del senador Bestia. Sila mantiene cerrada siem pre, no habrá problemas. Es: mi pequeño espacio y debo decir que es el más bonito que he tenido nunca.

Veó sobre mi nuevo escritorio qué hay un maletín negro de diseñador.No estoy segura quién con certeza lo di señó pero luce caro.

—Alguien ha dejado esto aquí. —Le digo a Fox.

—Sí, se llama regalo de bienvenida.

Me lo entrega y contemplo el moño rojo que tiene sobre él y por si fuera poco también mi nombre bordado en una perfecta caligrafía sobre el fino cuero y es de color dorado.

—Wow. Nunca me habían dado algo así.

—Pues seré el primero. —Escucho una voz detrás de mí.

Esas jodidas palabras que siempre me dice. De ser el primero.

Lo odio.

Fue el primero en llevarme a la cama y darme un buen orgasmo. Fue el primero con el cual me dejé cautivar desde el primer momento en que lo vi.

Y también el primero en decepcionarme.

—Señor Vólkov —Le digo una vez está frente a mí.

Me dedica una mirada que deja mucho que desear y hasta Fax se da cuenta. Es como que liberara una bestia que está lista para acechar a su presa.

—Bienvenida al trabajo.

No sabía que era tan amable. O es que le gusta aparentar lo que no es. Sé que de bienvenida no tengo nada. Me lo dejó claro el día de ayer.

Veó que aún sostengo en mis manos el portafolio o maletín que me ha regalado y lo coloco frente a él.

—No puedo aceptarlo.

No lo ve. Más no deja de verme. No me quita la mirada en ningún segundo cuando dice:

—Sí puedes. Y lo harás.

—Es demasiado, señor. En verdad que me siento halagada pero...

—De nada, señorita Petrova.

Da media vuelta y se retira a su oficina. Me ha dejado con la palabra en la boca. Veó a Fax y se limita a decir que debo aceptarlo. Además de usarlo.

Empezamos mal, ya que ningún regalo va a cambiarle esa cara de culo que tiene a veces. Y ni hablar de mí.

—¿A ti también te ha regalado algo? Se echa a reír.

—A mí me ha pedido el café.

Fox se retira y yo me quedo en mi zona de confort aquí. La puerta del despacho de la Bestia está abierta, perdón, del señor Vólkov y yo tomo asiento en lo que será mi nueva área de trabajo. Solamente tengo mi libreta y un par de plumones de colores y no sé por dónde comenzar. No sé si debo ir al despacho de él o esperar aquí con mi culo sentado las instrucciones.

Abro una de las gavetas y me encuentro dentro con un ordenador MacBook portátil y abro mi boca en sorpresa.

Siempre quise usar una de éstas y ahora tendré la oportunidad de hacerlo.

La enciendo para comenzar el día y me encuentro con mi nombre de bienvenida. Me sorprendo como una idiota y el correo se abre automático con mi nombre y apellido listo para revisar.

—Anabella Petrova, Asistente ejecutiva Presidencia Del Senado de Rusia. Me obligo a decirlo en voz alta para poder creérmelo. Tengo el primer correo y sé perfectamente de quién es.

Para: Señorita Petrova Asunto: Bienvenida De: Senador Vólkov De nada..

**Valentino Vólkov III Presidente Del Senado
Kremlin, Rusia**

Escucho un móvil que suena. No estoy segura de dónde proviene pero juraría que se escucha cerca, bastante cerca. Reviso mi bolso para ver si no me equivoqué de móvil con el de Carli y verifico que el mío está en su lugar. Mien tras sigue sonando, sigo buscando entre las gavetas hasta que doy con una donde hay un teléfono fijo de escritorio y un iPhone.

El maldito teléfono que suena.

En la pantalla pone: Mi jefe.

Respondo de inmediato para ver si es una equivocación y desde aquí puedo escuchar el bufido de un hombre.

—Señorita Petrova.

Mierda .

—¿Señor Vólkov? Bufa de nuevo.

—Me he dado cuenta que no ha encendido su teléfono de escritorio. Y he tenido que llamarla a su móvil.

—¿Mi móvil?

—Su nuevo móvil de trabajo. En el cual la localizaré cuando precise de su asistencia.

—Entiendo. ¿Hay algo en lo que le pueda ayudar, señor?

—Sí, venga a mi oficina.

—Enseguí...

El maldito me ha colgado.

Entierro mis uñas en las palmas de mis manos para que no acaben en otro lugar y enciendo el teléfono de escritorio. También llevo conmigo mi nuevo teléfono. No sé desde cuándo está encendido pero me da igual. Aquí las cosas son raras y te dan la mejor tecnología para empezar.

Saco mi culo de mi cómoda y nueva silla ejecutiva de cuero y llevo conmigo mi libreta y un plumón. Ahora solo falta que en una de estas gavetas haya también una jodida tablet y se ofenda con mi libreta. De todas maneras camino hasta su oficina y espero unos segundos antes de tocarla fina madera, desde aquí no puedo verlo aunque la puerta esté abierta. Pero cuando su ronca voz me dice que entre sabe que soy yo.

Al momento en que pongo un pie dentro me siento segura de dónde estoy parada y para quien trabajo ahora. No va a doblegarme con su intimidación.

—Señor Vólkov —Me paro frente a él mientras él sigue tecleando algo en su portátil.

—Siéntese, señorita Petrova.

Tomo asiento sin ver a mi alrededor, tengo un buen rabillo de ojo y sé que vi perfectamente que tiene una oficina de infarto, lo que me sorprende, la mejor tecnología, los mejores muebles y un área de descanso, como si lo necesitara.

Al momento en que cierra su ordenador me ve, y sus ojos se desplazan en todo mi atuendo —de nuevo —y termina por lo que tengo en mis piernas, mi libreta.

—¿Dónde está su tablet? Casi me río.

—Lo siento, me he dado cuenta apenas que tengo un portátil, no sabía que también tenía una de esas. Repasa mis palabras y no encuentra insolencia en ninguna de ellas.

Porque no las hay.

—Puede utilizar su libreta para tomar apuntes —Me dice muy serio —Pero lo demás debe ingresarlo en la Tablet, se sincronizará con su ordenador y el mío, por lo que no nos tendremos que demorar teniendo estas conversaciones a

menos que sea importante.

—Entiendo, señor.

—Bien, eso espero —Se toma unos minutos para seguir mirándome. No sé si sea parte de su personalidad o le parezco conocida de algún lugar.

Espero que no sea lo primero. Aunque me haya dicho que le gustaba mirarme, eso es tan retorcido viniendo de él ya que no me conoce. Sé a ciencia cierta que no me reconoce y que no sabe que soy Bella, porque de ser así, ya estuviera desnuda en su escritorio.

—Tiene que saber que recibirá indicaciones todo el tiempo, serán enviadas directo a su correo electrónico, y si tengo que llamarla lo haré, por lo que tiene que andar el móvil con usted todo el tiempo, así sea como su hijo, no importa. Voy a requerir de sus servicios cuantas veces me sea necesario. Eso no es necesario anotarlo en mi libreta, ya que, en pocas palabras será incapaz de vivir sin mí.

—Me acompañará todo el tiempo que sea necesario, dentro y fuera del país. ¿Tiene sus papeles en orden?

—Sí, señor.

—Bien, eso espero. Tiene que saber, señorita Petrova que este trabajo no es un juego, es mi reputación, mi compromiso y mi vida, ¿Estamos claros en eso?

—Muy claros, señor.

La forma en que tiene de achinar los ojos cuando me escucha hablar es como si le causara algún tipo de irritación, no lo sé, pero me parece divertido. No seré como él, le dedico una sonrisa social y compasiva Sé muy bien que el cargo es bastante grande, no sé si lo disfruta pero se le ve todo el tiempo estresado.

—Eso es todo, puede retirarse.

Con maestría me levanto de la silla y camino hacia la salida, sintiendo que me taladra por detrás con su mirada en mí.

Misión cumplida. Eso fue fácil.

V

Llevo horas sin despegar mis ojos del ordenador.

Esto no es fácil y ahora entiendo las palabras de Fox sobre "Salvar al Palacio" He tenido que revisar una serie de discursos, juntas e informes que el señor Vólkov debe estar al tanto.

Mi trabajo aquí es revisar, concretar e informar. Al menos eso lo sé ahora porque es lo que me la he pasado haciendo toda la mañana. Es hora del almuerzo, así que cierro el ordenador y cojo mi bolso para ir a buscar algo de comida y café, mucho café.

Recibí dos mensajes de Carli que apenas y pude responder. El muy idiota de mi jefe sabe cuándo estoy trabajando y cuando no. Miré por si había alguna cámara, y en efecto hay una sobre mi cabeza, por lo que puede saber perfectamente lo que hago.

En cuanto doy el primer paso, mi móvil suena.

Mi jefe.

—¿Sí, señor?

—¿Adónde cree que va? Mierda.

—Es mi hora de almuerzo.

—Dese la vuelta —Me ordena y se me paran los pelos de la nuca al sentirlo detrás de mí.

Cuelgo la llamada y él camina hacia mí como todo un varón.

—Señorita Petrova, ya era hora de que decidiera comer.

¿Qué? ¿Acaso él estaba esperando por mí para poder comer él también?

—Sí —Responde a mi pregunta no formulada pero estoy segura que mi cara de impresión se lo dijo —No me parece que me tome mi hora de almuerzo mientras usted sigue trabajando. Somos un equipo.

Sí cómo no.

Camina junto conmigo al elevador, mientras sigue hablando. Todas las personas se hacen a un lado y los que iban a tomar el elevador se lo ceden.

Me siento mal por ellos.

No es que les tengan miedo, parece que lo respetan demasiado.

—Además, señorita Petrova —Dice mientras las puertas del elevador se cierran —Comerá conmigo en el salón.

El comedor es eso. Un salón especialmente para los senadores y sus asistentes ejecutivos. Parece un tipo de restaurante, más bien lo es. Casi uno antiguo y acogedor, lo bastante grande para todos, donde sirven las comidas.

—No sabía que existía lugares como este —Mi impresión es grande.

—Pues si la casa blanca tiene una, acostúmbrese, señorita Petrova.

Elije una mesa, su mesa. Y el camarero le sirve la carta del día.

—Bienvenida, señorita Petrova —Se refiere el mesero a mí.

—Muchas gracias —Le digo con mucha pena y mi acompañante ríe detrás de su carta de menú. —Le digo la especialidad del día —Se ofrece el mesero y escucho atenta famélica —Tenemos Pelmeni nuestro enrollado de pollo especial. Shashlyk de carne y nuestra sopa Uja.

Todo se escucha delicioso siempre y cuando tenga carne. No tengo idea de qué pedir, nunca he probado la comida de aquí.

—Yo quiero la Uja —Dice Vólkov —Gracias, Fred. Coloca su carta en la mesa y espera a que ordene.

—Lo mismo —Digo dándome por vencida.

Vólkov nota mi inseguridad y me dice:

—¿No ha probado la gastronomía rusa antes? Digo que no con la cabeza y asiente.

—¿Qué le gusta comer? Fred prepara los mejores platillos de todas partes, puede comer lo que usted quiera.

—¿De verdad? —Se me ilumina la cara y a Vólkov le parece divertido.

—Sí, señorita Petrova —Dice Fred —Me sentiría mal que no se sintiera como en casa.

—Bueno soy mitad rusa, pero nunca he tenido la oportunidad de probar su gastronomía . Me gustaría, quiero intentarlo.

—En ese caso, déjeme traerle el Pelmeni, insisto.

Veo a Vólkov para un poco de apoyo y levanta sus hombros y sonrío.

—Bien, muchas gracias, Fred.

En cuanto se va Fred, de nuevo se hace el silencio. Tengo muchas preguntas que no sé si este autorizada a hacer o si él las vaya a responder.

—Sus pensamientos acabarán con usted, señorita Petrova.

—¿He vuelto a hablar en voz alta? —Le pregunto.

—No, pero me gustaría que hablara. No estamos en horario de trabajo, debe relajarse un poco. ¿Acaso fue una mala idea traerla conmigo aquí? Oh,Dios.

—No, claro que no, señor. Más bien le agradezco, pero si me permite preguntarle algo.

Se queda callado para darme la palabra y cruza sus manos para sostener su barbilla, algo totalmente caliente de ver. Cuando quiere puede ser todo un caballero agradable y cuando no, una simple y cruel bestia.

—Entre todas estas personas para sentarse a charlar un poco, sobre cosas importantes, o sucesos en común. ¿Por qué yo estoy sentada aquí con usted? No se sorprende de mi pregunta como esperaba.

—Porque se me antoja —Dice sin más tomando un sorbo de agua de su copa.

Cuando pienso que nuestra conversación ha terminado ahí, me sorprende que continúa hablando:

—Además, es mi forma de disculparme con usted por haberla confundido con una periodista. Por otro lado. No creo que hablar con un montón de ancianos sea mejor que estar aquí con usted.

¿Ahora me halaga? Viniendo de él. No me lo creo. Pero lo tomo como un cumplido. No es tan desagradable estar aquí, per se, aunque no me lo imagino haciendo esto todos los días.

—¿Acaso tenía una cita? Porque de ser así debe saber que los novios están prohibidos.

Frunzo el ceño. Apuesto todo a que eso se lo acaba de inventar la bestia que lleva dentro.

—Eso no lo sabía.

Y lo digo en serio. No me lo creo. Aunque no tenga uno es algo que no tiene nada que ver si lleva una agenda en orden.

—Su tiempo es limitado. Tendrá que viajar y muchas tareas más que no habrá tiempo a las relaciones.

—Bien. De todas maneras no tengo novio.

Veó que la comisura de su labio se levanta un poco.

Es un gran idiota engreído. Y si lo que le interesaba era eso pues lo consiguió. Lo sabe ahora. Y ahora menos me creo lo de no tener novio.

Ya lo veremos.

La comida es servida y todo se ve delicioso. Me doy cuenta que es bastante meticuloso en sus gustos y también de que es amable con el personal, aunque la primera vez no lo fue conmigo.

Las miradas están acabando con mi paciencia. La gente nos ve y eso le

incomoda porque no sé si están a gusto de verme, están sorprendidos de que el Senador esté com —partiendo su almuerzo conmigo.

—¿Qué está mal, señorita Petrova? Se da cuenta que he comenzado a hiperventilar por las miradas a mi alrededor. Él no lo sabe pero odio eso. Llamar la atención de los demás. Y peor de personas que ni siquiera conozco o me conocen.

—Nada —Miento y hago el esfuerzo por seguir comiendo. Pero fallo cuando no lo convence.

—La honestidad es importante para mí. Si vamos a trabajar juntos más vale que me diga qué es lo que le pasa, sino me temo que esto no va a funcionar.

Esto. Se refiere a mí siendo su asistente. Una relación bastante rara hasta el momento. Dejando a un lado que en el pasado ha sido más que eso.

—No me gusta la forma en cómo me miran todos aquí. Apenas es mi primer día.

Se toma un segundo para ver de lo que estoy hablando. En cuanto él aniquila con la mirada a los demás qui tan sus ojos de mí como por arte de magia.

—No lo tome personal. Es mi culpa.

Se levanta de su asiento cuando ha terminado su sopa. El hombre ha terminado de comer en un cerrar y abrir de ojos. Pareciera. O me quedé hundida en mis pensamientos por un largo tiempo que ni cuenta me di.

—¿A qué se refiere? Se limpia sus labios con la servilleta de seda y la co loca de nuevo sobre la mesa y me ve.

—Es mi primera vez en este lugar.

«Pues seré la primera» piensa de inmediato miyo in terior imitándolo a él.

Se retira con una pequeña reverencia y yo me quedo embobada mirando su andar. Tiene las piernas largas y musculosas por debajo de ese traje. Una espalda ancha y fuerte y un culo...me quedo embobada ahí.Mirándolo hasta que desaparece.

En cuanto regresé a la oficina ya una pila de papeles me esperaban. Busqué el iPad como me ordenó y estaba sincronizado a todo lo demás incluso a mi vida. Miré de reojo el maletín, obsequio de él y metí todo dentro. El ordenador, el iPad y el teléfono móvil. Busqué mi bolso y después de una larga tarde de trabajo, no lo volví a ver, pero me dejó un mensaje que podía ir a casa en cuanto terminara.

Algo que fue raro para ser mi primer día de trabajo se le veía algo

apurado cuando decidió irse minutos antes de la oficina.

En cuanto a mí. Recibí un mensaje de alerta de Las Flores.

Tengo una cita.

Y eso es lo que hago ahora mismo. Preparándome para una noche más como Bella. Siempre conozco a mis clientes hasta que hago contacto con ellos. Ellos concretan una cita conmigo. Puede ser anónima o no. En este caso, lo es.

Termino de pintar mis labios color crema y por último. Mi peluca color rosa es colocada en su lugar. Tengo muchas de ellas que están guardadas bajo llave en un lugar de mi closet. Todas de diferente color. Pero hoy quiero llevar la rosa. La última vez que usé una de este color fue hace un año. Con el hombre más bestia de todos.

—Vaya, te ves estupenda. ¿Una noche especial? —Pregunta Carli.

—No lo sé. Ha sido anónima.

Por último pongo un poco de perfume, el especial. En mi cuello y en mis codos.

Tomo mi bolso y me veo por última vez en el espejo.

Mi vestido es negro, sencillo y sin mostrar mucha piel.

Nunca me visto como una prostituta, pero tampoco como una virgen santa. Soy virgen, pero no santa.

Mi vestido es ceñido hasta arriba de la rodilla. Y mis zapatos de tacón de aguja color rosa a juego con mica bello y mi bolso lleno de brillos.

—Tu taxi ha llegado. Llámame si me necesitas —Dice Carli dándome un beso en el dorso de mi mano —No pierdas tu virginidad hoy.

—Gracias. Pero no está noche.

Me echo a reír antes de salir del apartamento. Llego al elevador y segundos después estoy fuera donde el taxi espera por mí.

—Buenas noches, señorita.

—Buenas noches. Boulevard 2 Hotel Lotte, por favor.

—Enseguida .

Es increíble que esta noche sea la que elija para dar un paseo y conocer las calles de Moscú de noche. Es un recorrido un poco largo pero me gusta todo lo que veo. Hace un poco de frío. Por lo que me arrepiento de no haber traído algo de abrigo. Espero calentarme en el hotel. Debe ser alguna especie de cena o reunión. Lo mismo de siempre.

La puerta del taxi es abierta por el personal del hotel y me ayuda a salir del interior. Me sorprende cuando rodea el taxi y le da un par de billetes.

Entiende mi reacción y me mira.

—He recibido órdenes señorita. —Seguido de ello se saca una tarjeta de su chaqueta y me la da —También esto. Me siento confundida.

—¿Cómo sabe que tiene que darme esto? —Le pregunto y él me señala la cámara. Sea quien sea sabe quién soy.

Bastante sofisticado para no venir por mí él mismo y mandar a alguien del hotel.

—Gracias —Tomo la tarjeta y me adentro al interior del hotel. Ahí soy escoltada por otro hombre. Me doy cuenta que ambos están vestidos de trajes. El chico que me dio la tarjeta y el que me dirige al elevador, aunque éste se me hace conocido aunque no sé de dónde, se las arregla para ocultar su rostro.

De nuevo. Bastante meticuloso. El tipo debe estar forrado en dinero y bastante solo para que solicite mis servicios.

El elevador llega a su destino y veo el número de la tarjeta. Esta justamente frente a mí la habitación.

Sin más preámbulos inserto la tarjeta y el clic acompañado con un pitido me indica para entrar.

VI

La habitación está oscura.

Una muy grande y lujosa habitación a la luz de la luna. Está rodeada de cristales y se pueden ver el exterior. Una noche llena de luces de Moscú y los otros rascacielos.

—Hermosa vista —Digo en voz alta. Dando por hecho que mi acompañante de esta noche está escuchando.

—Lo mismo digo.

En cuanto escucho esa voz estoy a punto de desmayarme o echarme a correr.

Mi cuerpo solo recibe la primera orden.

Pero me detienen unos grandes brazos fuertes y me pega a un pecho duro con aroma embriagador. Su perfume es veneno.

—Bella —Susurra en mis labios con su acento encantador —Te he extrañado. Pensé que no volvería a verte.

Abro mis ojos y lo veo.

—Valentino —Le digo en inglés —Y yo que contaba con ello.

Levanta la comisura de su labio para sonreírme y me levanta del suelo para ponerme de pie. Vaya manera de volvernos a ver, acabando con todo mi sistema.

Mi insolencia ha regresado. Y él también. ¿Cómo es posible? De pie frente a mí. Luciendo un perfecto traje de tres piezas color gris. Me ve con esos ojos que acechan y vuelve a sonreírme.

—¿Cómo me has encontrado? —Lanzo la pregunta.

Se acerca a mí y por más que quiera retroceder no lo hago.

Quiero esto.

Quería esto de nuevo.

Me toma de la nuca y me atrae hacia él. No sin antes inspeccionar mi rostro como lo más bello que mirara.

Y me besa.

Hunde su lengua dentro de mi boca y lo acompaño con las caricias de la mía.

Su sabor.

Su tacto.

Me llevan a otra dimensión. ¿Cómo es posible que este hombre tenga este poder sobre mí y yo no lo sabía? Es como sino existiera nada más que nosotros. Cuando se separa de mí ahora soy yo la que lo ve.

—Te hice una pregunta.

Mi exigencia tiene buenos frutos. Es como si yo tu viera el poder y el control.

—No dejé de buscarte, Bella. Lamento mucho haberme tardado tanto.

—¿Buscarme?

—¿Por qué? Me sorprende cuando se quita su chaqueta de forma desesperada y con maestría.

—Porque hay algo de lo que me debí hacer cargo hace mucho tiempo.

Me toma entre sus brazos y esta vez me levanta del suelo. Continúa besándome mientras camina conmigo en brazos. No sé a dónde vamos. Pero mi pregunta es respondida

—¿Cómo me has encontrado? —Lanzo la pregunta.

Se acerca a mí y por más que quiera retroceder no lo hago Quiero esto.

Quería esto de nuevo.

Me toma de la nuca y me atrae hacia él. No sin antes inspeccionar mi rostro como lo más bello que mirara.

Y me besa.

Hunde su lengua dentro de mi boca y lo acompaño con las caricias de la mía.

Su sabor.

Su tacto.

Me llevan a otra dimensión. ¿Cóm es posible que este hombre tenga este poder sobre mí y yo no lo sabía? Es como sino existiera nada más que nosotros. Cuando se separa de mí ahora soy yo la que lo ve.

—Te hice una pregunta.

Mi exigencia tiene buenos frutos. Es como si yo tu viera el poder y el control.

—No dejé de buscarte, Bella. Lamento mucho haberme tardado tanto.

—¿Buscarme?

—¿Por qué? Me sorprende cuando se quita su chaqueta de forma desesperada y con maestría.

—Porque hay algo de lo que me debí hacer cargo hace mucho tiempo.

Me toma entre sus brazos y esta vez me levanta del suelo. Continúa besándome mientras camina conmigo en brazos. No sé a dónde vamos. Pero mi pregunta es respondida cuando me deposita en la cama.

—Estás loco.

Lo separo lejos de mí. Pero como un imán regresa a mis labios y sus manos llegan hasta el interior de mis piernas.

—¿Lista y sin mí, Bella? —Musita al sentir mi humedad.

Lo odio.

Separo mis piernas y me subo el vestido para acercarlo más.

Yo controlo sus deseos. Le agarro la cabeza y la llevo hasta mi interior.

Colocó mis piernas en sus hombros y siento mi ropa interior ser desgarrada.

Su lengua caliente comienza su festín en mi sexo. Gimo y le despeino el cabello que tanto trabajo le ha costado dejar perfecto.

No hay nada que se interponga entre disfrutar y olvidar que a quien tengo entre mis piernas es al senador Vólkov, mi jefe. Lo hace mejor.

Lo hace adictivo.

Él tenía razón. Todo esto es adictivo. Y somos dos completos extraños que dejaron algo pendiente en el pasado. No entiendo por qué siempre tiene que haber algo "pendiente". Somos desconocidos, solo somos dos personas dándole rienda suelta a algo que pensamos querer.

Pero ¿Yo quiero esto? Sus lamidas acaban conmigo. No es como la primera vez, ahora es diferente, es como si supiera llegar al lugar exacto, sentirlo, saborearlo.

—Valentino...No puedo...

—Sí, puedes Bella —Presiona más su lengua en mi clítoris.

—¡Voy a correrme! —Jadeo tomándolo del cabello fuerte y mordiéndome el labio inferior.

Y me corro en su cara. Para él no es suficiente, hunde más sus labios en mí una última vez, hasta que siento que está saliendo de la cama.

Yo sigo recuperándome de mi orgasmo, cuando escucho que está despojándose de su ropa. La dura hebilla de su cinturón cae al suelo y lo veo sin camisa y sacando sus pantalones por debajo de sus pies:.

Su gran y gruesa erección resalta por sus calzoncillos, pero se queda corta cuando la libera fuera de ellos, se des hace de su ropa interior y ahora cuelga con su grande y brillante miembro frente a mí.

—Dime que no he llegado tarde —Lo toma con su mano y lo aprieta, frotándolo al mismo tiempo.

Ojalá pudiera decirle que no. Que no ha llegado tarde, que sigo siendo la misma Bella virgen y traviesa que conoció hace un año. Pero mi instinto me dice que lo vuelva loco y lo descubra por el mismo. O al menos que me haga hablar en mi propio placer.

Se coloca sobre mí. Quitándose ahora el vestido y se da cuenta que no traigo sujetador.

—¿Te atreves andar por ahí así de desnuda? —Me ve un poco receloso.

Yo me río en su cara y aprieto su duro culo con mis manos para acercarlo a mi.

Su pene me golpea mi hendidura y gimo por más. En — tonces se da cuenta y lo toma con una mano, mientras que con la otra busca mi cuello y mantiene firme mi cara para que lo bese. Su cabeza se desliza con facilidad gracias a mi humedad y me pierdo.

—Bella —Sus ojos se arrastran hacia los míos y comienza a deslizar más. Nunca había sentido algo como esto y nunca antes había estado así con un hombre.

Mi clítoris responde ante sus caricias y me enciendo de nuevo pidiendo por más. Me encuentro moviendo mis caderas al mismo movimiento suyo. Solo está a un paso para que me tome y me marque como suya.

Porque eso es lo que será.

—Estoy tan jodidamente mal por ti —Gruñe con su mandíbula temblando. Se está conteniendo de no hacerme daño.

Le agarro la cara y lo llevo a mis labios. Es un beso lento que reclama por su bestialidad.

—¿Estabas ansiosa por verte con alguien hoy? Sé que esa pregunta es engañosa. Me está torturando.

—¡No! —Jadeo en silencio y negando con la cabeza.

—Esto que estoy haciendo —Continúa con mi tortura —¿Lo ha hecho alguien más? Me río en su cara de nuevo.

A esto me refería. Quiero su locura, quiero que se vuelva loco haciendo toda clase de preguntas. En su cabeza me está doblegando. En la mía, está haciendo justo lo que quiero.

Mi placer.

—¿Hay otros hombres, Bella? Aparto la vista, pero de repente se detiene.

Enfadado. Me hace gracia y no le gusta. Quiero liberar ala bestia. Quiero dejarle algo claro,será gentil cuando tenga que serlo, y será un animal cuando yo quiera.

Hoy quiero ambos.

—No ha habido ningún hombre ¿Verdad, Bella? Me lo dice tu cuerpo, me lo dicen tus ojos y el dolor y placer que sientes mientras me hundo en ti.

Agarro su pene y lo coloco justo donde lo quiero. Él se deja hacer, sus ojos brillan de deseo y confusión por mi comportamiento.

Trago saliva y lo veo a la cara cuando le digo:

—Será mejor que lo averigües. Ahora es él quien me sonrío.

—Bien.

Esa palabra sale de su boca, acompañado de un pequeño impulso de su pene dentro de mí. Me abro más para él y cierro mis ojos. Mi excitación me basta para disfrazar el dolor que pueda sentir, entonces me doy cuenta que no estoy nicerca.

—Bella —Acaricia mi nombre y me besa toda la cara ¿Esas lágrimas son de placer? Dime cuando quieras que me detenga, por favor.

Abro mis ojos y como si nos impregnáramos ambos.

Nuestras miradas lo dicen todo.

—¿Quieres que me detenga? —Me pregunta una vez más. Ahora su voz es más ronca que antes.

Una ráfaga de placer se apodera de todo mi cuerpo.

Deseo y soy consciente de lo que quiero. Lo quiero a él.

Siempre ha sido él. El primero.

—Nunca.

Sus labios se estrellan con los míos, pero es una distracción. Una estupenda, y lo siento más dentro de mí.

—Te quiero a mi medida, Bella.

Me relajo y respiro hondo para que mis paredes se acoplen a su tamaño. Cuando por fin lo hacen, muevo mis caderas hacia él. Entonces comienza el verdadero placer.

¿Cómo es que este hombre es tan ciego que no me reconoce? Que soy sunueva secretaria, a la que también coque tea. Ahora siento celos de mí misma. Va a odiarme cuando sepa la verdad, pero muy dentro de mí no hay culpa, sino enfado.

Enfado de que tuve que encontrármelo de nuevo con mi verdadera

identidad.

Enfado porque alguien como él nunca se fijaría en una chica como yo.

Enfado porque si lo dejo entrar... él no querrá salir.

Aruño su espalda mientras manda oleadas de goce a todo mi cuerpo con cada embestida. Su tamaño es impresionante y la forma en cómo se mueve lo hace mejor, de nuevo lo hace adictivo.

Esto es adictivo.

—¡Oh! —Jadeo cuando intensifica sus movimientos. En esta posición no me da tregua. Él lleva las riendas.

Gruñe en mi cuello y devora mis labios con mucha hambre, pero estoy segura que no he obtenido ni una pequeña parte de todo lo que me pueda dar.

La bestia está siendo liberada.

Se separa de mí y ahora se encuentra sentado. Me ve por un instante acostada sobre mi espalda, con mi pecho subiendo y bajando a toda velocidad y me agarra las piernas fuertemente para penetrarme todavía más rápido.

Más duro. Más fuerte.

—¡Joder! —Gruñe viendo hacia el techo, pero rápidamente regresa a mi rostro. Está muy cerca, lo puedo sentir, y yo también.

Cuando lleva su dedo índice a mi clítoris y lo acaricia, me pierdo.

—¡Dios! —Grito y enarco mi espalda, me agarro de la suave sábana debajo de mí y sigo gritando por más.

Sus gruñidos me excitan, me vuelven loca y parece que el sentimiento es mutuo porque cada vez que grito él se convierte en una bestia.

Sus ojos destellan fuego y sus manos están calientes en mis pechos.

Si le permito que me quiebre lo hará. Quiero que me recuerde, que no se olvide de mí y cuando vea mañana a su asistente, quiero que se acuerde de esta noche. Así será más fácil para mí cuando le diga la verdad de quien soy en realidad.

Ahogo un grito cuando me toma de las manos y hace que me siente sobre él. Mis caderas toman vida propia y estoy saltando sobre su miembro, entrando y saliendo y él gruñe en agradecimiento.

No para de besarme. No para de verme.

—Eres hermoso —Le digo en sus labios.

Me agarra la peluca, sé que no me la quitará y la hace un puño. No duele porque mi excitación me distrae, pero sé que quiere someterme.

Me río en su cara de nuevo y ahora lleva la palma de su mano a mi culo y me da un azote, fuerte y ardiente.

Quema.

—¡Dios! —Eso me excita y lo vuelve loco.

—¡Muévete ! —Vuelve a azotarme más duro hasta que lo hago. Lo hago más rápido y lo aprieto por dentro.

Ahora está perdido.

Cierra sus ojos porque está a punto de venirse junto conmigo.

Pero recuerdo que yo tengo el poder.

—Mírame —Le ronroneo y me ve a los ojos. Esos ojos verdes inyectados de furia y hambre por devorarme completamente el alma.

—Seré la primera.

Las palabras salen de mi boca y su pene es sacado fuera cuando ambos gritamos de nuestro placer. Me agarra la cara mientras siento que su semilla se desliza por todo mi pecho y abdomen . Pegajoso y caliente. Nos besamos como si no hubiese un mañana. Y me abraza tan fuerte hasta dejarme sin aliento.

Por primera vez coincidimos en algo.

Ambos aquí acabamos de entregar algo por primera vez.

Me lo dicen sus ojos.

VII

Me pidió que me duchara con él.

Lo hicimos en silencio y su miembro se puso duro de nuevo cuando miró mis pechos llenos de jabón y resbaladizos.

Nos volvimos a perder.

—¿Nunca te quitas la peluca? —Me pregunta abrochando su camisa.

—No, ninguna de ellas..

—¿Tienes muchas?

—Bastantes.

Mis respuestas son toscas y cortantes. Estoy segura que no tiene nada más qué decir, a excepción de una cosa. Algo que nos puede llevar a una indudable pelea.

Cuando termino de maquillarme me toma del brazo y me gira para que lo vea.

No me gusta nada de lo que veo.

Culpa.

Poder.

—¿Tienes algo que decirme, Valentino? Me suelta el brazo y abre su boca, está eligiendo las palabras. Si va a ponerse sentimental esta vez, paso. Estoy engañando a mi cerebro para no hacer la caminata de la vergüenza con mi cliente, con mi capricho, con mi bestia.

Porque de otra forma, terminaré con el corazón roto y sin trabajo.

—Acabo de...

Se retracta de nuevo y calla.

—De follarme —Termino la frase por él. Ahora me ve con esos grandes ojos inyectados de enfado. Tiene un jodido temperamento difícil.

—Acabo de ser malditamente el primer hombre, Bella.

—Sí, ¿No era eso lo que querías? Sé que estoy comportándome como una maldita perra en estos momentos. Pero no sé qué es lo que quiere que le diga. ¿Que salte a sus brazos y le pida que nos case mos? Desde luego que no.

—Bueno, algún día tenía que pasar ¿no crees? Frunce el cejo confundido.

—¿A qué te refieres? —se separa un poco de mí, bastante más bien.

—A follar, a perder mi virginidad, contigo o con cual quier otro hombre.

Las fosas nasales de su nariz se abren como grandes aletas a causa de su enfado. Camina a grandes zancadas hacia mí y me toma de la cintura para estrellarme en su cuerpo. Evado su mirada pero con la otra me torna delmen tón y hace que lo vea.

—No vas a engañarme, Bella. —Sisea en mi cara cuando vando esos ojos furiosos en mí —Deja de comportarte como un jodido hombre, porque no lo eres. No acabo de follarte, acabo de hacerte mi mujer y te proclamé mía mientras disfrutaba de tu coño.

Sus palabras me enfadan y excitan a la vez.

—¿Crees que porque te follaste a una mujer ya es tuya? ¿Ya te pertenece? Esto no es una jodida novela de ficción y menos una porno con final feliz, Valentino. La realidad es esta: Eres el primero. No el último.

Me besa furiosamente hasta que somos interrumpidos por la tonadilla de su móvil.

—Vaya, como en los viejos tiempos.

Esta vez no va enseguida a cogerlo. Sino que me ataca con preguntas.

—¿Por qué estás en Rusia? Pregunta que no me esperaba.

—Porque mi trabajo me permite ir de aquí allá —Miento —Quizás el otro año esté en Grecia, quien sabe.

De nuevo la tonadilla de su móvil.

—Más te vale que respondas. Puede que ahora sí estés casado.

—No digas tonterías, Bella. Y no te muevas de aquí.

Como si quisiera quedarme. Este es mi momento para salir de aquí, tomo mi bolso y salgo por la puerta, tomando el elevador. Escucho que Valentino grita mi nombre detrás de mí, pero no me detengo. Para cuando las puertas del elevador se cierran él da un golpe fuerte y las puertas se vuelven a abrir para mi sorpresa.

Mierda.

—No vas a huir, Bella —Su voz suena cargada de ira.

—Me tengo que ir, hemos terminado.

Me levanta del piso y me lleva de nuevo hacia la habitación, esta vez voy en sus brazos como una jodida damisela.

—Oh no, nena. Ni siquiera he empezado contigo.

Follamos de nuevo. En sus palabras. Me hizo el amor de nuevo. Me desperté esta mañana y se había ido. Las reglas eran así, él se iba o yo, pero

nunca debía ir más allá de lo personal con los clientes. Aunque con Valentino ya me había saltado más de una regla.

Las reglas estaban para romperse, al menos esa, mi regla de no acostarme con mis clientes.

No sabía nada de mí.

Me asusto cuando toco una nota con una rosa roja al lado de la cama.

Recuerda, Eres mía. De nada, Xxx VV.

Me doy prisa y salgo de ahí, para cuando se han hecho las seis de la mañana ya estoy por salir de la ducha, esta vez en mi apartamento y lista para irme al palacio.

No sé con qué cara lo veré esta vez.

Ahora sí estaré jodida.

Solamente espero no encontrármelo y me haga todo fácil vía tecnología.

Ryan me saluda cuando salgo del edificio donde vivo. Una cara amigable esta mañana. No vi a Carli para cuando regresé pero le mandé un mensaje diciéndole que todo es taba bien y que necesitaba ponerlo al día esta noche.

—Buenos días, Ryan.

—Buenos días, señorita.

El camino se hace demasiado corto para mi gusto. Y cuando voy a la mitad del camino, recibo un mensaje de mi jefe.

Cancela mis juntas. Estaré ocupado. De nada.

Casi me echo a reír. ¿Ocupado? ¿Con Bella? Me río ante ese pensamiento. Buena suerte con eso.

Imaginar me lo de anoche me hace entrar en calor. Bajo la ventanilla para tomar un poco de aire y Ryan sube a la música.

Hoy nos acompaña la música de Pink Floyd. Nadie me dijo que la música inglesa podría ser placentera y más si es clásica.

Llegamos al palacio y me pongo en marcha para hacer lo que el señor Vólkov me pidió. En todo este tiempo que llevo trabajando durante la mañana no he dejado de pensar en lo que hicimos anoche. Y tampoco lo he visto. No pensé que querría verlo en cuanto pusiera un pie aquí. Pero las cosas son como deben ser y yo debo concentrarme en mi trabajo.

Para la hora del almuerzo me tomé un poco de tiempo para ver si él

aparecía, pero tampoco lo hizo.

Por lo que opté por enviarle un mensaje a Carli y ponemos al día.

¿Estás libre? Almorcemos juntos. Atte. Tu mejor amiga.

Me responde enseguida.

Para ti siempre. Paso por ti en 5. Atte. Un chico loco por ti.

Me da risa su firma. Siempre tiene una diferente para cada mensaje. Cierro el ordenador y busco mi bolso. Por suerte los demás seguramente están en el comedor o quizá fuera almorzando.

Estoy famélica.

Camino por los pasillos y varias caras familiares me saludan y desean buena tarde. Al menos todos son amables, aunque no tenga ningún amigo cercano aquí por los momentos.

Tengo a Carli y es mi mejor amigo por siempre.

Hemos estado juntos por muchos años y hemos vivido muchas cosas juntos.

Le debo todo. Y él a mí.

Antes de salir veo a Fox y me saluda.

—Señorita Petrova.

Hace reverencia como si se tratara de una celebridad. Es uno de mis superiores pero no sé por qué se comporta tan amable conmigo desde que me conoció. Pese a las circunstancias.

—Fox.

—¿El señor Vólkov sabe que saldrás? Mierda.

—No sabía que tenía que decirle. La última vez me dijo que podía salir o usar el comedor.

—Sí. Lo sé. Todos lo sabemos.

Intenta leerme pero no hay nada que leer. El senador lo dijo. Solamente estaba siendo amable conmigo ese día.

Sigo mi camino.

—Ten cuidado —Me detengo —No confundas amabilidad con otra cosa. El señor Vólkov puede ser confuso muchas veces.

Le sonrió como puedo.

—Gracias por el consejo. Pero no hay de qué preocuparse, Fox.

—Eso espero.

Pone su cara de pocos amigos de nuevo y salgo por la puerta para encontrarme con Carli que viene cruzando la calle, justo a tiempo.

—Hola, hermosa —Me planta un beso en la mejilla.

—Te ves guapo ¿Vienes, de una sesión de fotos?

—Sí —Me engancho al brazo de él y caminamos por la acera —Ha sido bastante rápido, es para una tienda local.

—Oye, ya llegarán las grandes marcas, estoy segura.

—Lo sé y también lo espero. Ya con mi cara puesta en esa tienda espero que alguien lo note.

Mientras vamos caminando, Carli me comenta sobre un restaurante cerca donde sirven buena comida. Muero por llegar ahí y que le cuente todo lo que pasó anoche.

—No llegaste anoche, no sabes cuánto me muero por que me cuentes.

Me sonrojo.

—¿Acaso estás sonrojada? —Abre los ojos como platos y la boca —Parece que hubieses perdido la virginidad.

Me mofo, al mismo instante en que entramos al lugar. Es un lugar muy bonito y pintoresco. Tomamos una mesa del fondo y nos sirven el menú. Muero de hambre.

—Démonos prisa —Le digo sin quitar mis ojos del menú —Es mi primera vez fuera, no estoy segura de cómo lo vaya a tomar ya sabes quién.

Carli me ve de reojo, sus grandes ojos claros se forman en una línea para que le diga más.

—Tuvo que haber pasado algo bueno para que ahora no quieras ni decir su nombre. Ahora son mis ojos lo que lo dicen todo.

—Sí cuando ese mismo hombre fue tu cita anoche.

—No me lo puedo creer —Su cara de sorpresa me hace caer más en la realidad.

Le cuento lo qué pasó. Sin indagar en los detalles.

Esos me los reservo. Pero lo más importante de todo esto es que se ha enterado de que le entregué algo bastante importante para mí.

—Hermosa, no quiero que salgas lastimada. Es bastante cliché y viniendo de mí peor, pero sabes que tengo razón. Cuando una mujer se entrega no solamente lo hace con su cuerpo.

Sé que tiene razón.

Pero eso no sucederá. Porque no he entregado nada más que mi cuerpo y uno que otro pensamiento.

—Sé que esto sonará bastante cliché también pero él es diferente. A veces pienso que todo este tiempo lo estuve esperando a él. Y no solamente como Bella. Algo dentro de mí hace un año me hizo llegar muy lejos.

—Y algo estaba pendiente —concluye —Sé que él lo miró así. Yo también lo vería. Ambos somos hombres y tú una mujer hermosa. Pero vamos, esto no es Mujer Bonita. Lo sabes.

—Lo sé. Es pecado. Es peor, dado que trabajo con él y escondo esa parte de mi vida.

—¿Cómo es que no te reconoció? Yo también me hago la misma pregunta siempre.

—Creo que me ve pero no me mira realmente.

—Tus pelucas ayudan mucho. ¿Lo volverás a ver?

—No lo sé. Espero que sí. Fue divertido.

Ambos estamos de acuerdo en eso. Y no dudo que así sea. Pero Valentino jamás tiene que saber que soy la misma mujer que trabaja en el día con él.

—Pues si vas a estar cerca de él más te vale que comamos porque la emoción será grande.

Valentino

Todavía no logro sacarla de mi mente. Estuve toda la mala noche viéndola dormir. Quise quitarle esa peluca que llevaba puesta pero era difícil hacerlo y algo me dice que no debo ir más allá.

Pero ella. Es hermosa y no sé por qué me vuelve loco.

Solamente que no he dedicado suficiente tiempo para averiguarlo dentro de mi cabeza.

Porque no me importa suficiente si sé que la tengo y tendré cuando se me apetezca. Porque mi trabajo ya fue hecho y ese fue follarla por primera vez.

La hice mía de todas las maneras posibles y aún no he terminado con ella.

Es por eso que esta mañana no me presenté a la oficina.

Quería despejar mi mente y dedicarme a mí otra vida.

Mi otro trabajo, uno de muchos pero no menos importante y es mi trabajo como inversor de empresas con números rojos, salvarlas y comprarlas para volver a meterlas en el mercado.

No me va mal. De hecho podría comprar al senado en tero y la ciudad.

Mi vida como senador es solamente un deber que me otorgó mi padre cuando aún estaba vivo.

Siempre quiso que fuera uno de ellos y ahora soy el jodido presidente del palacio de senado de Rusia.

Lo que amaba mi padre era ayudar a las personas y eso mismo hago yo.

—Las estadísticas no mienten. Necesitamos de su apoyo.

Tengo al apoderado legal y al contador de una de más empresas de este mes por salvar.

—Lo sé y por eso estoy aquí. Pero saben lo que pienso. Esta empresa se vino abajo por no querer invertir en energía renovable. Y si la salvo se dedicará a ello.

Ambos intercambian miradas. Asintiendo con la cabeza.

Están perdidos y sus ojos gritan por mi ayuda y dinero.

Me pongo de pie y ellos hacen lo mismo.

—Que mi gente se encargue.

He salvado sus vidas.

—Muchas gracias, Señor Vólkov.

Le tiendo la mano a ambos y me retiro en compañía de San. Mi guardaespaldas.

El sonido de los platos y el murmullo de la gente me ponen de mal humor, hasta que mis ojos captan algo a lo lejos.

¿Qué está haciendo ella aquí? «*No debería de importarte* » ¿Debería de ir a saludar? Está acompañada de alguien. Dijo que no tenía novio.

Pero ese chico está tomando su mano y ella sonrío.

Tiene una sonrisa muy bonita.

Joder. No debería de importarme a quien le sonrío. Anoche hice mía a una mujer que es más bella que ella. ¿Verdad? No me he tomado el tiempo de verla bien. Aunque aquel día en la hora del almuerzo me gustó hacerlo. Estoy todavía de pie y mi cabeza le ordena a mis jodidas piernas que se muevan lejos.

Ellos deben de tener algo. Y ella me mintió. Me enfada.

Estoy todavía ahí viéndolos. A la mierda.

Me veo caminando hacia su dirección. Las miradas las robo como si me pertenecieran de la gente. No me gusta que me vean. No me gusta llamar la atención. Pero ellos se guramente me conocen.

Como si sintiera mi presencia, su mirada se encuentra con la mía y me

congeló. Justo a tiempo.

—Señor Vólkov —Su acento me gusta. Y la forma en cómo pronuncia mi nombre también.

Ha dejado de sonreír.

No debería de importarme pero otro lado me afecta un poco y desconozco el motivo tal cual loco sin memoria.

—Señorita Petrova.

El chico. Su acompañante. El que perderá la cabeza si vuelve a tocarla se pone de pie y me ve.

Yo hago lo mismo.

—Carli, él es el señor Vólkov mi jefe —Escucho su voz pero no ayuda en nada —Señor le presento a Carli, mi mejor amigo y compañero de casa.

¿Compañero de casa? ¿Mejor amigo? Carli me tiende la mano y reacciono.

—Mucho gusto, Senador Vólkov.

—Valentino Vólkov, mucho gusto.

La situación es incómoda. Me he presentado aquí sin ser llamado y ellos están siendo amables. Debo poner mi mierda en orden. Tan solo son amigos.

No es que me importe. Pero mi cuerpo se ha relajado. No debería de sentirme así sobre esta mujer. No es ni la más bella, ni la más lista. Si trabaja para mí es por capricho mío y porque necesitaba de ella.

Necesitaba una asistente. Joder.

—Veo que ha preferido salir hoy.

No sé qué otra cosa decir. Es lo primero que me inquieta. No es como si se tratara de mí esclava pero me sentiría más seguro que estuviera en el palacio y no aquí.

Ese es mi problema.

Mi defecto y martirio.

Soy demasiado desconfiado y protector y mi instinto ha saltado sin saber por qué.

Todo gracias a mi vida pasada como ex militar. Me alisté un par de años antes de que mi padre enfermara. Y cuando murió seguí adicto al peligro, a las pesadillas y al olor a sangre del enemigo. Terminé con muchas cabezas en cima. Sin dormir, sin descansar. Estaba buscando la muerte también. Estaba buscando una salida triunfal y no morir como un maldito cobarde. Pero me dieron de baja cuando se dieron cuenta que no iban a poder controlarme y tomé mi posición en el senado como era correspondido tiempo después.

Gracias a mis estudios y toda mi carrera. Y porque fue el último deseo de mi padre. Ser yo lo que él jamás pudo ser por su enfermedad.

Aunque una noche quería morir, acabar con mi vida, y decidí mejor navegar en internet hasta que llegué a una página secreta llamada Las Flores y vi una chica de cabello rosa, lo sentí enseguida. Y salvó mi vida esa noche que pensaba suicidarme.

Terminé comiéndome su coño y fue como una medicina, así de maldito enfermo estoy.

Hasta que acabé aquí.

—¿Señor Vólkov, se encuentra bien? Su voz me trae a la realidad.

—Sí.

—¿Disculpe? Le decía que espero no sea ningún problema que me haya tomado mi hora de almuerzo para encontrarme con mi amigo. Dado caso que usted tampoco es taba en la oficina...

—¿Acaso me estaba esperando? Guarda silencio. Por el rabillo del ojo veo que su amigo ha dejado de respirar.

Y ahora la veo a ella.

Su vestimenta el día de hoy es aprobada por la bestia en mi interior. Imaginarla sin esos pantalones de tela color negro ajustado y sin esa blusa casi transparente me hace gruñir para mis adentros.

—Por supuesto que no. Es decir, esperaba verlo a la hora del almuerzo y pedir su permiso.

—No necesita pedirme permiso, señorita Petrova.

—Con permiso, yo iré a atender una llamada —Se excusa su amigo. Uno muy malo dado caso que ha notado que ella está nerviosa. Ahora me cae bien por dejarnos solos.

Con la boca un poco abierta ella me ve. Sonrojada. Y también porque no puedo controlar mi lengua para todo lo que quiero decirle en estos momentos.

Ella se ve hermosa cuando está nerviosa. Lo noto ahora. Y no es problema para mí ayudarle un poco para ponerla en ese estado.

Ahora que estamos solos, se sonroja más. Bella.

Ella viene a mi mente y la imagino frente a mí. Vistiendo así. Como toda una ejecutiva y no como una ...dama de compañía.

Pero me doy cuenta que comparar a Bella con mi asistente no vale la pena. Ni al caso.

Y eso me enfada y excita a la vez. Bella podría tenerme en sus pies si me lo rogara pero de Petrova no lo sé. No sé qué podría ofrecerme.

Nunca me he involucrado con una asistente. Y he tenido muchas y más hermosas que ellas que no ha habido problema para que se le lancen encima. Pero ni aun así despertaron interés en mí.

La señorita Petrova es diferente. Se contiene, lucha en su interior por hacer lo correcto. Me provoca sin hacer el mínimo esfuerzo.

—Se ha quedado muda.

Ella me quita la mirada por un segundo.

—Lo siento.

—Ya hablamos sobre eso, señorita Petrova. Ella parece no entenderlo.

—No lo entiendo.

—Sobre disculparse. Es un milagro que su mente no la haya traicionado esta vez y haya hablado en voz alta. Puesto que podría adivinar lo que está pensando en estos momentos.

—Yo...

Se muerde su labio inferior y hace que mi cuerpo reaccione enseguida. No tengo idea a qué ha venido eso.

—Hay algo que quiero decirle de repente —Mis labios se mueven al hablar y no controlo nada de lo que sale de ella.

Ella reacciona ante mis palabras.

—¿Sí?

—Sobre lo de no tener novio.

—Lo recuerdo y le dije que no tengo.

Me sonrío. Pero no como lo hacen las mujeres que quieren provocarme. Sino para convencerse a sí misma de algo.

—Sí, y le creo.

—¿Por qué le interesa? —Pregunta con inquietud.

—Te deseo, Anabella. Difícil o no, no puedo evitarlo.

—¿Disculpe?

—De nada.

La dejo con eso en su mente que la tendrá pensando en un largo rato. Como a mí y cómo coños se me ocurrió decirle semejante estupidez.

Río para mis adentros y Sam abre la puerta del auto para mí. Él escuchó todo y no hace ninguna sola pregunta. Pero sé que como guardián cuidará de ella mientras yo no esté.

¿Por qué? Simple.

Porque yo no pongo los ojos en cualquier mujer.

VIII

En cuanto el señor Vólkov se va el aire regresa a los pulmones. ¿Cómo demonios se le ocurre decirme eso? En otras palabras fue lo mismo que le dijo a Bella y lo hizo.

Follamos.

No puedo involucrarme con él con mis dos identidades. Al final será todo un caos.

Carli regresa de hacer su llamada. Algo me dice que fueron excusas para dejarme aquí sola con él.

—Wow. Estás pálida, Ana. Mejor siéntate.

Se burla de mi. No me imagino la cara que tengo.

—Por Dios. Voy a volverme loca. Ese hombre me va a volver loca.

—Pues me agrada. Eso de decirte que va a follarte es de los míos. Soldado avisado no muere en la guerra.

—¿Escuchaste todo? Ahogó un grito de sorpresa. Menos mal que se han ido porque estoy segura que mi vomito verbal hubiese acabado conmigo frente a él. En cambio, decidí quedarme callada.

—Ahora ya sé por qué te pones así. Menos mal que soy heterosexual. Sino hubiese caído también a sus pies.

—Lo que me dices no ayuda en nada.

Ahora ambos nos reímos.

—De acuerdo. Será mejor que comamos. Ahora estoy el doble de hambriento. Por alguna razón yo también y no tiene nada que ver con la comida.

—Pero en verdad te lo digo. Ten cuidado con él. No te involucres demasiado.

Para eso tengo a Bella.

Cuando regresé a la oficina atisbé que Valentino estaba en la suya. Se le escucha murmurar algo. Seguramente estaba hablando por teléfono.

Las alertas de correo no dejaban de avisarme que tenía asignaciones por terminar el día de hoy.

Así fue la primera semana y todo marchaba normal. Me había sentido

decepcionada y al mismo tiempo sorprendida de que no había recibido una alerta de Las Flores por tener una cita con él. Solamente tuve una y fue una mujer. Nada de sexo, solo una fiesta, un par de tragos y a casa a dormir.

Siempre me tiemblan las manos antes de hacerlo. Lo pienso bien y que voy a decirle y que es lo que ella me dirá.

Llamar a mi madre.

—Mi pequeña ¿Va todo bien? Ella no sabe que estoy en Rusia, a veces lo olvida y no la torturo con eso. Así que aquí es de madrugada todavía mientras que allá es de día. Es la primera vez que la llamo desde que estoy aquí.

—Sí, mamá. ¿Cómo estás? Escucho su risita del otro lado y se me parte el alma. Mi madre es una santa. La muerte de mi padre le tomó por sorpresa como a muchos. Se nos fue arrebatado de esa manera tan cruel y ahora estas son las consecuencias.

—Estoy de maravilla. La señora British y la señora Hamilton y yo nos la pasamos jugando a las cartas toda la tarde que se nos olvidó por poco ir a cenar. Tenemos la revancha mañana.

—Eso me alegra mucho. No sabía que te gustaban tanto las cartas. Te prometo que cuando vaya a verte jugaremos un poco.

—Sí. Aunque la semana pasada casi ahorcó a la enfermera. Me ha negado el último chocolate de los paquetes que me trajiste la última vez. Oh, madre.

—Seguramente ya se habían acabado, mamá.

—No. Llevo la cuenta y aún me queda uno. Seguramente ella se lo comió. Está tan gorda la pobre.

—Ya. Entonces te llevaré más y se lo daremos a otra de tus enfermeras para que no haya problema. Diles que lle vas conteo, así no podrán quitarte ninguno.

—Es una buena idea, hija.

La tonadilla del ordenador me indica de más asignaciones. Al menos estaré más tranquila que mamá lo está llevando bien. No ha recaído y eso es bueno.

—¿Y tú cómo estás? ¿Cuándo vendrás a verme?

—Pronto, Mamá. ¿Recuerdas que te dije sobre un nuevo trabajo?

—Sí.

—Bueno. Pues ese trabajo me ha mantenido ocupada. Pero son buenas noticias. Muy pronto te podré sacar de ahí y traer cerca, como lo querías.

La institución donde está es buena y cara. Pero necesito traerla a Rusia y conseguirle otro lugar. O quizá una enfermera que pueda atenderle las veinticuatro horas. Espero que con el tiempo pueda tener mi propia casa y mi madre viva conmigo.

Es bueno mantener las esperanzas vivas. Y más ahora que le permiten recibir llamadas directamente conmigo con la supervisión del director.

—No sabes lo emocionada que me siento. Lamento mucho tener que darte tanta lata.

—Nada de eso. Todo irá mejor. Ya lo verás. No olvides que te amo.

—Yo también te amo, pequeña.

Escucho pasos que se acercan rápidamente y más me vale colgar la llamada.

—Me tengo que ir. Te hablaré después.

—Adiós, me encantó escuchar tu voz.

—A mí también.

Cuelgo el móvil antes de ser pillada pero es tarde. Tengo a Valentino frente a mí fulminándome con la mirada.

Se ve guapísimo como siempre. Aunque en sus ojos hay algo diferente. Parece molesto.

Siempre se ve así. Diría que es mi culpa pero no. El hombre viene con instrucciones y las he acatado al pie de la letra para conocer cuando algo tiene que ver conmigo o su vida privada.

—¿Hay algo en que pueda ayudarle, señor Vólkov? Su perfume no ayuda en nada en mis pensamientos. Me trasladan hace una semana. Cuando me entregué a él. No sabe que soy yo esa chica y así permanecerá.

—¿Con quién hablaba? Ignora mi pregunta haciendo otra. Puede ser jefe. Pero no tiene derecho a indagar más allá. Ya suficiente lo hizo el otro día cuando me lanzó a la cara que me follaría.

—Era una llamada personal, señor.

Su mirada desprende fuego ante mi respuesta. No es suficiente para él. Pero tendrá que conformarse. Hay límites.

—Cuando usa mi tiempo. Mi espacio y mi teléfono en horas de trabajo para hacer llamadas personales tengo el derecho de saberlo todo.

Vaya. Hoy está insoportable. Y yo hoy me desperté con el pie izquierdo también.

—No volverá a pasar, señor Vólkov.

Da un puñetazo al escritorio y me sobresalto.

—Será mejor que me vea a la cara. Y más cuando se atreva a mentirme, señorita Petrova.

Levantó la mirada para verlo.

¿Qué demonios sucede con él hoy? Lo dejaré ganar esta vez. Porque sé que no he hecho nada malo. Pero si lo que quería era sentirse como un idiota le puedo ayudar.

—Hablabas con mi madre, señor —Su mirada se va suavizando —Ella...

Se me hace un nudo en la garganta y no sé por qué me afecta tanto hablarle sobre mi madre.

—Ella está en una institución mental. Me disculpo por haber tomado mi tiempo de trabajo para llamarla. Pero desde que me mudé aquí no he hablado con ella. Ella...

Siento mis ojos arder de inmediato. Hasta que siento su mano sobre la mía. No son fuegos artificiales. Es como un bálsamo que lo puede curar todo si lo permito.

—¿Qué sucede? —Me pregunta mientras yo veo nuestras manos unidas.

—Ella no sabe que estoy en Rusia, creo que lo olvidó a causa de la depresión que sufre. Por favor no me haga decir más. No me haga decirle que es por eso que quería este trabajo.

—Para poder traerla a ella —Termina por mí.

Asiento con la cabeza. Y me suelto de su agarre. No necesito su lástima. No necesito su comprensión. Ni mucho menos que me entienda. Personas como él nace en cuna de oro y solo van por ahí pisoteando a los demás.

Me rehúso a ser una de esas personas.

—Me pondré a trabajar, señor. ¿Hay algo en lo que pueda ayudarle? Se aleja un poco de mí. Ahora me dedica esa mirada mierda de hombre serio y no le va. La culpabilidad no puede con él. Lo que le dije no es algo que se les cuentan a los jefes por capricho de ellos.

Otro error que comete conmigo.

—Sí —Carraspea su garganta ahora un tanto avergonzado —Llama al senador Serkin.

Ese nombre. Ese tono.

Siento que me falta el aire. ¿Serkin? ¿El mismo senador Serkin?

—¿Señorita Petrova, se encuentra bien?

—Yo... —Necesito saberlo, no es algo que pueda ocultar —Yo trabajé para un Serkin antes y las cosas no acabaron bien.

Frunce el cejo entendiéndolo todo. Pero hay algo más, es como si él supiera eso ya. ¿Qué más sabe de mí que yo no sé?

—Me temo que puede ser el mismo, o no.

Se detiene por un segundo y regresa la mirada en mí en forma de advertencia.

—Tenga mucho cuidado. Este Serkin es un hombre un poco cariñoso, si se trata del mismo, yo me haré cargo.

Si cariñoso se refiere a un mujeriego con las manos sueltas estoy bien, me sé defender.

—Entendido, señor.

Sin más se va caminando a grandes pasos hasta su oficina y esta vez, cierra la puerta en un gran portazo que me hace sobresaltar.

Compruebo la llamada y hago lo que me pidió. Dirigiéndome a la secretaría del senador.

Regreso a mi escritorio y continuó mi día. Esta vez sintiéndome más cansada que nunca y apenas es medio día.

Debe tener un mal día o mis palabras le llegaron a donde no esperé que llegaran. No dejo de mirar si su puerta se abre. No me ha llamado por teléfono o enviado algún mail pidiéndome algo más.

Al cabo de unos minutos el senador se hace presente y como lo advirtió Valentino, me come con la mirada en cuanto me ve.

Pero es porque es el mismo maldito hombre de hace algunos años.

—Senador Serkin. El señor Vólkov lo espera en su despacho.

Ignora mis palabras y me sonrío.

—¿Y tú eres? —Sé que finge que no me reconoce.

—La asistente del senador Vólkov.

Voy a seguirle la corriente simplemente porque me conviene .

Hacerme la lista tendrá que funcionar. Sus encantos no van conmigo. El tipo es alto, un poco moreno y lleva un perfume para espantar a todo el que se le acerque. A pesar de tener los ojos verde claro, hay algo en su mirada que no me gusta.

Se revuelve su largo cabello negro. Le llega casi a los hombros y me vuelve a lanzar la mirada matadora.

—Muy lista. Me refiero a tu nombre, americana. Creo que lo olvidé, tu rostro me es familiar.

Dudo en responder su pregunta. Pero como si no me importara se lo digo de todas maneras. No me gusta nada su tono en cómo se refirió para llamarme americana. No es que vaya a decirle que también tengo sangre rusa porque no me importa.

—Anabella Petrova —Digo con desinterés —Y le repito. El senador Vólkov lo está esperando, señor. Se lame los labios y me ve de arriba abajo. Vuelve a reírse para sí y se aleja hasta el despacho del senador.

—Sabía que eras tú —Murmura a los lejos.

No me gusta nada su presencia y presiento que tenerlo cerca me puede traer problemas. No sé para qué está aquí o si son amigos. Lo que sí sé es que no quiero tener que cruzármelo fuera de aquí.

Al llegar a casa caigo rendida y me quito los tacones en el pequeño salón. Tomo el primer libro que tengo a la mano y lo hojeo. No recuerdo cuándo fue la última vez que me de voré un libro entero. Ya casi no me da tiempo de encargarme de cosas como estas desde que me mudé aquí. Al recibir un alerta en mi teléfono me doy cuenta que estoy muy lejos de acabar la noche.

Bella tiene una cita.

IX

Como siempre, no dice quién solo dice dónde. Me temo que puede ser Valentino y la verdad después de lo de hoy no sé si quiera verlo. Pero mi cuerpo me traiciona y mi mente al recordar sus besos y su cuerpo junto al mío. También de liberar a la bestia y castigarlo por comportarse como un verdadero idiota.

Carli no está esta noche. Me preparo sola y opto por un vestido conservador y una peluca rubia. Mi vestido es rojo de mangas largas. Ceñido en todo mi cuerpo y debajo de la rodilla. Me veo por última vez en el espejo y mi destino me espera.

El taxi me ha dejado en la dirección que recibí. Es un restaurante bastante lujoso y alejado de la ciudad. Hace un poco de frío, por lo que me coloco mi abrigo antes de bajar. Desde aquí puedo ver cómo un hombre de traje viene hacia mí para indicarme la entrada y dónde me espera mi cita.

—Señorita.

—Buenas noches —Le digo amablemente.

Me abro paso donde me dirige de manera silenciosa. Soy consciente de todas las miradas que se posan sobre mí mientras voy caminando, captando más que una mirada llevo hacia mi destino que me espera en la barra del bar, de espaldas. Como si me sintiera, gira sobre su propio eje y se me queda mirando de pies a cabeza, mientras yo, lo fulmino con la mirada y levanto la comisura de mi labio.

Le hace un gesto al hombre detrás de mí y se aleja. Se acerca a mí poco a poco y me planta un beso en la mejilla que manda señales a todo mi cuerpo. Por un segundo cierro los ojos tal cual damisela romántica y aspiro su aroma varonil.

—Te ves hermosa.

Le sonrío tímida y envuelve su brazo en mi cintura para acercarme más a él si es posible. Me mira los labios y se lame los suyos.

Quiero probarlos.

—Valentino —Arrastro su nombre como me lo permite —La gente nos mira.

Su mirada por un segundo ve de lo que hablo y no parece importarle. Me planta un beso casto en los labios y se retira con maestría, ofreciéndome su

brazo.

—Nuestra mesa está lista.

¿Mesa? No digo nada, y dejo que me lleve donde quiera. Sé que su juego terminará en sexo, pero solamente si lo permito y por más que quisiera acostarme con él y saltarme su jodida cena. No lo haré.

La mesa que preparó para nosotros está lejos de los comensales del restaurante y la música es diferente, es piano, un suave y romántico piano. Me ayuda a quitarme mi abrigo y luego se quita el suyo, un mesero los toma y en ningún momento Valentino quita sumirada de mí como yo de él.

Una vez sentados frente a frente una copa de champán es servida para cada uno. Me quedo observando las burbujas de mi copa y luego él levanta la suya.

Quiere brindar.

—Por ti.

Es lo más dulce que le he escuchado hasta ahora.

—Por mí —Le digo y me sonrío de oreja a oreja.

Se ve divino en su traje negro de tres piezas. Sus ojos resaltan esta noche y me pregunto por qué. Su día tuvo que haber mejorado por el resto de la noche para que se encuentre aquí conmigo.

—Debo decir, que no me esperaba verte esta noche, Valentino.

Me llevo la copa a mis labios y tomo un sorbo, para dejarla sobre la mesa de nuevo.

—Necesitaba verte.

—¿Mal día? —Pregunto.

—Se podría decir. Pero no quiero aburrirte con los problemas de mi trabajo.

—¿Por qué? Somos dos personas adultas hablando sobre cualquier cosa esta noche.

Se lo piensa mejor.

—Quería una cita —De :pronto cambia el tema.

—¿Una cita? No sabía que eras de esos.

Y a esos me refiero a hombres como él. Su legado y mando no le permiten verlo con mujeres como yo. Y lo sabe muy bien. Pero hoy me está demostrando que no le teme a nada, ni siquiera que sea visto con una mujer como yo. Una dama de compañía.

Otro punto a su favor.

—Te mereces eso y mucho más, Bella.

—Suena muy tierno. Pero no quiero meterte en problemas si alguien te ve

conmigo.

Eso no le gusta. Me lo dice su mirada, y su mandíbula apretada. Sabe a lo que me refiero.

—¿Sabes a lo que me dedico? —Me pregunta.

—Lo sé. Cualquiera que viviera en este país lo sabría.

—Entonces no lo sabes todo, Bella. Porque también cualquiera que viviera y vive aquí sabe que no deben meter sus narices donde no los han llamado.

Me rio por la seguridad que tiene. Aunque es admirable que lo diga, no deja de ser peligroso para mí. Y el escándalo que sería que si se dieran cuenta que soy la misma persona que trabaja para él en el día y que en las noches soy... Bella.

—Créeme, soy intocable. No me dejo ver en público a menos que valga la pena, no hago conferencias de prensa si no fuesen importantes para mi gobierno y para mí. La lista es muy larga, Bella. Y ahora tú estás en esa lista, encabezándola.

—No entiendo nada de lo que dices.

—Hablo de que quiero que dejes de trabajar por las noches y seas mía. Conmigo no te faltará nada. Te compraré una casa, un coche y tendrás todo el personal que quieras a tu disposición.

—¿Tú vienes incluido? Porque solamente estoy escuchando de necesidades vagas. ¿Crees que vivo en la calle? ¿Qué no tengo un trabajo? ¿Qué no tengo que comer?

—No es a lo que me refería, Bella.

—No, sí es a lo que te referías. Te repito que no soy una prostituta de la calle a la cual debes salvar. No necesito ser salvada, señor Vólkov. Tampoco necesito una aventura que me dé dividendos y lujos. Necesito ser más que esto. Necesito que no me dejen ir.

Me detengo por un segundo al ver como reacciono ante mis propias palabras. Ni en millón de años habría sabido que eso era lo que necesitaba. Pero este hombre frente a mí puede sacar lo peor de mí hasta lo que ni siquiera yo conozco de mí misma.

—¿Y a ti quién te dijo que yo te iba a dejar ir? Su pregunta me atrapa. Me conmueve. Pero es muy pronto. No puede estar hablando en serio. No puede enamorarme de esa forma.

—No me debes nada, Valentino. Que me haya entregado a ti, fue una

decisión de la cual no me arrepiento. Pero no me hagas correr, no lo arruines.

—Lo averiguaré, Bella —Se acaba su botella de cham pán —Averiguaré lo que escondes. Porque sé que escondes algo. Dices que quieres protegerme, cuando claramente la que se está protegiendo eres tú.

—No voy a discutir contigo, ni siquiera somos no vivos. Deja el drama y vamos a comer.

Después de acabar la cena, estaba satisfecha. Aunque sus ojos no dejaron nunca de clavarse en todo mi cuerpo y rostro. Miraba cada parte de mí, cada gesto. Hablamos de cosas normales. De la vista, de la noche, de la gente.

—Quiero saber más de ti. ¿Cuál es tu apellido?

—Eso es territorio privado, Valentino.

Se ríe. Sé que quiere saber más de mí ojalá pudiera dárselo. Pero primero tengo que salir de esta situación y ser sincera con él. Es nuestra segunda noche juntos, frente a frente y no estamos follando. Estamos hablando. Algo que se le da bastante bien para ser un hombre muy serio.

—¿Cómo te va en el trabajo? —Ahora soy yo la que cambia el tema y retomamos a lo que no quería hablar.

Su lenguaje corporal ahora es nervioso. Si indago más quizá llegue a sus pensamientos sobre la real yo del porqué me contrató y espero que elija bien sus palabras.

—Va todo bien. Mi nueva asistente es bastante eficiente.

—¿Y es guapa? —Capto su atención con esa pregunta.

Le cuesta responder. Se está conteniendo. ¿En verdad es tan difícil de responder algo como eso? Ni siquiera ha sido amable conmigo.

—Lo es.

Sonríe para mis adentros.

—¿Acaso le gusta su asistente, señor Vólkov? No le gusta hacia donde estoy a punto de llegar pero de todas maneras responde a mi pregunta.

—Soy un hombre que sabe reconocer la belleza de una mujer cuando la tiene en frente. La señorita Petrova es hermosa y me gusta.

Siento mariposas en el estómago por admitir que soy hermosa. Aunque él no lo sabe.

—¿Has intentado algo con tu asistente alguna vez? Entrecierra los ojos por mi pregunta. Si voy a escarbar más me vale saber si tengo oportunidad o no de que se fije en mí. Aunque, mierda. No es que lo quisiera. Pero vamos, el hombre está bastante interesado.

—¿Con ella o con alguien más?

—Da igual. ¿Lo has hecho o no? Se mantiene en silencio por un segundo. Como si sus pensamientos fueran hacia atrás y recordaran.

—No. Pero quisiera tener algo contigo.

Eso me desilusiona y excita al mismo tiempo. Su falta de filtro no tiene límite. No parece ser el mismo hombre serio con el que trabajo. Es bastante seguro de sí mismo al punto de llegar al máximo de su ego y lo absurdo como peligroso.

Una combinación que nunca había visto en alguien.

—Eres bastante seguro de ti mismo o bastante ingenuo, Valentino.

Me vuelve a sonreír tal cual chiquillo. Empiezo a adorar eso de él.

—Prefiero ver la realidad de otra forma. Llámalo capricho o lo que sea, no me importa, la realidad es que tarde o temprano serás mía.

—Te recuerdo que ya estuve en la cama contigo si es lo que te refieres.

—No. No me refiero a eso, solamente fue el comienzo, Bella. Lo demás está por venir la pregunta correcta es ¿Qué tanto estás dispuesta a renunciar por ello? Que hable de la renuncia me pone los pelos de punta.

Es como si en verdad se estuviera jugando algo serio aquí conmigo. Aunque aún no lo sé, lo voy a averiguar. Aunque no sé lo que yo estaría dispuesta a sacrificar por ello como bien lo dijo.

—Te has quedado callada. ¿Acaso dije algo malo?

—En realidad me sorprende todo lo que dices, Valentino. Siempre me sorprendes. —Y como siempre —Y sí, eres el primero.

Su mirada se torna desafiante de repente. Sé lo que quiere ahora, y no sé si pueda negárselo después de escuchar sus palabras. Aun no sé por qué está tan empeñado conmigo, quizá es momento de hacer las preguntas correctas sin irnos por las ramas, de todas formas, esas partes ya nos las saltamos.

—No has respondido a mi pregunta, y si quieres que esté dispuesta a jugarlas por ti también, debes ser sincero conmigo y directo, aunque con esto último no veo el problema, ya lo eres, demasiado para mi gusto.

—¿Qué quieres saber, Bella?

—¿Por qué te empeñas en estar conmigo? Solamente fue una noche, me conociste hace un año y coincidimos de nuevo. Pensé que todo acabaría ahí, aunque no estoy segura de si algo comenzó. No sé nada de ti y eso está bien, tú no sabes nada de mí tampoco, pero no creo en las casualidades, Valentino. Y todo esto asusta.

Veo cómo traga y aclara su garganta, sabe que tengo razón, esto va más allá de la atracción. Es como si estuviese empeñado todo este tiempo en buscarme y tenerme y ahora que ha pasado no quiere dejarme ir. Si quiere algo más de mí me temo que no podrá dárselo, porque no sé si él tenga algo que dar también.

Estoy llena de problemas y mentiras. Mientras él aquí no teme en que la gente lo vea conmigo. Aunque admira ble sea, también es estúpido si lo vemos desde otro punto de vista. Estoy segura que también tiene enemigos, me lo dice todo de él. Si yo fuera él también los tuviera, pero mi enemigo soy yo misma, aunque eso él no lo sabe.

—Bella —Comienza a decir con voz cargada de furia Hace un año, no sabía lo que hacía. Me refiero a ti en una habitación. No tengo la necesidad de pagar por sexo, nunca lo he hecho, nunca lo hice y jamás lo haré. Eso no cambia nada.

»Cuando te vi, se me antojó tenerte. Tu belleza, la forma es cómo me viste, sé que también lo sentiste, sino no me hubiese atrevido a besarte. No supe lo que estaba haciendo hasta que te tuve en mis labios, y cuando me refiero amis labios estoy hablando dentro de tus piernas.

Mis piernas reaccionan por si solas y aprieto mis muslos entre sí. Esa forma que tiene de hablarme me excita y no es normal. Debo tener un jodido problema.

—Por favor, continúa —Lo incito a seguir.

—No vuelvas a referirte a ti como algo o clase de alguien, te lo prohíbo —ordena :firmemente —Eres una mujer, eres mi mujer hasta donde me concierne no importa lo que digas, y ahora mismo también se me antoja tenerte y sé que te tendré. Se apresuró a pagar la cuenta, me sacó del restaurante como alma se lo lleva el diablo. Lo que dijo va más allá de la obsesión.

Ahora vamos en la parte trasera del auto. Sin pronunciar palabra alguna pone sus manos en mi regazo y acaricia el interior de mis piernas hasta llegar a mi sexo.

Gimo de inmediato y eso basta para que estelle sus labios en los míos, me agarra de la cadera y me insta a que me siente sobre él, de inmediato puedo sentir su gran erección acariciando mi sexo por encima de la ropa interior. Sigo devorando sus labios, y dije que no lo haría.

Mis pensamientos no están sincronizados con mi cuerpo y no reaccionan a lo que les ordeno, sino lo que él quiere. Y me quiere a mí.

El sentimiento es mutuo.

—¿Vas a dejar de hacerte tantas preguntas y aceptar la realidad, Bella?
No respondo. No quiero hacerlo, pero no le basta que mi cuerpo le dé la respuesta, me hará hablar lo sé.

—Te haré hablar entonces.

Mientras el auto está en movimiento y tenemos nuestro momento privado, solamente un panel oscuro nos separa del conductor y nosotros. No podrá escucharnos su chofer y perro fiel.

Me acuesta sobre mi espalda en el frío cuero, mientras rompe mi ropa interior y se vuelve a hundir dentro de mis muslos.

—¡Oh, cielos! Sé que se ríe, lo puedo sentir, aun así no se detiene y continúa, pero entonces mi yo interior quiere tomar el control, por lo que lo aparto y hago que se siente de nuevo. De inmediato me pierdo en sus labios y el sabor de mi sexo, dándome tiempo de liberar su erección y acariciarla de arriba abajo.

—¿Cuántas veces has follado en el auto? —Le pregunto.

Me atrapa cuando capto la sinceridad en sus ojos y lo sorprendido que está. Él nunca ha follado en un auto antes.

—Bueno, seré la primera.

Mi vestido hasta la cintura y yo deslizándome en su gran erección, me preparo para lo que viene. Es demasiado grande que tengo que respirar profundo y concentrarme en el placer que está a punto de acabar con nosotros. Me toma de la cintura y levanta las caderas.

¡Hijo de puta! He liberado a la bestia como quería.

—Serás la primera, Bella. Pero yo te enseñaré cómo. Y si que sabe lo que hace.

Me insta a que me mueva y es lo que hago cuando mi cuerpo se acostumbra a él. Comienzo a saltar y moverme de arriba hacia abajo y lo disfruto tanto como él. Libera mis pechos bajando la cremallera de mi vestido y los devora. Nunca tiene suficiente de mí el sentimiento es mutuo.

Vuelvo a bajar, apresando el pene otra vez y experimentando un dolor extrañamente exquisito al notar que penetra casi demasiado. Nuestras miradas se encajan a la vez que el placer se extiende desde el punto en que estamos unidos.

Me sorprende pensar que estamos los dos completamente vestidos y el auto en movimiento, salvo por las partes más íntimas de nuestro cuerpo.

Mis sentimientos deben estar a flote por cada caricia que me da, es como

si cada momento estuviese hecho para él, para nosotros. Y eso me asusta y encanta al mismo tiempo. Debo estar loca, pero lo que él me hace sentir hace que no le tema a nada ni nadie, solo nú secreto, aquel que tendré que revelar tarde o temprano.

Valentino

Me pierdo en sus pechos, su aroma y sus gemidos es como música para mis oídos.

Si se empeña en ser la primera, definitivamente es perdido, puesto que es una competencia para hacer exactamente lo mismo con ella. No sé qué tanto estaré dispuesto a dar, pero tampoco quiero averiguarlo.

Todavía hay muchas cosas en juego y es que jodida mente lo sé todo.

Estoy de acuerdo con ella en que nada de esto es una maldita coincidencia. Y ésta no lo es.

Todo estaba preparado y no hay nada en este maldito mundo que no sepa de ella.

Mi Bella me ha estado mintiendo, sé su secreto. Solo un hombre loco no se daría cuenta que la belleza de ella, so lamente la tendrá una única mujer.

Ella.

No importan las pelucas. No importa el idioma.

Desde el momento en que la vi supe que era ella. No importaba que me estuviese mirando de la forma en que lo hizo. Ella sabía que estaría perdida tanto como yo, aunque no he llegado a hacérselo saber. Al menos no de día.

Dejaré que mi Bella siga jugando,pero todo tendrá su límite, el día en que no pueda soportar que otro hombre la vea, la toque o si quiera piense en que es de ese tipo de chicas de compañía estará muerto y en cuanto a ella, dará por terminada su vida como dama de compañía, a ser solamente mi jodida asistente. Lo sé.

Lo sé todo. Solo un loco no se daría cuenta, aún no he probado sus labios como Anabella Petrova, pero lo haré, la volveré loca, haré que se muera de celos de ella misma, le hablaré de ambas mujeres y ella tendrá que elegir.

—¡Joder! —sus pechos saltan en mi cara tal cual pétalos suaves y los llevo a su boca de nuevo, los beso, los lamo y marco como míos. A ella le excita, el dolor que le provoca sus pequeños mordiscos en sus pezones acaba con ella en un segundo y siento que se moja más sobre mí.

—Quiero que te corras —Le ordeno agarrando su culo

—Quiero que me llenes de ti y quiero terminar dentro de ti.

Le podría decir que también quiero que sea la madre de mis hijos, pero sería demasiado pronto y soy un hombre que jamás ha pensado en cosas como esas, no debo dejar que el sexo nubla mi buen juicio, podría ponerle el mundo a sus pies.

Mi mundo sí lo pidiera..Pero sé que no lo hará.

—Valentino —Arrastra mi nombre con dificultad. Está acabando conmigo. Gruño en respuesta y tomo las riendas, le ayudo a moverse y levanto sus caderas, hasta que siento que me aprieta por dentro y se deja llevar por su orgasmo, al ver su rostro, la forma en cómo muerde sus labios hace que me corra después de ella. Y como lo prometí, la lleno de mi semilla. La lleno por completo hasta la última gota y ella cae en mi pecho. Se aferra a él y mi corazón se dispara.

¿Qué mierdas me sucede? Este tipo de sentimientos no me gusta. Me tiene fascinado, me encanta follarla y me gusta su juego de esconderse detrás de una peluca. Ni siquiera tuvo que esforzarse y aunque me convenció por un segundo, todo cambió desde el momento en que se entregó a mí, sin siquiera merecerlo.

Soy un hijo de puta por ocultar que lo sé todo y quizá eso sea lo que la detenga, no sé qué otra clase de entrega quiero de ella, pero lo quiero todo. Lo quiero todo aun sabiendo que no sé si yo podré darle todo de la misma forma.

«Unay mil veces hijo de puta» Ella insiste en que un taxi la deje en casa. Ojalá pudiera decirle que sé dónde vive y que no tiene que actuar en misterio. Yo la protegería de todo hasta de mí mismo. Incluso hasta de Serkin, el maldito senador que llegó a último momento al senado y que tiene un pasado como su jefe, un abusivo jefe de mierda.

Buscaré la forma en hacerlo desaparecer, pero no lo quiero cerca de ella.

—Cuídate mucho, Valentino —Me dice antes de subirse al taxi.

Mis manos cobran vida por sí solas y la detengo. Se me queda mirando como una niña confundida, la atraigo más hacia mí y acaricio su mejilla. Se siente suave y está un poco fría. Se me descojona todo cuando lo único que quiero hacer es besarla y meterla a mi coche de nuevo y llevarla a mi casa, a mi cama y a mi vida, a la vida solitaria, controladora y fría que tengo.

No tengo nada que ofrecerle. La beso y la dejo ir.

En cuanto pierdo de vista el taxi, me subo a mi auto.

Sam abre la puerta para mí y una vez en el interior:

—Síguela, quiero saber si llega a salvo. Con esa ropa que lleva puesta volverá loco a cualquiera.

Hace lo que le pido. Y varios minutos después la veo bajarse del taxi. Y ella se dirige al edificio donde vive. Una vez dentro, ya puedo estar en paz. Me odio cuando puedo ser un controlador de esta forma, pero es una manera de precaución, nunca sabes lo que pueda llegar a pasar.

Hace algunos años podría estar tranquilo sentado sobre el banquillo con vista a los edificios sucios y abandonados, y al segundo siguiente siendo atacados por sorpresa. Esos pensamientos y recuerdos serán parte de mi hasta que deje de existir, pero ella...ella me da la tranquilidad que no sabía que existía.

X

No puedo creer lo que hice anoche.

Me atreví a faltar a mi palabra sobre no tener sexo con él, pero de nuevo me vi en las terribles ganas devolver a sentirlo dentro, de liberar a la bestia y volverlo loco.

¿Lo habré logrado? A la locura, me refiero.

Mientras termino de encargarme de muchos de mis deberes en el trabajo, me llegan otros, es otro día de locos pero no me quejo. Anoche caí rendida en mi cama y esta mañana me levanté con otros ánimos. Espero haya funcionado para él también. Ya que esta mañana articuló un simple y tosco buenos días y se encerró en su despacho.

Me pregunto si en algún momento me verá a la cara de nuevo, como el primer día que me dijo que le gustaba verme. A Bella le dijo que yo era hermosa. Bueno, pues lo disimula bastante bien y es demasiado profesional, algo que me encanta de él desde luego.

Recíbo una llamada de Carli, como es algo raro, decido responder. Me pregunta cómo va mi día y le hago un pequeño resumen, nos ponemos al tanto y nos reímos por unos momentos cuando veo que Valentino sale de su despacho.

—Me tengo que ir —Le susurro.

—Oh, estás en problemas —Se ríe del otro lado.

—Adiós.

Valentino camina hacia mí con su cara de pocos amigos y me dice:

—¿Su madre de nuevo? Quisiera mentirle pero me temo que se daría cuenta enseguida.

—No señor.

Ladea su cabeza antes de decir:

—¿Acaso su novio no sabe que tiene horarios que respetar?

¿Pero de qué va?

—No, señor, no era mi novio. Era mi amigo, Carli. Hace una memoria mental para recordar que ya conoce a mi mejor amigo.

—Bien, que no se repita.

—Sí, señor ¿Hay algo en que pueda ayudarlo?

—No —Se pasa las manos por su cabello —Nos que —daremos hasta tarde hoy, hay unos discursos que quiero revisar con usted. ¿Tiene algún problema con ello, señorita Petrova?

—No, señor.

Aunque lo tuviera, no hay manera en que pueda probar cuando se trata de mi trabajo y me lo veía venir de todas maneras.

—Bien.

Sin más se va.

Había pasado ya la hora del almuerzo y de la cena. No protesto y me torno mi tiempo en terminar cada una de las asignaciones. Los correos y alertas no dejan de llegar y me veo en la molestia de bajar mi cabeza por un segundo por que siento que me va a explotar.

—Despierta.

Escucho una voz detrás de mí y una mano en mi hombro. De inmediato me sobresalto y brinco en mi propio asiento. Sintiendo el corazón que se me saldrá del pecho. En cuanto levanto la vista veo al Senador Serkin.

—Senador Serkin. ¿Qué hace usted aquí? Me ve de manera lasciva antes de responder.

—Pasaba por aquí y te vi. Es una lástima que Vólkov te haga trabajar hasta tarde —Agrega, acercándose un poco. Demasiado cerca —Conmigo :no te pasaría eso. Deberías de pensarlo. En el pasado me comporté como un idiota, lo sé, pero te lo puedo recompensar.

No gracias.

Intento caminar hacia atrás pero llego a la pared rápidamente. Estoy atrapada entre mi escritorio y él. A juzgar por su aliento. Parece que ha bebido aunque no se le ve ebrio. De todas maneras ebrio o no, el tipo es un desubicado.

—Me temo que eso es entre el senador Vólkov y yo, señor Serkin.

En cuanto quiero protestar para que me deje libre el paso. Coloca su mano en mi hombro de forma posesiva y me siento como una maldita abeja en problemas. Mi instinto es salir corriendo ante su frívolo tacto. Pero también, me metería en problemas si llego a estamparle en la cara una manotada por abusivo. Este es el momento en que no sé qué hacer y ninguna mujer en mi lugar pensaría algo rápido. Pero si mueve su mano un solo centímetro de ahí

me importará un carajo golpearle los huevos.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? Eres una simple secretaria me pregunto qué hay de especial en ti para que estés tan tarde trabajando aquí.

Es al gonuevo.

Eso no lo sabía. Y tampoco me ayuda. Eso quiere decir que ahora correré peligro si sabe que trabajo hasta tarde para Valentino.

En cuanto quiero hacer un movimiento para salir de su alcance, una persona detrás de él coloca su mano en su hombro. No como él la tiene en la mía. Sino en forma de amenaza.

—Serkin —Sisea el hombre detrás de él —¿Acaso quie res problemas otra vez? Al escuchar la voz de Valentino me tranquilizo. Lo hace a un lado y el senador Serkin por fin deja de tocarme. Me siento como una idiota por haber dejado que esta situación se viera de esa forma. Espero que Valentino no crea que estaba a gusto con esto. Pero a juzgar por su cara está enfadado.

—Valentino. Le estaba diciendo a tu secretaria que no es propio de ti mantener a tus asistentes trabajando hasta tarde.

Valentino hace caso omiso a su estúpida excusa. Y me ve a mí. Me ve de pies a cabeza como si de esa forma se estuviera cerciorando de que estoy bien.

Pero de alguna u otra forma ve en mis ojos que no estoy bien y que por un segundo me he asustado demasiado.

—Eso no te incumbe. La señorita Petrova y yo ya nos íbamos.

Serkin regresa su mirada lasciva en mí. Algo me dice que no le ha gustado nada de lo que le ha dicho. No necesita decirle algo más y se lo ha soltado como todo un caballero.

—Busque sus cosas, señorita Petrova. Nos vamos. Como un rayo comienzo a guardar todo en mi maletín mientras siento la mirada de Serkin en mí.

—Entonces sí es especial. Ya veo. Pensé que ya habías cambiado eso, Valentino.

Mientras ellos hablan con poca voz baja yo estoy atenta con todo lo que escucho. Es como si él ya se hubiese enredado antes con sus secretarias. Aunque lo dudo, aun que me cueste admitirlo la Bestia es todo un profesional y puede tener a la mujer que quiera y todas caerían también a sus pies. Pero no yo. Eso ni loca.

—No voy a permitir que hables de esa manera, Serkin. Parece que has bebido demasiado esta noche. Deberías de ir a casa.

Una vez lista para irme paso cerca de él y me toma el brazo sin

esperármelo. En cuanto me quejo del dolor Valentino interfiere y lo empuja lejos de mí. El tipo cae al suelo, impactando de espalda y riéndose para sí. Definitivamente está borracho y no le importa que Valentino Vólkov siendo el presidente del palacio del senado sea testigo de ello.

—No voy a tolerar ese comportamiento tuyo aquí también, Serkin —Se acerca él y lo señala con el dedo —No hagas que me arrepienta de solo haberte empujado .

Sin esperármelo. Valentino me toma de la mano y me saca fuera de la oficina. Tomamos un pasillo solitario hasta llegar al elevador y como puedo me suelto de su fuerte agarre para poder respirar y tomar distancia.

¿Qué demonios ha sido eso? Parece que quisiera matar a alguien. Sus fosas nasales — les se abren como aletas de lo enfadado que está y no dice una sola palabra mientras el elevador llega hasta el sótano donde deben ya estarlo esperando su guardaespaldas y chofer.

No tenía idea de que él podría ser amigo de Serkin pero ahora tiene un poco de sentido todo aunque no sé justifica el comportamiento de su amigo.

—¿La ha lastimado?

Escucho que hace la pregunta y sé a ciencia cierta qué está enfadado aunque no sé si conmigo o por la situación de su amigo.

—¡Te he hecho una pregunta, joder! —Levanta la voz. Al mismo tiempo en que me acorrala contra la pared del elevador. Aprieta el botón de emergencia y se detiene el aparato. Regresa su mirada a mí y mi bolso como también mi maletín cae al suelo.

Sus grandes brazos forman una cárcel a cada lado de mi cabeza. Y sus ojos me penetran de forma que solamente él lo sabe hacer. Si sigue mirándome de esa manera no podré controlarme. Mi entrepierna duele y que se haya puesto ce loso hace un momento lo hace peor. No quiero que me rescate siempre que esté en problemas y tampoco quiero que me descontrole de la forma en que lo está haciendo.

—Señor...

—¿Sabes lo que quisiera hacer ahora mismo? No sé en qué momento ha empezado a tutearme, pero me gusta. Si me sigue viendo de esa manera se dará cuenta que soy Bella. Y eso no lo puedo permitir, si tan solo pudiera desearme como lo que soy, la mujer real que tiene frente a él. Pero tampoco sé si es lo que quiero. No vine a este país a enamorarme. Vine a luchar para tener una vida menos dolorosa y una familia. Mi madre de nuevo conmigo.

—No lo sé.

Me mira los labios y se lame los suyos. Me encuentro haciendo lo mismo al mismo tiempo en que niego con la cabeza.

—Quiero follarte aquí mismo para calmar el enfado que tengo contigo. Te dije que tuvieras cuidado con Serkin y te encuentro en peligro al segundo siguiente. ¿Acaso es así como quiere provocarme?

—¿Provocarlo? Por supuesto que no.

Ladea la cabeza.

—¿Entonces cómo, Anabella?

—Quiero decir... no quiero provocarlo en absoluto, señor.

Ahora se ríe en mi cara. Yo diría que el que está provocándome es él.

Se acerca un poco más y por acto reflejo mi cuerpo reacciona a su tacto. Cierro mis ojos y espero que sus labios toquen los míos cerrando mis ojos en el mismo momento. El sonido del elevador en marcha hace que los abra de nuevo. Él está ahora lejos de mí con su cara de pocos amigos. El elevador se abre y su guardaespaldas es el primero en saludarle.

Maldito provocador.

Mi cuento de hadas se rompe ante la bestia y cuando levanto mi bolso y maletín del suelo para salir del elevador su mano me impide que lo haga.

—No estaba mintiendo cuando dije que nos mar chábamos —Dice tomando mi mano de nuevo y como una idiota me dejo llevar —Sam, toma sus cosas y mételas en el auto.

Le ordena a su perro guardián y éste con mucho cuidado toma mis cosas, mientras Vólkov me arrastra dentro de la camioneta. La misma en la que hicimos el amor. Me sonrojo al recordarlo y él parece que también lo hiciera pero lo disimula muy bien, además de que para él soy otra mujer. ¿Acaso se ha vuelto loco? ¿Y quién me manda a mí a subir a su auto con él?

—Trabajaremos en mi casa. No vaya a creer que me la estoy llevando en contra de su voluntad —Dice muy modesto —Es algo que no me hace falta hacer.

Me lo dice como si leyera mis pensamientos y a juzgar por el episodio de hace un rato con Serkin. Nunca había estado en una situación así y espero sea la última que tenga por que me congelé como una idiota allá. Seguramente tiene la impresión equivocada ahora de mí. En cuanto la camioneta se pone en marcha se hace silencio. Yo lo quedo viendo con determinación y me llena de intriga la forma en cómo se comporta. No hace falta mil años para conocerle

sus manías y estoy segura que "Se le antoja" ahora mismo llevarme con él a trabajar. No me lo puedo negar. Me gusta su compañía y debo agradecerle por lo que hizo por mí.

—Gracias —Llamó su atención —Por lo que hizo por mí. Pero no es necesario que me defienda. Yo me sé defender sola.

Su mandíbula cuadrada está tan apretada que podría escuchar sus dientes rechinar.

—Ojalá pudiera creerle, señorita Petrova. He vuelto a ser su secretaria.

—Lo que le digo es cierto. No quiero involucrarlo en ningún tipo de problemas.

Me fulmina con la mirada ahora mismo. Pero es la verdad. No me conoce y trabajo para él, lo que menos quiero es hacer más incómodas las cosas. Ya suficiente incómodas están.

—Desde el momento en que trabaja para mí se convierte en mi problema. Mientras esté en mi jurisdicción es mi problema, señorita Petrova y cuando la tenga en mi cama también lo será. ¿Acaso no se da cuenta? Me quedo boca abierta por lo que me dice. No tiene filtro y tampoco es consciente de que lo que me acaba de decir no es normal.

Nada de esto es normal. Da por sentado que seré suya siendo Anabella cuando ya lo he sido como Bella. Al final ¿A quién va a elegir? Esto es una estupidez con solo pensarlo.

—No sé a qué está jugando pero se equivoca en una cosa, señor Vólkov. No soy ni puta ni desesperada por tener a un hombre en mi cama. He tolerado su falta de filtro, pero le recuerdo que soy solamente su asistente y si su comportamiento continúa de esa forma me veré en la molestia de renunciar.

Y como lo sospeché. No dice nada en lo que queda de camino. Solo espero ser tan caliente como mis palabras cuando estemos de nuevo solos.

XI

Se asusta al saber que la he traído a mi casa. Es un apartamento de tres pisos, casi cerca del centro de la ciudad. Me gusta la privacidad, me gusta lo caro y definitivamente me gusta cómo ella se ve de pie en el jodido vestíbulo mirando todo a su alrededor. Se admira pero no es curiosa. Se muestra tímida pero no me tiene miedo.

Es la primera mujer que traigo a este lugar.

La primera mujer que no se deslumbra ante mí de manera obvia y lo mejor de todo, una que considero mía.

—Póngase cómoda, señorita Petrova. ¿Desea algo de tomar? Ella me ve con esos ojos claros muy abiertos y mordiendo su labio inferior.

—No, gracias.

Me gusta también eso.

—Será una noche larga —Miento —Estaremos trabajando por un largo rato más. Selo piensa mejor.

—En ese caso. Tomaré una soda, por favor.

Una jodida soda.

Pensé que pediría una copa de vino o champán. Hasta una cerveza. Tengo de lo mejor aquí y exclusivo y ella me pide una jodida soda. Sin más voy a la cocina y al gabinete de bebidas. Siento que me sigue y continúa viendo a su alrededor. Casi no hay mucho que ver. No me gustan los colores. Pagué la cantidad suficiente para que decoraran este lugar de manera decente. Solo hay pisos brillantes de mármol, muebles grises y matices rústicas. Hay tres grandes sales principales donde casi no paso. Unas cuantas habitaciones y mi habitación en el piso de arriba. Que cubre casi todo el tercer piso. Un gimnasio, una sala de cine, dos jacuzzis, mi estudio y una piscina en la terraza. El mejor lugar después de mi habitación.

La observó que toma asiento en uno de los sillones cerca del estudio. Como si lo supiera. Y permanece con su maletín y su bolso en sus piernas. No deja de morder su labio inferior y se me está antojando morderlo también.

Quiero ver que mi traviesa y perversa Bella salga a la luz. Como también la pequeña insolente y sensual secreta ría que es.

—Tiene una casa hermosa. ¿Vive solo?

—Sí, vivo solo.

Toma la soda y asiente con la cabeza. No dirá nada más. Y me gusta donde está. No correré el riesgo de que salga corriendo siledigo todas las cosas que tengo en mente hacerle aquí. Lo dejaré para después.

Aunque...¡Al diablo!

—Cuando quiera podemos comenzar, señor Vólkov...

—Quiero follarte ahora mismo ...

La forma en cómo se sorprende me parece divertida. Es como un pequeño animalito asustado. Mi pequeña traviesa le gusta jugar. Más no sabe que yo sé que esa parte ya la hicimos. Aunque nunca tengo suficiente de ella. La folla ría de mil maneras, como Bella, como Anabella, como mi mujer.

—¿Disculpe?

—Ya me has escuchado.

—No. No lo he escuchado. Porque he decidido no oír ese tipo de cosas de usted. Estoy aquí para trabajar.

—Te pondré a trabajar —Agrego de manera provocativa y ella entiende el mensaje. Su cara la cubre un hermoso color rojo. Se ha ruborizado. Eso quiere decir que le gusta, porque sus piernas se han apretado entre ellas para mantenerse cerradas.

—Piénsalo, Anabella.

No responde. Me pongo de pie y camino hasta la puerta de mi despacho. Ella me ve confundida.

—Ven aquí.

—No. Si es lo que pienso que es. Me ofendo ante eso.

—Es mi despacho, señorita Petrova. Como usted lo pidió. Nos pondremos a trabajar.

Ha pasado una hora y ha estado como una máquina trabajando en el ordenador con algo que le pedí. En cambio yo, estoy fingiendo hacer mi discurso de la asamblea siguiente mientras la observo. He llegado a contar más o menos cinco manías con las que trabaja mientras se centra en algo.

Morder su labio inferior. Pelearse con el boli.

Tocarse el cabello.

Frotarse los hombros. Tararear una canción. Mirarme y sonrojarse.

Río para mis adentros. Sé que caerá ante mis palabras. No será cuestión de tiempo. Puesto que sé que me desea y se está conteniendo porque pelea con ella misma o más bien con Bella.

Las quiero a las dos.

—¿Tiene hambre? En cuanto le veo se vuelve a sonrojar. Y asiente con la cabeza. Sin más, envío un par de mensajes mientras esperamos por la comida.

—Puede tomarse un momento mientras esperamos la comida.

Agradece en silencio y veo que toma su móvil. Me pregunto si es el mismo donde recibe mis llamados como Bella. No creo que se arriesgue demasiado, así que ni si quiera lo intento aprovechando el momento en que está aquí. Me limito a seguir viéndola. Su cara. Su ropa, su cabello, sus labios, sus ojos, todo.

Y no me canso.

Captó su atención cuando se da cuenta que la observo. Y lo que hace a continuación me sorprende y me acalora.

Se quita la chaqueta sin bajar la mirada. Se mantiene seria y coloca su cabello de un solo lado y lame sus labios. Es cuando entiendo lo que está tratando de hacer. La guerra de miradas de quien aguanta más es como fuegos artificiales entre los dos.

Entonces hago el primer movimiento.

Me levanto lentamente. y camino hacia ella. No le da tiempo. Me apoyo sobre el escritorio de ella y seguimos mirándonos.

Ojalá pudiera decir algo, pero esta vez no logro descifrarla. Hasta que se recuesta en su silla y cierra los ojos.

Recorro la mirada desde su rostro, su cuello, sus pechos y llegó hasta sus piernas. Imaginármela sin ropa hace que me ponga duro como un motor.

Tiene la boca entreabierta, invitándome a besarla.

No caeré.

Sé que me está provocando. Y ese juego lo sé jugar.

—Anabella Petrova —Susurro su nombre —Voy a perderme en ti.

Eso hace que abra sus ojos. Sigo en el mismo lugar pero algo ha cambiado. Su mirada.

Es como si quisiera decirme algo y sé muy bien lo que es. Si me lo dijera ahora mismo la perdonaría y la follaría en castigo. Pero está empeñada a no confesar lo que ya sé y eso lo hará algo peligroso que no sé si pueda llegar a perdonar. Juega conmigo a su antojo y lo permito. Pero lo que no voy a permitir es que me prive de ella. De toda ella.

—Tengo una regla —Me dice y yo escucho atento —No te permitas enamorarte de mí. Porque el amor no fue hecho para mí. Me pone la piel de gallina y la sangre helada. Nunca me he enamorado y no pienso hacerlo. Pero no entiendo por qué mi cuerpo reacciona de manera extraña ante esa petición o

más bien esa regla. Es la regla de todo hombre hijo de puta follador. En cambio, ahí está ella, advirtiéndome que quedaré como un hijo de puta destrozado si llego a enamorarme de ella.

No es algo que no pueda cumplir.

—¿Qué hay de ti? —La provooco acercándome un poco a ella —¿Te has puesto a pensar que quizás seas tú la que se enamore de mí? Es una probabilidad muy grande. Dado que, puedo ser muy bueno, demasiado bueno contigo.

Veo que traga, el movimiento de su garganta la deja sin decir una sola palabra. Justo como quería.

—Es un riesgo que estoy dispuesto a tomar, Anabella.

Pero hay algo que te puedo asegurar con mi vida. Paso mi lengua por sus labios y ella gime.

—¿Y qué es eso? Cierra sus ojos y busco su cuello, para luego susurrar en su oído:

—Vas a ser mía. Y eso va más allá del amor.

Por dentro sabe que no puede contenerse. Porque sigo siendo yo. Quien la hizo mujer por primera vez. Quien no puede dejar de pensar en ella y con él que ciertamente está jugando.

Me lo debe.

Le quito la bebida de su mano y cae al piso haciendo un desastre. Pero no el que haremos ahora ella y yo. En cuanto la levanto de la silla la llevo directo a mi habitación. No sin antes perderme en ella en el camino.

—¿Qué estamos haciendo? —Dice contra mis labios Esto no está bien.

Le agarro el culo y lo aprieto con ambas manos. Eso la hace gemir más y mi erección se empalma cada vez más.

El camino nos resulta largo y cuando por fin la tengo en mi cama, comienzo a despojarla de su ropa. En cuanto veo su rostro enrojecido y sus ojos brillar a causa de sus lágrimas, me detengo.

—¿Qué está mal, Anabella?

Ella niega con la cabeza y busca mis labios. Por muy tentador que sea hacerla mía de esta manera tan magistral, no me puedo negar al hecho de que algo la perturba. No estoy seguro si es su secreto o si hay algo más. Pero quiero saberlo.

—Anabella, responde a la pregunta o me volveré loco. Ella toca mi rostro

y eso me calma. Cómo puede ella calmarme cuando soy yo quien debería de hacerla sentir bien y segura de que esto es lo correcto.

—No lloro de tristeza o miedo, Valentino. Lloro por que vas a odiarme al final. Lo sé.

En sus ojos veo sinceridad. Es una estupidez que la odie por su secreto, no voy a juzgarla , pero en cuanto vea a Bella de nuevo la sacaré de ese lugar, haré que deje de ser una dama de compañía de noche para que sea solamente Anabella Petrova.

—No pensemos en el :final. Porque quizá no exista uno. Mejor déjame venerarte. Déjame disfrutar cada momento. Cada centímetro, Anabella. Porque voy a perderme en ti. Se me antoja, no me prives de eso.

—No lo haré.

Comienza quitarme mi ropa y yo hago lo mismo con ella. En cuanto no hay ninguna sola tela que nos impida sentir piel a piel la arrojó a la cama y me acomodó sobre ella No necesito conocer cada centímetro porque ya lo he recorrido.

—Tienes que saber algo, nena —Colocó la punta de mi miembro en su sexo resbaladizo —Una vez haga que te corras, no te dejaré ir ni tú te querrás ir.

En sus ojos veo placer. Sabe que ya he hecho que se corra más de una vez y lo ha disfrutado. Es verdad lo que le digo en cuanto a no dejarla ir. Sino. No estaría aquí conmigo.

—Espero ser la primera —Me imita al decir eso y es lo más caliente que una mujer me haya dicho alguna vez. Y sin más miramientos la penetro. Su grito me llega hasta el alma y mi gruñido hace él perfecto sonoro entre ambos. Sus piernas se abren más y me dan la vía libre que encaja a la perfección. Busco sus labios. Los labios de una Anabella Petrova que no he besado antes. Un beso sin máscaras y me tomo el atrevimiento de enredar mis dedos en su cabello y perderme en su cuello y labios para empotrarla más duro, más rápido y más fuerte.

—Es así como quería tenerte desde la primera vez que te vi, Anabella. No te atrevas a negarme eso también.

Mis embestidas van al mismo ritmo y son de sus gemidos. Su piel contra la mía se siente como una sola.

—¡Dios! —Jadea arqueando más su espalda. Se ve tan hermosa que podría morir aquí mismo frente a ella y me lle varía lo mejor de sí. Cierra sus ojos, y se contiene de no correrse. Sonrió para mí mismo y hago que me vea.

—Mírame a los ojos —Demandó mientras llevó sus manos por encima de su cabeza y busco sus labios. Mis arre metidas van rápidas y lentas como mi cuerpo me lo permite. Quiero disfrutar de este momento.

—Valentino —Atrapo una lágrima de su mejilla y me quiebro por dentro. Mi corazón da un vuelco y es un sentimiento nuevo para mí, uno que temo y que no quería conocer. Pero ella lo hace ver tan malditamente bien que no puedo contenerme.

En cuanto se estremece debajo de mí cuando su or gasmo se apodera de todo su cuerpo. Mi cuerpo reacciona ante su mando y me corro también después de entrar y salir una vez más.

Caigo en su pecho mientras me abraza y escucho su corazón latir muy rápido. Sé que también va al ritmo del mio.

Cierro mis ojos y una vez estoy seguro de una cosa.

Anabella Petrova es la definitiva.

XII

No puedo creer lo que acabo de hacer.

De nuevo, estoy entre sus brazos, pero esta vez como la real yo. No ha salido corriendo y por más que intenté ser fría con él sé que no se irá.

Duerme sobre mí y temo despertarlo. Por la mañana no sé cuál sea mi reacción o la suya, aunque me hago la idea de que seguirá diciendo que soy de su propiedad y que se rehúsa a dejarme ir.

No entiendo qué pasa con él. Lo mismo le dijo a Bella, no sé cómo puedo soportarlo.. Mi mentira hace que entre en unos celos que no tienen sentido. Porque él no sabe que soy la misma persona y nos quiere a ambas.

No puede tenernos a ambas.

Con mucho cuidado salgo debajo de su cuerpo pesada. Una vez lo logro lo veo dormir por unos segundos. Su cabello desaliñado se ve sensual y su boca cerrada en línea recta lo hace ver peligroso. Su espalda marcada llama mi atención. Es fuerte.

Muy fuerte y esculpido que me dan ganas de regresar a la cama con él y despertarlo para que me haga el amor de nuevo.

Pero en lugar de ello, busco mi ropa del suelo y me cambio para salir de aquí antes de que todo se tome demasiado incómodo.

No lo vi al día siguiente en el trabajo y como siempre, tenía muchas asignaciones de las cuales encargarme. Lo esperé a la hora del almuerzo y no llegó. Tampoco a la hora de la salida. Llegué a casa y Carli iba de salida a una fiesta la cual me invitó pero no quise ir. Cuando estaba a punto de irme a la cama temprano recibí una alerta de Las Flores. De nuevo otra cita. Mi mente me traicionó pensando en que quizá era él, pero me maldije a mí misma por desearlo. Acaba de acostarme con él siendo Anabella. Ahora estaba a punto de verle como Bella. Si en verdad era él.

Sin más me preparo, elijo mi atuendo para una cena elegante. La descripción lo requería. Algo que, antes no había pasado si se trataba de él. Por lo que entendí que quizá era otro cliente más.

Me arreglo mi vestido. Esta vez de un color ámbar, un poco corto y decido usar la peluca color castaño. En cuanto a mi maquillaje decidí ahumarme los ojos y por último pinto mis labios de color carne.

Tomo mi abrigo y bajo para tomar un taxi.

En estos momentos desearía tener un coche. Pero entonces sabrían quién soy. Así que lo hago a un lado de mi cabeza. Porque no funcionaría.

El taxi se demoró en llegar casi media hora. Me doy cuenta que se trata de una cena importante. Ya qué hay muchas li musinas fuera del lugar. Me pregunto si se trata algún tipo de celebración o solamente es un lugar bastante exclusivo. Es un tipo de casino y hotel. Al estilo las Vegas pero nada más que de Rusia. Una vez en el vestíbulo del lugar. Soy escoltada hasta el salón del restaurante. Un hombre de traje y poco canoso se encuentra mirándome de pies a cabeza mientras voy ca minando hacia el lugar. Me sonrío amablemente y hago lo mismo.

—Buenas noches, Bella. Me detengo cuando escucho cómo me llama. Con que él es mi cita.

Me extiende la mano y se presenta.

—John Visoc —Tomo su. mano y la lleva hasta su ros tro para plantarme un delicado beso en ella. Tomo su brazo y juntos nos dirigimos ala mesa reser vada para él.

—Espero que sea de tu agrado el lugar, Bella. La cena es de negocios y me aburren. Por eso decidí esta noche ir bien acompañando.

Su honestidad me hace sonreír. Siempre es lo mismo y en verdad que me alivia saberlo.

—No te preocupes, John. El lugar es perfecto. Me ayuda a sentarme y veo qué hay una silla vacía más. En cuanto nos sentamos siento un escalofrío en mi nuca. John me sonrío y me sirve una copa de agua.

—¿Qué tal te trata esta noche?

—Hasta el momento bien, ¿Y a ti? No responde mi pregunta porque alguien más capta su atención detrás de mí. En cuanto se pone de pie yo también me veo haciendo lo mismo.

—A tiempo —Dice al mismo momento en que le tiende la mano. En cuanto veo esa mano y recorro su brazo me encuentro con unos ojos fulminándome con la mirada.

—Es un placer, señor Vólkov.

La voz de John suena como eco en mi cabeza. Valentino por fin evade la mirada y se dirige a mi cliente.

—Señor Visoc. Espero no haberle hecho esperar demasiado. He tenido una agenda muy ocupada el día de hoy.

—De ninguna manera. ¿Cómo está Brisa? Espero se encuentre mejor.

¿Quién demonios es Brisa? A juzgar por el rostro de Valentino parece que escuchar ese nombre le causa problemas. ¿Acaso es la tercer mujer?

—Ella está mejor. Le mandaré sus saludos. De nuevo su mirada se encuentra con la mía.

—Por favor, qué mal educado soy. Le presento a Bella mi acompañante esta noche.

Yo me congelo pero con mucho disimulo. No sonrío pero tampoco le demuestro lo impactada y enfada que estoy ahora mismo.

—Mucho gusto —Valentino me tiende la mano y yo lo pienso demasiado para tomarla. Como ve que no lo hago toma la mía y la aprieta. Por dentro me quejo del dolor y de su tacto.

Maldito idiota.

Volvemos a tomar asiento y desde ahora sé que me encuentro en problemas.

Pues a la mierda. No soy nada de él y ya sabe a lo que me dedico. Por lo que me importa un pepino lo que en su mente se esté imaginando. Será entretenido.

—Cenaremos primero. Después hablaremos de negocios No sé a qué tipo de negocios se refiere. Pero sé que Valentino Vólkov no solamente es un senador. También es un hombre de negocios. Lo que hace su agenda demasiado apretada y un hombre que valora cada minuto de su tiempo. Vale dinero.

Apenas si he tocado mi comida. Ellos han hablado sobre la empresa textil de John y que quisiera vendérsela para después invertir en ella. El negocio se escucha fácil aunque en tiendo la mitad de ello.

—¿No te gusta la comida, Bella? —La voz de John me hace entrar a la realidad. Apenas y escuché que estaba hablándome.

—Para nada. Está todo delicioso —Me pongo de pie y ellos hacen lo mismo —Si me disculpan, iré al tocador.

Como un rayo me dirijo hasta el tocador de mujeres. En cuanto entro ahí por fin puedo respirar. No entiendo cómo el mundo puede ser tan pequeño para que Valentino esté aquí también conmigo. No sé si sorprenderme o enfadarme por lo que también acabo de escuchar. La tal Brisa aún no sé quién es. Por lo que la idiota que llevo en mi interior me dice que investigue un poco.

Saco mi móvil de mi bolso y tecleo su nombre con el de Valentino. De

inmediato la Galería me arroja muchas fotos de ellos dos. La tal Brisa Arisnov aparece. Una mujer alta, de pechos grandes y operados. Su cabello largo y negro como la noche. Busco más información y leo que se trata de una modelo y actriz Rusa.

La prensa dice que no se sabe la relación que tienen actualmente. Pero se les ha visto juntos en sociedad últimamente aunque ninguno ha dado declaraciones sobre si mantienen una relación.

—Mierda —expreso en voz alta Lo que me faltaba. Otra mujer que definitivamente es su novia. Se me hace extraño que aún no haya fotografías de nosotros del otro día. Aunque no me sorprendería que él se haya encargado de eso por cuidar su reputación.

Salgo del cubículo y choco con un cuerpo grande y duro. Me impacto con él y siento el aroma peligroso de la Bestia.

Tengo miedo de verle a los ojos y encontrarme cara a cara con su enfado y celos. Porque entonces ¿Dónde queda Anabella? No puede mostrarse que le interesa.

—¿Qué se supone que haces, Bella? —Sisea. Me tiene acorralada entre la puerta y la pared.

—Es mi trabajo.

Mi osadía no ayuda en nada. Desde luego que sabe que es mi trabajo. Pero sé que no es a eso a lo que se refiere. Pero no quiero llegar hasta ahí.

—Te lo diré de nuevo —Esta vez toma mi rostro y hace que lo vea —¿Qué mierda haces con él?

—Es mi trabajo —Le repito.

—Y una mierda. Tu trabajo es estar conmigo.

—¿Disculpa? Me toma del cuello sin esperármelo y me planta un beso en los labios. Mi cuerpo reacciona y un jadeo sale de mi boca. Me odio a mí misma.

Cuando se separa de mí después de alimentar a su maldito ego y excitarme como si no ocurriese nada.

—Te vas a excusar con él y te irás. Espérame en mi auto, Sam cuidará de ti.

Lo que me dice me hace gracia. Cree que puede venir a darme órdenes cuando se le antoja. Ya sabía a lo que me dedicaba y si piensa que lo que pasó con él pasará con alguien más. Es muy mi problema. No el suyo.

—Parece que lo de pensar en voz alta todavía es parte de ti, Bella.

Me odio a mí misma por eso. Y lo odio a él por sacar lo peor de mí.

—No voy hacer nada de lo que me digas. El caballero pagó su noche. Terminaré la cena con él. Te guste o no. Si quieres estar conmigo o si quiera hablarme. Tendrás que esperar tu turno, Valentino.

Retrocede sorprendido por mis palabras. Ni yo esperé que mi reacción fuera esa. Pero ser dos personas involucradas con él en cuerpo y alma, me está costando bastante caro al punto de sentirme celosa y enfadada con él de que quiera controlar a dos mujeres diferentes sin saber que soy la misma.

Cuando hay espacio entre los dos para poder salir de su presencia. Me alejo de él lo más rápido posible pero me toma del brazo antes de salir por la puerta.

Su respiración se escucha cansada.

Me he dado cuenta que le ha puesto pestillo a la puerta y ni siquiera escuché cuando entró aquí. La bestia está a punto de caer ante su propio juego macabro y temo que me lleve con él.

—Bella —El tono de su voz suena pesado. Desesperado y arrepentido aunque no sé de qué.

—No puedes hacerme esto —Ruega.

Su mano se desliza hasta mi mano y enreda sus dedos con los míos. Mis ojos viajan hasta ese tacto. Tan delicado. Tan natural si se tratara de otras personas. Pero no de nosotros. Ya hemos cruzado la línea y hemos jugado con fuego. No quiero arruinar su vida ni que cargue con la mía.

—No estoy haciendo nada malo, Valentino.

—Te desea. Lo puedo ver en sus ojos. Y ese vestido —Hace una larga pausa y sus ojos escudriñan todo mi cuerpo

—Estás matándome. Lo has estado haciendo toda la jodida noche, Bella. Por favor. Ven conmigo.

—No.

Por más que me lo pida ahora como un hombre razonable sé que es un simple truco. Y no caeré.

—Por favor...

—No. Claramente alguien más esperará por ti.

Y no lo digo solamente por la tal Brisa.

Cuando por fin suelta mi mano. Me apresuro a abrir la puerta. Encontrándome a varias mujeres afuera y cuando ven al impactante hombre detrás de mí sus ojos se salen de sus órbitas.

Sí. Sé que es impresionante.

Llego primero a la mesa donde mi acompañante vuelve a ponerse de pie y me sonrío de oreja a oreja.

—Pensé que te habían raptado.

—Gracias que no pasó —bromeo.

Escucho la voz de Valentino que se acerca. Finge tener minar una llamada en su móvil y lo guarda de nuevo en su chaqueta. Sin verme toma asiento de nuevo y se lleva la copa de vino a la boca. Yo me encuentro haciendo lo mismo sin decir una sola palabra y ellos retoman su conversación.

Cuando pienso que ha pasado una eternidad, Valentino se disculpa con John Visoc.

—Me has convencido y la propuesta es tentadora, John. Pero me tengo que ir. ¿Qué te parece que concretamos una nueva reunión? Esta vez en su oficina. Le diré a su secretaria que prepare los papeles junto con mi abogado.

Desde ya hago una nota mental de que eso es paramí.

—Gracias, Valentino. Ha sido un placer.

Me pongo de pie yo también y Valentino me tiende la mano.

—Ha sido un placer, Bella.

Trago saliva por lo bien que sabe fingir y actuar ser sociable conmigo delante de John.

—Buenas noches, Señor Vólkov —Le respondo.

Lo miro andar. Hasta que veo que Sam se une con él a lo lejos. John por otro lado, carraspea su garganta y me re cuerda que nuestra cita aún no ha terminado.

—¿Por dónde estábamos? —Se dirige a mí. Esta vez no tomamos asiento. Parece que la cita también ha llegado a su fin.

—Pues creo que nos despedimos aquí —Sonrío nerviosa y su mente parece estar en otro lado.

—Pues yo creo que no —Su voz suena cargada de deseo. Ahora me ve de pies a cabeza como si no me hubiese visto antes. Algo me dice que tiene algunas copas de más encima y su lívido está empezando a hablar por él.

—¿A qué te refieres? Me sonrío de nuevo y esta vez se acerca a mí y me toma de la mano. Su tacto es fuerte y muy fuera de lugar a cómo se estaba comportando hace un rato.

—Vamos, Bella. Pagué una noche contigo, ¿No creerás que la noche acaba aquí solamente porque la cena terminó? Un nudo se forma en mi garganta. Esto no me lo esperaba. No es la primera vez que asisto como acompañante a una

cena de negocios, familiares o alguna celebración especial. Pero siempre he tenido la suerte de que mis clientes no quieren ir más allá. Y aunque algunos lo han propuesto, caballerosamente han aceptado un no por respuesta. Espero que esta no sea la excepción

—Lo lamentó, John. Pero mi cita contigo termina aquí. Has pagado por una cena y la cena ha ido bien.

Asiente con la cabeza haciendo una mueca. Ladea su cabeza y con sorna me dice:

—He hecho un pago, por una noche completa, donde no incluye solamente una cena. Verifica si quieres.

No necesito verificar nada. La dueña de la noche sigo siendo yo.

—Lo siento, pero me temo que no soy de esas acompañantes. Tendrás que pedir un reembolso o si quieres puedo...

—No, mi Bella —Ahora toma mi mano y me obliga a caminar —Te quiero a ti.

Un escalofrío se apodera de mí. Me detengo, pero estoy siendo llevada casi a rastras por él por la forma en cómo me toma de la mano.

Me impulso a ser más fuerte que él ya que está borra cho y cuando llegarnos a la salida, me suelto de su agarre.

—Señor Visee. Le repito. La noche conmigo termina aquí. Le daré un reembolso y tome esta noche como un regalo de cortesía de parte de Las Flores. Pero yo me voy a casa.

—He dicho que no —Su agarre es demasiado fuerte, tanto que apenas y logro moverme, hasta que Valentino se acerca a John y coloca su mano sobre su brazo y lo aprieta tan fuerte que no tiene otro remedio que soltarme.

—Me equivoco o la señorita Bella dijo que no, Visoc. John rápidamente lo aniquila con la mirada y lo enfrenta.

—No es asunto tuyo, Vólkov. Piérdete.

—No hasta que la señorita esté lejos de tu alcance.

John se echa a reír y nos observa a los dos, mientras yo, sigo quejándome del dolor en mi brazo.

—¿Acaso ya te conoce? —Me pregunta amí y luego ve a Valentino —Si es así puedes unirte, no me importa.

El puño de Valentino va directamente al rostro de John. Captando la atención de todos. Sam rápidamente se lleva a John para no hacer un escándalo más grande y Valentino se acerca a mí.

—Te dije que vinieras conmigo, Bella. Vamos.

—No —Le digo claro y alto —Deja de meterte en mis asuntos y piérdete también.

—¡Bella! —Grita mi nombre detrás de mí pero yo soy más rápido y corro hasta el otro lado de la calle.

Rápidamente le hago parada a un taxi. Quien no duda en detenerse. Me subo lo antes posible con el corazón a mil.

—Por favor, arranque.

Al día siguiente llego a la oficina treinta minutos después. Me quedé dormida dándole rienda suelta a mi mente y no me di cuenta de la hora que era. En cuanto entro al piso ya puedo sentir la tensión en el aire.

Me acerco a la oficina de Valentino para disculparme por mi atraso y no lo veo por ningún lado.

Sin más, me pongo manos a la obra y a trabajar.

Unos gritos de un Valentino tres horas después me sacan de mi zona de confort.

—Que sea la última vez que llegas tarde al trabajo. No se te paga para que holgazanees, ¿Has entendido? Su mala leche no es por culpa mía. Se puede ir muy a la mierda si piensa que voy a tolerar que me hable de esa forma.

—No hay motivo para los gritos, Señor Vólkov y desde luego. Me ha quedado bastante claro.

Se me queda mirando asombrado y también noto un poco de frialdad en su mirada esta mañana. No sabe si enfadarse porque escapé la otra noche o porque Bella no hizo lo que le pidió.

—A mi oficina —Me ordena fríamente.

Ve a nuestro alrededor que no haya nadie. Nunca hay nadie. Todos se encargan de sus trabajos en sus despachos y este pasillo siempre pasa vacío, ya que es el de la presidencia. Gira sobre su propio eje, dejando en el aire su aroma embriagador. Le veo andar en su traje azul marino y tira de un solo portazo la puerta de su despacho.

Me voy detrás de él como buena obediente y abro la puerta de nuevo. Para encontrármelo arrimado en la orilla de su escritorio.

Con sus manos en sus bolsillos y ceño fruncido. —Siéntate —Me dice cuando me ve entrar.

Sin más. Tomo una silla frente a él y me siento.

Cruzo la pierna sobre la otra dejando expuesta una de mis piernas que las cubre unas medias de color negro bajo mi falda también negra.

El cabello lo uso suelto el día de hoy y no uso mucho maquillaje, gracias al tiempo que perdí en la ducha.

Parece gustarle lo que ve. Y a mí también aunque no queramos admitirlo.

—Te estuve llamando toda la noche ¿Dónde estabas? No sé a cuál noche se refiere. Si anoche o la noche en la que él y yo nos acostamos. De todas formas decido responderle.

—En casa. Durmiendo.

—¿Te parece que ha sido un chiste mi pregunta? No me gusta nada su tono de hijo de puta snob. Pero de nuevo le sonrío y respondo de nuevo a su pregunta.

—No, señor. Pero le repito, anoche estuve en casa.

Durmiendo. Lamento si no estaba disponible para usted.

Se lame los labios tan apetitosamente, se acerca a mí y sin esperármelo me toma de la cintura y me sienta en su escritorio frente a él. Tengo mis piernas abiertas gracias a que cuando me cargó la supo subir a mi cintura descaradamente.

Ahora mi corazón va a mil . —La noche en la que te follé, Anabella. No te hagas la graciosa conmigo.

—Ah, esa noche. Pues, igual me fui a casa a dormir.

Nos quedamos en una, guerra de miradas. Hasta que sus labios se estrellan en los míos con mucha desesperación. Mis manos cobran vida propia y me encuentro estrujándole el cabello y abriendo mi boca para darle accesos a su lengua para acariciarla con la mía. En cuanto mi jadeo sale de mí me aparta bruscamente.

—Te necesitaba anoche: y no respondías al móvil. Que no se vuelva a repetir.

Me da la espalda y se dirige a la puerta y como un hijo de puta caballeroso la abre para mí. No sé a qué está jugando, pero eso no me lo esperaba. Con sorpresa en su mirada y en la mía. Con lo que me queda de dignidad me bajo de su escritorio y arreglo mi falda.

Maldiciendo para mis adentros. Sin quitar su mirada de la mía, camino hasta la salida y lo siento que me sigue hasta que llego a mi escritorio.

Maldito hijo de puta arrogante. Maldita yo, por querer más.

XIII

De nuevo estoy en su casa. Esta vez se dirigió a mí de manera muy profesional. Fue amable y respetuoso hasta el punto en que me confundió con su cambio de humor de un momento a otro.

Ha estado en su despacho y yo con él, estamos bastante alejados, ya que su despacho es lo suficiente grande para que cada uno esté a un extremo diferente.

Escucho que se pone de pie y se dirige al minibar que tiene aquí mismo.

Yo continúo trabajando en mi ordenador sin prestarle la más mínima atención.

—¿Quieres tomar algo?

—No gracias —Le respondo sin quitar los ojos del ordenador.

—Buena chica, inteligente —Dice y pongo los ojos en blanco por su sarcasmo.

Regresa a su escrito con el cristal de su bebida en la mano y así pasan dos horas más, lo que para mí es una eternidad.

Se ha quedado dormido.

Con su trago todavía colgando en su mano y su cabeza echada hacia atrás. Recostado en una posición incómoda en su silla. Se le ve cansado. Me le quedo mirando las líneas de expresión de sufrimiento. No parece ser un hombre que está comenzando sus treinta. Se le ve joven, pero cada línea en su rostro de expresión es como que tuviera una historia de su vida. Me lo imagino solo, sin familia y sumergido en ambas carreras, la política y la empresarial.

Su estómago sube y baja con cada respiración y mi corazón salta fuera de mi pecho. Viéndolo así, dormido relajado sin que se dé cuenta, mi pecho duele cuando me doy cuenta que me gusta demasiado. Que estoy a un paso de enamorarme de él si es que ya no lo estoy.

Me siento segura cuando lo tengo cerca. Me siento fuerte cuando me ve.

Me siento hermosa y llena cuando me hace el amor.

Pero juntando todo eso me siento triste por tener que mentirle.

Con mucho cuidado le quito el vaso de su mano. Y cuando menos acuerdo, sus ojos claros están fijamente en mí.

Mis rodillas caen al suelo y veo la bragueta de su pan talón. Mis manos hurgan dentro y libero su gran erección.

Se alegrará también saber que es al primero al que le practicaré sexo oral.

Sin quitar mi mirada de la suya, lo llevo a mi boca y comienzo a lamer de arriba hacia abajo.

—Joder —Gruñe y echa su cabeza hacia atrás.

Acelero más mis lamidas y siento su mano en mi cabello, rápidamente comienzo a sentir un sabor salado gracias al placer, cuando pienso que está a punto de terminar, su mano llega a mi rostro y me atrae hacia él para que lo bese, y de pronto el timbre de la puerta principal nos saca de nuestro momento muerto.

—¿Esperas a alguien? Tan pronto suelto la pregunta abre los ojos como platos y sale del despacho acomodándose el pantalón y su erección para lo que me imagino, y es abrirle a quien sea que esté esperando en la puerta principal. El timbre vuelve a sonar esta vez desesperadamente y yo no sé si esconderme porque puedo sentir que estoy en territorio de guerra.

Me acerco al marco de la puerta, para poder escuchar de quien se trata. Y escucho pasos. Regreso a mi silla y finjo seguir con el trabajo. La puerta se abre y veo unos tacones negros acercarse en la puerta y un perfume que me revuelve el estómago.

—No tendrías que haber venido, podía haber enviado a Sam.

Valentino se dirige a su escritorio y toma un par de papeles que están en un sobre de manila color café. En cuanto a su acompañante. Me fulmina con la mirada aun que también actúa como que no estuviera sorprendida.

—¿Quién es ella? Deduzco que se refiere a mí. No quito la mirada del ordenador mientras la mujer vestida como si va a una fiesta y rubia cruza sus brazos en su pecho.

—Ella es Anabella Petrova. Mi asistente —Valentino le entrega el sobre y ella lo toma de mala gana. Salen del despacho. Pero no sin antes Valentino dedicarme una mirada de culpabilidad.

Se me llena de rabia la mirada que le dedico yo. Apuesto todo lo que quiera que esa mujer es la tal Brisa. Mi instinto estúpido me dice que me acerque a mirar y que me equivoque que Brisa y él tienen algo.

Camino por el pasillo como si se tratara la caminata de la vergüenza hasta quedarme cerca de la salida. No puedo escuchar lo que hablan, pero Valentino abre la puerta para ella como todo un caballero.

Hasta que la veo a ella inclinarse hasta su rostro y darle un beso casto en

los labios.

¡Hijo de puta! En cuanto se va, Valentino cierra la puerta y no se da cuenta que estoy detrás de él y que lo he visto todo. Estoy segura que si no hubiese estado aquí habría pasado algo más. No tengo motivos para sentirme celosa. Pero ¡Maldita sea! Lo estoy.

Y duele.

—Anabella ...

—Ni siquiera lo intente, señor Vólkov.

Regreso hasta el despacho y recojo mis cosas para salir cuanto antes de aquí. Me importa una mierda que tengas trabajo pendiente, seré la malcriada que quiere que sea, ya que saca lo peor de mí cuando me quiere ver la cara de idiota.

Con mi dignidad intacta recojo el ordenador, los papeles y siento que está detrás de mí. Se ha quitado la corbata que llevaba puesta y ha desabotonado el primer botón de su camisa.

Por más que intente provocarme, no lo conseguirá, puedo permitir que mi mentira llegue a jugármelas caro, pero no ser una completa idiota con una tercer mujer.

En cuanto pone su mano en mi brazo me detengo. Su tacto es suave y casi rogado, :su respiración la siento en mi nuca y cierro mis ojos, echando mi cabeza hacia atrás. El corazón me late a mil por hora y estoy segura que le sucede igual.

—Me tengo que ir, Valentino. —No sé por qué le llamo por su nombre, pero igual lo hago.

—Tu voz —Susurra en mi oído suavemente que manda escalofrío a todo mi sistema —Tu olor. Creo que los conozco de otro lugar.

Trago una gran bocanada de aire.

Estoy perdida si llega a reconocermelo. ¿Quién no lo haría? Si ya he sido suya de las dos formas y si en verdad está tan obsesionado conmigo lo descubriré pronto.

—Creo que no —Evado.

—Pero quiero...

Me gira bruscamente y sus labios hacen contacto con los míos. ¿Quiere que yo sea Bella? Oh, Valentino.

Si tan sólo supieras que soy la misma mujer. Sus manos llegan a mi culo y gimo en su boca.

—Tus besos saben igual —Continúa, dando por hecho de que mis besos ya

los ha probado en alguien más.

Siento que si no lo detengo ahora mismo, todo puede acabar muy mal. Me quiero ir, no olvido que tiene a alguien más. Ese beso no era por cuestión de cultura, encierra un pasado y ella lo dejó bien claro, en la forma en cómo le tomó el beso.

—Me tengo que ir a casa, Valentino —Lo aparto con mucha hambre de él, pero tengo que tener la mente fría, sino caeré en la misma perdición que él está. Por suerte, él se detiene.

No actúa como un hombre que debe dejar en claro que le pertenezco, porque aunque así lo fuera, aún tengo voz y voto de decir no.

Y no quiero esta noche. Porque ni siquiera tengo la fuerza de preguntar quién era esa mujer.

—Te llevaré a casa —Se ofrece —Es tarde, no dejaré que tomes un taxi.

—No puedo ...

—Me privas de ti —Dice tomándose del rostro y obligándose a que lo vea —Juegas con mi mente, Anabella. Al menos déjame llevarte a casa, porque me temo que ahí sí tendré que insistir.

Sé que lo hará y no tengo ánimos de llevarle la contraria, además, tiene razón, es tarde.

Recojo mis cosas de nuevo y soy la primera en caminar hasta la puerta. No sé en qué momento le avisó a Sam, pero él está esperándonos ya en su auto. Sin mediar una sola palabra busco un rincón del asiento y me hundo en él, mientras Valentino se sienta frente a mi.

Varios pensamientos vienen a mi mente, y de la vez que hicimos el amor aquí mismo, en este mismo asiento. Arrojo esos pensamientos en lo profundo de mi mente, pues no quiero pensar en ello nunca más, cuando escucho la voz de Valentino hablándome.

—¿Piensas ignorarme en todo el camino?

—¿He vuelto a ser Anabella y no la señorita Petrova?

—Contra ataque.

—Las he follado a ambas —Expresa sin filtro alguno

—Puedo llamarte como quiera, ¿No crees? Por Dios. Su cambio de humor acabará con él y conmigo.

—No, no puedes.

Si él tomará ese camino entonces haré lo mismo.

Se me queda mirando con mucha hambre y también como si quisiera meterse dentro de mí, pero no en cuanto al sexo, sino pensamientos. Más me vale no estar pensando demasiado para no hablar en voz alta.

—¿Acaso estás celosa?

—¿A qué viene esa pregunta? Como una bestia llega basta donde estoy yo y me acorrala de nuevo.

—No me respondas con otra pregunta, nena. Es de muy mala educación y hoy, esta noche no tengo mucha paciencia.

No le tengo miedo. Puesto que utiliza la misma técnica de macho alfa para hacerme entrar en calor, terminar follando y estar a su merced.

Pues yo tampoco tengo la paciencia hoy.

—No estoy celosa. ¿Debería? O déjame preguntarlo de nuevo. ¿A quién te recuerdan mis besos, mi olor, mi voz? Su mirada cambia y veo que aclara su garganta. Sé que no tendrá el valor de decirme que le recuerdo a una dama de compañía, de la que también está obsesionado.

Ahora mantiene la misma distancia y cruza una pierna sobre la otra para seguirme dedicando la misma mi rada autoritaria de siempre.

—Bella.

—¿Disculpa? —Mi voz es casi un susurro.

—Se llama Bella.

—Ah —No puedo evitarlo. Cierro mis ojos y aprieto mis puños contra mis piernas. ¿A esto hemos llegado? ¿A echarnos en cara con quien nos acostamos?

—¿No quieres saber más? —Me provoca y lo veo con cara de pocos amigos.

—Con quien te acuestes no es mi problema. Me alegro mucho que tengas a esa tal Bella y a la otra de esta noche. Pero no me tendrás a mí. Desde ahora en adelante tendremos una relación de trabajo, señor Vólkov.

El auto se detiene y soy la primera en salir como un rayo de su presencia. Grita mi nombre detrás de mí, pero lo ignoro cuando entro al edificio.

—¡Anabella! Rápidamente cojo el elevador y marco el piso donde vivo. Maldigo en voz alta, maldigo para mis adentros y mal digo mi maldita suerte y el mundo entero porque Valentino Vólkov esté acabando con mi buen juicio.

Cuando voy por el pasillo escucho música proveniente de mi apartamento. Lo que me faltaba, que Carli tenga una fiesta.

Metó la llave en el cerrojo y abrió la puerta para encontrarme con una cortina de humo, música y mucha oscuridad. Con ayuda de mi móvil ilumino el interruptor y enciendo la luz.

Veó a Carli sirviendo tragos y como diez personas más bailando, otras tiradas en el sofá y una pareja a lo lejos prácticamente follando.

—¿Carli, qué sucede aquí? Corriendo viene hacia mí, está borracho y mantiene una sonrisa de mil a mil en su rostro.

—Cariño, he ganado un contrato con una marca reconocida.

No puedo no sentirme feliz por él. Le sonrío porque en verdad me alegra y él me abraza de lo emocionado que está.

—Felicitaciones.

—Lamento esto —juntos vemos el resto de la fiesta —Terminará pronto, no me pude resistir.

Me da pena, pero es mi mejor amigo y se lo merece. Que yo la esté pasando mal no quiere decir que él también tenga que soportarlo.

—¿Qué tal tu noche?

—Eh, bien. No te preocupes, estaré despierta un buen rato en mi habitación. Disfruta.

Un amigo suyo en particular llama mi atención y no de la buena forma. Su mirada es lasciva y me hace un guiño. Hago cara de asco y Carli se da cuenta.

—No te preocupes por Lash, es un idiota. Pronto se irá.

—Pues eso espero. No me gusta nada cómo me ve.

Me dirijo hasta mi habitación y dejo mi bolso junto con mi maletín en la cama mientras me despojo mi ropa y meterme a la ducha. Cuando salgo de la ducha envuelta en mi toalla, escucho que alguien abre la puerta. Me pongo el pijama que siempre dejo sobre la canasta de ropa dentro del baño antes de salir.

—¿Carli? No responde, al momento de abrir la puerta del baño, me doy de narices con un cuerpo, el aroma a alcohol llena mis fosas nasales y mi instinto me dice que cierre la puerta de un portazo, pero el tipo —quién quiera que sea —me gana impidiéndome.

Mientras lucho con él, lo empujo hacia un lado y el muy astuto se pone entre la puerta y yo.

—¿Quién mierda te crees que eres?! —Le grito intentando salir.

Es el amigo de Carli, el tal Lash. Se ha atrevido a entrar a mi habitación.

—Carli dijo que eras hermosa, pero no dijo que lo eras tanto.

El tipo está tatuado desde el cuello hasta sus brazos, desprende un olor a

humo y alcohol, aunque a juzgar por su mirada, sabrá dios qué más. No sé si estará jugando o si se estará pasando por listo. Ni una ni la otra me importa para sacarlo de aquí.

—Cuento hasta tres y sales de mi habitación, hijo de puta.

Bella.

Se ríe de mí.

—Yo cuento hasta tres para que te quites la ropa,

¿Bella? ¿Cómo se le ocurre llamarme así.

—¿Acaso Carli...

Se ríe a carcajadas esta vez, dando un paso adelante.

—Dijo lo suficiente, ahora ¿Dónde estábamos? Un miedo se apodera de mí e intento defenderme lo más que puedo y con todas mis fuerzas. Que me es casi imposible poder siquiera moverlo esta vez. Me arroja a la cama mientras yo grito a todo pulmón.

—¡Carli, ayúdame! —Mi garganta duele y comienzo a llorar cuando mi camisa es desgarrada por Lash que yace sobre mí. En este momento estoy perdida, pero no dejo de luchar por mi huida.

Un golpe en su entrepierna lo detiene por un instante, pero logro enfadarlo más que apartarlo.

—¡Hija de puta!

—¡Suéltame! La puerta es abierta de una patada y Lash es retirado de mí tal cual hoja en el aire. Me cubro el rostro con mis manos y espero lo peor. No sé de qué se trata pero quiero pensar que es la peor pesadilla que he tenido.

—¡Voy a matarte! —Escuchar ese grito me hace ver lo que está pasando y no me lo creo.

Valentino está golpeándolo en el suelo, Carli está detrás de él y su rostro es de vivo arrepentimiento. Supongo que es demasiado tarde para ello porque su amigo Lash se ha querido pasar de listo. Lo que no puedo creer es que Valentino esté aquí...¿Acaso me siguió? Valentino regresa a mí y toma mis cosas que ahora están en el suelo. Sam aparece detrás de él y se las da, en cuanto a mí, me observa que mi ropa está desgarrada. Aprieta su mandíbula y se quita la chaqueta con bastante brusquedad, me la pone encima para cubrir mi cuerpo y soy sacada de mi cama en sus brazos.

—Ana ...

—Se irá conmigo —Le enfrenta a mi amigo —Y dale gracias a Dios que me contuve, porque el siguiente serás tú.

Con lágrimas en mis ojos entierro mi cara en el pecho de Valentino. Me quiebro ante él por toda la situación en la que me encontró y que si no hubiese sido por él, sabrá Dios lo que hubiese pasado.

—No llores, nena —Me pide una vez salimos del apartamento, escucho a lo lejos que la música sigue sonando hasta que ya no escucho nada, mientras entramos al elevador y Sam nos sigue con mis cosas en sus manos.

—Lo siento —Es lo único que puedo decir —Lo siento mucho.

—Nena, deja de llorar o vas a malditamente cabrearme.

¿Cabrearse? ¿Conmigo? Pero si soy la víctima aquí. Entonces me doy cuenta que eso es lo que lo enoja. Verme triste, ver que alguien casi me hace daño.

Pero qué mierda le pasa al mundo que una mujer ya no puede tomar una ducha sin que un perverso irrumpa en su recámara.

No sé cuánto tiempo ha pasado. Pero me encuentro nueva mente en su casa. En su cama, ahora desnuda. Me desnudó y fue como la orden más dulce que me pudo haber dado.

—En mi cama se duerme sin ropa —Me había dicho.

A lo que no dejó que yo me desnudara. Lo hizo él mismo, después él también se quitó la ropa y se metió conmigo. Sin morbo, sin nada solamente como una fuerza que perdí esta noche.

Me tiene abrazada a su pecho y no se ha despegado de mí. Tampoco ha dicho una sola palabra. Solamente ha canturreado una canción que desconozco cuál es, pero que se siente bien.

—Te quedarás conmigo hasta que sea seguro regresar.

Y no voy a discutir eso.

—Y antes de que quieras llevarme la contraria, Brisa no es ni novia ni nada cerca de eso.

Pues no le creo. Pero no le reto con lo contrario puesto que ya sé mi posición aquí. Me querrá ver la cara de idiota, pero yo no beso en los labios a Carli. Ni a ningún otro hombre más que a él.

—Hace mucho tiempo que tuve algo con Brisa, nada importante o serio. Ese beso que viste, no significa nada.

De nuevo he hablado en voz alta. Lo veo incrédula y busco algo de sinceridad en sus palabras. Pero la encuentro en sus OJOS.

—Es difícil creer algo como eso, Valentino. Apenas y nos conocemos, no tengo que reprocharte nada. Ni con quien te acuestes o beses. Pero no quiero

ser parte de tu juego.

El enfado de su mirada se hace presente . Es lo que quiero, que se enfade, que me eche. Que se olvide de mí.

—Sé lo que intentas hacer. No vas a lograrlo, Anabella.

—No sabes nada —Evado y me separo de él Siento un vacío lejos del calor de su cuerpo que duele en mi pecho.

—No sé cuál sea el problema de los hombres aquí en Rusia, pero estoy cansada de los abusivos. Y de que me salves.

—Entonces deja de meterte en problemas. No puedo creer que me: diga eso.

—¿Crees que es mi culpa?

—No estoy diciendo eso. Pero pudiste haber puesto el pestillo en tu puerta sabiendo que había locos de mierda en tu apartamento.

En eso tiene un poco de razón. —Discúlpame por no deducir que todos a mi alrededor son unos locos de mierda.

Cierra sus ojos arrepentido de sus palabras. Lo que menos necesito es tener esta discusión con él. Lo que necesito es dormir. O sexo, pero sé que no me lo dará.

—Gracias por lo que hiciste. Pero si no te importa, quisiera dormir en una habitación de huéspedes si tienes una.

—No la tengo —Se adelanta a decirme —Dormirás aquí, conmigo. Como te lo he ordenado y como sé que lo quieres. Deja de discutir conmigo y ven aquí.

Ignorando sus palabras salgo de la cama y busco mi móvil entre mis cosas. Lo que necesito es otra cosa, en realidad.

Necesito a mi madre.

Tomo la sábana y me envuelvo en ella antes de salir de su habitación. No vaya a ser que me encuentre con Sam también desnuda. Ya suficiente patética me siento.

Valentino no me sigue y agradezco por ello. Necesito un poco de espacio.

Por mucho que quiera protegerme y que esté a su que es un hombre terco, es mejor hacerlas sin decirle nada.

—Hola, mamá —Intento sonar un poco alegre.

—Cariño. ¿Está todo bien? Es algo tarde para que llames.

—Sí, mamá. Solamente quería escuchar tu voz. ¿Qué tal tu día?

—Magnifico. ¿Cuándo vendrás? Me parte el corazón que comienzo a llorar descansolada.

—Anabella. ¿Qué tienes? Me estás asustando, hija. Sorbo por la nariz.

—No pasa nada, mamá. Estoy bien.

—¿Has conocido a alguien? —No sé por qué hace esa pregunta pero me hace reír.

—La verdad es que sí.

—¿Y por él estás así? De nuevo lloro.

—Hija...

—No es por él. Es... es complicado.

Me siento en el frío piso y veo por la ventana los edificios y luces a lo lejos mientras estoy al teléfono con mi madre.

Lo que menos quiero es preocupar a mi madre. Pero en estos momentos no sé a quién acudir y pase lo que pase siempre nos tendremos.

Siempre es así.

—Te has enamorado. Eso me alegra mucho.

Me hace sonreír por un segundo. Ella siempre encuentra algo bueno en las desgracias. Ojalá así hubiese sido con la muerte de mi padre. Pero eso la devastó. Y aunque hay una mejoría, siempre tendrá sus días de tormenta, por lo que tendrá que estar en tratamiento de por vida.

—Pase lo que pase. Si es para ti, él lo sabrá y luchará por ti, pequeña.

—Las cosas no son tan sencillas. Pero no quiero preocuparte. No pasa nada. Estoy bien.

—Sé que lo estás. Pero se vale también no estarlo.

Hazme caso. Yo soy la que está en un loquero.

—¡Mamá!

—Está bien. Era un chiste.

—Eso no es gracioso —Aunque lo diga. Ambas nos echamos a reír.

—Te amo. Por favor, descansa. Te veré pronto —Su suave voz me conforta.

—También te amo.

Terminó la llamada y me siento mejor. Me limpio las lágrimas de mi rostro y me levanto del suelo. Aún con la sábana cubriendo mi cuerpo. A lo lejos escucho sus gruñidos. Parece enfadado. Sea lo que sea lo tiene demasiado agitado. Sigo ese sonido hasta llegar a una puerta abierta al final del pasillo. Lo que parece ser su gimnasio.

Su torso sudoroso perfectamente marcado y él sosteniéndose solamente de una barra que cuelga del techo. Subiendo y bajando. Nuestras miradas se encuentran. Y yo me encuentro perdida viendo lo espectacular que es.

Sus gruñidos no cesan. No sé cuánto tiempo lleva ahí.

Pero ahora me doy cuenta que le da un trabajo duro a su cuerpo. Sus pantalones de chándal le quedan divinos y su cabello ahora despeinado apetece tocarlo.

Se detiene. Carnina hacia míy besa mis mejillas.

—No me gusta que llores. ¿Qué estabas haciendo?

—Hablaba con mi madre.

No sé por qué tengo la confianza de decírselo. Aunque tampoco es pecado.

—¿Ella está bien? Asiento con la cabeza.

—Espero que no le hayas hablado mal de mí.

—¿Cómo sabes que estaba hablando deti?

—No lo has negado tampoco. Se cree muy listo.

—Tú y ese ego que tienes.

—No es ego. Es confianza.

—Es igual —Pongo los ojos en blanco y ahora me arrebatata la sábana de un tirón.

Se queda mirando mi cuerpo de pies a cabeza. Con muchas ganas de mí. Ya veo por qué estaba aquí. Quería descargar la energía que tenía. Pero no va a poder. Porque me quiere a mí y yo lo quiero a él.

Soy la primera en dar un paso hacia adelante y me levanta del piso para enrollar mis piernas alrededor de su cintura. Me pierdo en sus besos. Sus caricias y la forma en co'mo me toca.

Me coloca en el suelo con desesperación. Las luces y las vistas lo hacen mejor. Ya que no nos perderemos de nada.

Llega a mis pechos y los chupa de uno a uno hasta que mis pezones están duros. Continúa hasta llegar a mi ombligo y terminar en el interior de mis piernas. Mordiscando cada una en su interior. Lo que me hace jadear y acariciar su cabello. Pero cuando siento su lengua suave y caliente en mi sexo, me derrumbo.

—¡Oh, Dios! Lo veo por un segundo y tiene sus ojos clavados en mí. Esa imagen es tan excitante que hace que arquee mi espalda y me abra más para él.

En este momento sé que no querré dejarlo jamás.

XIV

En la mañana siguiente desperté con un mensaje de Carli pidiéndome perdón de mil maneras. No me dio tiempo de responder cuando Valentino entró a la habitación y me despertó con el desayuno en la cama. Me encontró saliendo de su baño. Uno bastante lujoso lleno de azulejos negros y regadera de cascada. También me tomé el atrevimiento de echar un vistazo sin querer en su gigante closet. Sería el sueño de toda mujer. Pero en este caso. Era de un hombre. Trajes de los mejores diseñadores alineados por colores en grandes closets. Ropa deportiva y casual. Gavetas llenas de relojes, corbatas y demás. Y sin hablar del calzado.

—Buenos días.

Me sonrojo como una idiota al verlo así. Desnudó y con la bandeja llena de comida y dos café.

—Buenos días.

Me planta un beso en mí frente y lo es más dulce que pueda hacer temprano por la mañana. Estoy famélica y él parece estar igual. Pero de mí.

Le da un sorbo a su café y yo hago lo mismo.

—Come —Lo necesitarás.

—¿Sí? Asiente con la cabeza.

—Volveré a perderme en ti antes de irnos a trabajar. No le llevo la contraria. Estamos de acuerdo por pri — mera vez. Y eso me alegra.

—He mandado a comprar ropa para ti esta mañana.

Sam la ha traído. Espero sea de tu gusto.

—¿Cómo sabes mi talla? Pensé que me darías el día libre debido a las circunstancias.

—Las circunstancias que puedo permitirte es que desayunes para después hacerte el amor e irnos a trabajar juntos.

Me llevo el pan tostado a la boca sin perder un segundo y me devoro todo el desayuno en zas. En cuanto me termino el café la taza me es arrebatada de las manos y como lo advirtió me espera lo mejor del desayuno.

Al terminar de prepararme Valentino se despidió de mí. Recordé que tenía

programada una junta temprano por la mañana Y al bajar, me encontré con Ryan, mi chofer.

—¿Cómo sabes que estaba aquí? —Le había preguntado — Me sonrió ocultando su cara de complicidad y fue cuando lo entendí todo.

—Trabajo para el señor Vólkov.

—Ah.

No podía sorprenderme. Por otro lado, debía ser algo de él por lo controlador que es. Aunque, era solamente una asistente. No es que ahora no lo sea. Pero estamos muy lejos de descubrir o ponerle un nombre a lo que es todo esto.

Al llegar a la oficina y ponerme al día. El conocido perfume me pone en alerta y veo a Brisa frente a mí.

—Necesito hablar con Valentino. Esta tipa es una idiota.

—¿Su nombre es?

Pone los ojos en blanco.

—Brisa Arisnov. Rusa egocéntrica.

Hace sonar sus tacones como si le desesperara la espera. Pero lo hago a propósito de revisar si hay alguna cita agendada con Valentino que desde luego, no existe.

—Me temo, señorita Arisnov que no hay una cita agendada en el día de hoy con el señor Vólkov —Digo en un tono seco —O en ningún otro día. El senador está en una junta importante y me temo que no la podrá recibir.

Abre los ojos como platos. Y cruza sus brazos sobre su pecho.

—No me importa. Lo esperaré. Le señalo el área de espera.

—Como guste.

Aunque quisiera matarla. No puedo saltarme el protocolo. Solamente espero que Valentino tarde lo suficiente como para que la silicona mal humorada cambie de parecer y se largue por donde vino.

—Voy a querer un café.

Ahora soy yo la que abre los ojos asombrada por su mala leche. Esta idiota piensa que soy su sirvienta y mi tole rancia no es tan grande como su busto para soportarla .

—Lo siento, pero no hago ese tipo de cosas. Si quiere café lo tendrá que buscar usted misma.

Han pasado veinte minutos apenas. Se la ha estado hojeando una revista y

ha ignorado el periódico. Típico de mujeres como ellas.

Hasta me da penita. Y se me antoja un café. Voy a la máquina de café y me sirvo uno. Y aunque dije que no brindaba ese ser vicio, mi mala leche de amabilidad me gana y termino llevándole uno a ella.

—Pensé que no era tu trabajo.

—No lo es. Solamente estoy siendo amable.

Me doy la vuelta y regreso a mi escritorio. Ella sigue observándome sin decir una sola palabra y yo sigo sumergida en mi trabajo. Aún no hay señal de Valentino.

—¿Te interesa? —Su voz chillona me saca de mis pensamientos.

—¿Disculpe?

—Me oíste. Sé que te interesa Valentino. Como a todas, pero no tendrás oportunidad más allá que follar una que otra noche con él. Todas pasamos por ahí. Hija de puta.

Aprieto las manos sobre mis piernas. Para poder controlarme y no ponerme de pie y lanzármele encima y golpearla hasta que aprenda a ser un ser humano con corazón.

—No es algo que le incumba. Pero al menos yo no estaría desesperada por follar con él que tenga que esperarlo fuera de su oficina por horas para que me atienda.

Mi falta de filtro no me hace tregua. Le he callado la boca aunque eso basta para que se ponga de pie y me lance la taza de café caliente en el escritorio. Apenas y logró recuperar algunas carpetas y que no se dañe el ordenador.

—¡Eres una estúpida! ¿Estúpida yo? Pero si fue ella quien lanzó el café. Debería de ser yo la que esté gritando.

—¿Cómo se atreve?

—Valentino sabrá la clase de mujer que eres. Eres una corriente, zorra mal hablada.

—Aquí la única mal hablada es usted, señorita Arisnov. Sin conocerme lo único que ha hecho es intentar humillarme. Y digo intentar porque no lo logrará. Lo que sea que haya entre usted y Valentino más le vale que lo arregle con él.

Comienza a reírse a carcajadas. Estoy empezando a pensar que esta mujer tiene problemas mentales.

—No puedo creerlo. Te has acostado con tu jefe .

¿Cómo crees que eso afectará aquí? El senador es engañado por su asistente personal para aprovecharse de él.

La cara comienza a ponerme caliente y me sudan las manos porque es increíble lo podrida que está.

Se me hace un nudo en la garganta pensar que quizá tenga razón. Ella me ha recordado mi cruda realidad entre Valentino y yo. Y todo se puede ir al carajo si se llega a descubrir la verdad.

Si se entera de que soy Bella se decepcionará y pensará lo peor de mí.

Y si el mundo entero sabe que el presidente del se nado se involucró con su asistente que además lleva una doble vida no solamente acabaré con mi vida sino con la de él.

—No voy a permitir que le hables así a Anabella, Brisa

—Esa voz debería de hacerme sentir mejor. Pero no lo hace

—¿Quién mierda te crees que eres? Veo a Valentino de pie detrás de Brisa. Yo no reacciono pero Brisa sí.

—Valentino...

—Quiero que te largues. A lo que sea que hayas ve —nido, no me interesa. Hemos terminado.

Eso no parece gustarle. Tambalea como si se quisiera desmayar y Valentino la sostiene por un segundo. Ella golpea sus manos para que la suelte y se va hecha un mar de llantos.

Me quedo viendo la punta de mis pies. Pensé que me sentiría mejor una vez se fuera, pero no es así.

Cuando siento que las lágrimas están a punto de salir, intento huir. Pero Valentino me detiene y me pega a su pecho para abrazarme.

—No —Me separo de él limpiando los lágrimas bruscamente —No quiero que nadie nos vea.

Puedo ver el dolor en sus ojos.

—Claramente tienes algo con esa mujer. Intento huir de nuevo. Pero me detiene.

—Ni se te ocurra dar un paso más.

—Lo que sucedió fue un error —Ladea su cabeza al escuchar mis palabras. No le gusta que me refiera a error lo que me ha estado repitiendo desde que me conoció. Que se le apetece estar siempre conmigo.

—Si tú lo dices. Para mí no lo es.

—No volverá a ocurrir.

—Ya lo veremos —Contraataca.

—Me largo de aquí ahora mismo.

Da un paso enfrente y corta mi paso. La bestia está a punto de ser liberada. Lo estoy provocando de una forma peligrosa.

—¿No te ha quedado claro? Como macho alfa se impone ante mí para reclamarme como suya. Y a mí me da risa.

—¿Soy tuya? —Y lo imito —Si tú lo dices.

—Hasta donde sé, lo eres. No me hagas recordártelo.

No te gustará lo convincente que puedo ser.

—¿Es así como pretendes hacer que me quede y te crea?

Pero es entonces cuando veo que su mirada se torna fría y me ve con repudio. Pasa de ser una bestia obsesionada conmigo a un completo hijo de puta.

—Eres la persona que oculta cosas y te atreves a señalarme. Lo he permitido. Pero no voy a permitir que me prives de ti en cuanto las cosas se pongan difíciles.

Me quedo helada ante sus palabras.

—¿De qué hablas?

—Eres fría. Pero te entregaste a mí. Actúas como si nada pasó y ahora estás sufriendo un episodio de celos.

—Mi dignidad no tiene nada que ver con mentir, Valentino.

—Eso espero, Anabella. Porque yo no estoy jugando contigo. Te dije que lo quiero todo y así será. No me importa Brisa ni cómo nos miren los demás. Yo solo veo a una mujer. La definitiva y esa eres tú.

Me deja sin decir una sola palabra y regresa a su oficina con maestría y desprendiendo elegancia y peligro.

XV

Continué con mi trabajo cuando recibí una alerta de Las Flores. Y terminé haciendo algo que pensé que jamás haría.

Ignorar las citas.

E ignorarlo a él desde que regresé al apartamento con Carli.

Así pasó la primera semana, la segunda y no fue hasta la tercera que una llamada de mi madre y un abrazo de Carli temprano por la mañana después de haberlo evitado por semanas, me sorprendió.

Mi cumpleaños.

—No puedo creer que lo haya olvidado.

Carli tenía bajo su mano una pequeña caja de color blanco. Me la entregó y ambos nos conmovimos.

—Un pendiente de mejores amigos.

Lo veo con ojos conmovidos y él me abraza de nuevo.

—Sé que la cagué. Espero me perdones. Si algo te hubiese pasado yo. . .

—Está olvidado. Aunque me dolió que él supiera a lo que me dedicaba.

—Estaba borracho. Sé que es una pésima excusa. Pero es la verdad. No sé de qué manera pedirte que me perdones.

—Carli, sé que no fue tu culpa.

—Tu novio fue intenso, pero me alegró de que haya estado aquí —Igual yo. Pero no es mi novio.

—Hermosa, si ese hombre reaccionó así es porque eres más que un buen polvo para él. Pero sigo pensando en que deberías de tener cuidado con él. Estos días te he visto un poco apagada y toda tu cara dice su nombre.

—Bueno. No es importante.

—¿Celebramos esta noche?

—Prefiero irme temprano a la cama. Ya sabes que no me gustan las celebraciones.

—Está bien. Entonces haremos rondas de vino y películas.

—Suena mejor.

En la oficina me encontré con un ramo de rosas blancas y rosas rojas. Era el arreglo floral más hermoso que haya visto jamás y dentro había una tarjeta

en un sobre plateado. No dudé en leerla.

Me sigues apeteciendo

Y a mí también. Aunque no olvido sus palabras.

y tengo ganas hoy y

mañana

Por favor

Feliz cumpleaños

VV

Vaya manera de felicitarme la de mi jefe y no novio. Las con templé antes de ponerme a trabajar. Hasta que recibo una llamada directa de él.

—Señor, Vólkov ¿Se le ofrece algo?

—Está noche contigo.

Me sonrojo como una idiota.

—Me gusta cuando haces eso.

Mis ojos buscan en su dirección y lo veo al pie de su puerta usando un traje elegante y con la mirada llena de deseo. Está a escasos centímetros de mí, pero no logro escuchar del todo su voz debido a su ronroneo.

—Te has quedado muda. Veo que te llegaron mis flores.

—Sí, gracias. Son hermosas.

—Hermosa eres tú. Ese color de vestido te sienta bien.

¿Acaso tienes planes? Niego con la cabeza.

—No. No celebro mis cumpleaños. Y una sonrisa dibuja su rostro.

—Bien. Me alegro de ser el primero.

A la hora del almuerzo. Fox me sorprendió con un pequeño pastel. Mis compañeros de piso, con los que apenas y cruzaba una que otra palabra, también me felicitan.

No dejo de sonreír y sentirme un poco feliz. Son una de las pequeñas cosas buenas que me han pasado desde que me mudé a este país.

—Feliz cumpleaños, Anabella. No creas que no lo sabíamos. En el palacio nos gusta que todos se sientan especiales.

—Gracias, Fax.

A lo lejos vi a Valentino. Me hizo un guiño y después desapareció en la multitud.

Conversé con algunas colegas. Otras asistentes de algunos abogados e intercambiamos números para ponerlos al día en algunas ocasiones y hasta fui invitada a su mes de chicas.

—Por favor, siéntate como en casa. Sabemos lo que significa que trabajas para el senador Vólkov. Debe ser difícil.

Una de las chicas llamada Ary y otra Rasmy son atentas y amables conmigo. Me compadecen de trabajar para el grande y me dan algunos consejos que voy tomando una nota mental de ellos.

—Va todo bien. Me estoy acostumbrando mucho.

—Vimos cómo te ve. El otro día hubo un rumor de que su ex novia se fue llorando. ¿Acaso terminaron?

—No lo sé —Miento —Pero no me caía bien de todas maneras.

—Ni a nosotras. Que sea hija de uno de los inversionistas del señor Vólkov no la hace especial.

—No lo sabía. Pensé que era abogada o algo.

—No. Es una modelo renegada e influencer o una cosa así. Da igual. Me alegro no verla por aquí.

Y a mí también. Aunque no olvido sus palabras.

—Mejor dínos. ¿Estás emocionada por la gala?

—¿Cuál gala? Ambas se ven sorprendidas. Yo estoy sorprendida y nerviosa por la tal gala que me temo es sobre Valentino o su cargo. No sé por qué no me había enterado aún. Seguro estaba en mi calendario.

—Es como la gala Met pero mejor. Y es sobre el palacio del senado. Es donde se elogia y se premia al senado. Este año el presidente recibirá por el mismo presidente del país un reconocimiento.

Suena bastante importante. Como la noche más importante del año, después de las elecciones o la misma navidad. Pero mejor.

—Pues no me la perderé. Estoy segura que será una noche inolvidable. Y es verdad. Tengo un presentimiento sobre eso y no puedo diferenciar si será algo bueno o malo.

—Estoy agotada y me quiero ir a casa. Cuando entro al ascensor las puertas se detienen a causa del pie y mano de alguien. Valentino.

—¿Vas a alguna parte sin mí?

—Empiezo a creer que me estás acosando y que tienes serios problemas de bipolaridad. Sin esperármelo detiene el elevador. Quedamos en el aire de nuevo y llega a mí tan rápido que lo tengo tan cerca que su aliento me quema y

me llena de hambre por sentirlo.

Mi cuerpo y alma lo ha extrañado.

—Bésame —Me pide. Me hace gracia su petición .

—Soy la cumpleañera. Me odiaré si tengo que acceder a tu orden o pedirlo.

..

Y me besa.

Es un beso necesitado. Crudo y sin censura. Que se convierte en un beso lleno de algo más. Ahora es suave, con sentimiento.

Mi instinto es abrazarlo. Mi suerte es que él también se siente igual. Me abraza fuerte y nos quedamos así en silencio, solo abrazándonos.

Cuando estamos así no tengo miedo de quien soy. Ni lo que siento.

Cuando estamos así no existe nada más que nosotros.

—Te he echado de menos, nena.

—También yo.

No puedo creer que haya dicho eso.

—¿De verdad?

—Sí. Es verdad.

Podría decirle que estaba esperando este momento. Que extrañaba su tacto, sus besos y hasta podría decir qué hay algo en mi pecho que me mata y es que me he enamorado completamente de él. Me di cuenta desde que, mi pecho dolió cuando me fui de su apartamento y que nos hemos estado ignorando por semanas.

Que soñaba con él y que solamente sentía el aroma de su perfume en el pasillo.

Y lo que mis lágrimas dicen ahora. Que he empezado a llorar sin darme cuenta.

—Nena ¿Qué está mal?

—Nada .

Hace que lo vea a la cara y limpia mis lágrimas. Extraño mucho a mi madre. Esta mañana escuchar su voz me dejó algo sensible también. Pero sé que es más que eso. Es por él.

—No me mientas, Anabella.

—Por favor, no insistas.

—No me pidas eso, cuando veo tristeza en tu rostro.

¿Hay algo que no me estás diciendo?

—Sí y si dejas de insistir quizá te lo diga. Quizá le diga ambas.

Que soy Bella y que lo quiero.

Vuelve a abrazarme hasta que dejo de llorar. Pone en marcha el elevador y se aparta un poco de mí sin soltar mi mano.

—Por más que me apetezca hacerte el amor aquí. No podemos y te mereces mi cama.

Me sonrojo y le gusta porque me sonrío.

—Te llevaré a casa y te recogeré a las ocho.

—¿Dónde iremos?

—Ya lo verás.

XVI

—Estás hermosa —Carli me ayudó a prepararme. Se había tomado la noche libre con sus amigos y me ayudó a elegir el perfecto vestido. Mi vestido es rojo lleno de encaje y ceñido. Con un escote en forma de V en mi pecho y mi espalda. Decido llevar el cabello suelto y maquillaje ligero. No sé qué tenga planeado el senador esta noche, pero deseo verlo. Tanto que estoy nerviosa. Mi teléfono suena y recibo un mensaje de él. Estoy ansioso por verte. Estoy abajo.

—¿Ya está aquí? —Pregunta Carli.

—Sí. Deséame suerte.

Me despido de Carli y me apresuro a salir y bajar hasta donde está Valentino en compañía de Sam.

En cuanto veo a Valentino se me hace agua la boca.

Está bastante guapo. Usando su traje oscuro y corbata roja.

Su cabello perfectamente peinado y se ha afeitado.

Sus ojos se desplazan de arriba abajo y su mirada emana lujuria. Veo el hambre de la bestia en sus ojos y la piedad en sus manos por tocarme.

—Feliz cumpleaños —me dice tornando mi mano y llevándola a sus labios para besarla.

—Gracias.

—Estás más hermosa de lo que las palabras puedan expresar.

—Te creo —ronroneo.

Abre la puerta del auto y damos marcha a nuestro destino.

—

Veo que saca un pañuelo negro de su bolsillo cuando el auto se detiene.

—¿Confías en mí? Al mirar sus ojos no hay nada que pueda ver en ellos que precisamente eso.

Confianza.

—Sí.

Me venda los ojos y me planta un beso en los labios. Me ayuda a bajar del auto y siento el viento en mi cabello y rostro.

—Cuidado con los pies. Hay escalones.

Me ayuda a subir pequeños escalones hasta que siento cálido el lugar. Me

ayuda a sentarme y ahora si no tengo idea de donde estamos. Escucho que una puerta se cierra y Valentino me pone una especie de cinturón.

Estamos en un avión. No lo puedo creer.

—¿Adónde vamos?

—Ya lo verás, nena.

No me ha quitado la venda. Me ha alimentado y dado vino él mismo tal cual niña. Es divertido como también me está empezando a desesperar. No es como planeaba la noche y además. Me gusta verlo.

—A mí también me gusta verte —Eso responde a mis pensamientos en alta voz.

Me río por lo bajo y siento sus manos en mis piernas. Hasta que desabrocha el cinturón. Con cuidado toma mis manos y hace que me ponga de pie. Me tambaleo un poco y me aprieta a su cuerpo. Eso no ayuda nada y rápidamente siento su erección en mi vientre.

—Por Dios, Valentino.

Ahora no sé dónde me lleva. Pero sigo caminando escucho que abre otra puerta. y al dar unos pasos más. Soy arrojada hacia una cama.

Me quita el abrigo y cuando quiero quitarme la venda de los ojos no me lo permite.

—No tienes permitido moverte.

—Oh.

—Oh, sí —Me imita.

Cuando pienso que va a despojarme de mi vestido. Me sorprende escuchar la bragueta de su pantalón y haciendo de lado mira interior para adentrarse en mí.

Me penetra de manera :salvaje. Estando así, a su merced sin poder verlo.

Me pierdo en él hasta que esperamos llegar a nuestro destino.

Hemos pasado alrededor de diez horas en el avión. Al menos la venda de mis ojos ha sido removida. Hemos disfrutado de una hermosa cena y además me he cambiado de ropa, ya que ha amanecido.

Aún no tengo idea de adónde vamos. Pero estoy segura que la venda de mis ojos regresará a mi rostro pronto.

—Entonces también eres un hombre de negocios.

—Sí. El ser senador no me ha impedido encargarme de otras cosas. Soy un hombre bastante ocupado.

—¿Y las mujeres? Ha sido una pregunta incómoda. Pero necesito saberlo sino me encontraré con otra peor que Brisa. Quisiera estar preparada.

—Las mujeres han ido y venido. Sexo y más sexo. Y no querrás saber los detalles.

La verdad es que no. Y a empiezo a sentir el calor en mi rostro con imaginarme que a alguien más le ha vendado los ojos y le ha hecho el amor por horas de manera desenfrenada.

—Termina tu comida. Muy pronto llegaremos.

De nuevo me ayuda a bajar del avión. El clima se siente agradable y no tengo idea de donde estamos.

Ahora me ayuda a entrar al auto y volvemos a poner nos en marcha.

Después de un largo camino el auto por fin se detiene.

—Te quitaré las vendas. Lo único que tienes que hacer es no enfadarte conmigo y hacer como que no estoy aquí.

¿Puedes hacer eso, nena? Asiento con la cabeza. De nuevo vuelve a besarme en los labios y la venda me es retirada. Cuando abro los ojos no sé si llorar, sonreír o ponerme nerviosa o asombrada. Es una mezcla extraña al reconocer el lugar.

No puedo creer que haya hecho esto.

Toma mi mano y caminamos hasta dentro del lugar.

No digo ni una sola palabra. La chica me ve y me sonríe.

Sabe a qué he venido.

—Por aquí, señorita Petrova. Contengo las lágrimas y la seguimos hasta llegar a una gran puerta que da hacia una vista perfecta.

Es la mejor vista de todas. Entonces la veo.

Mi madre a lo lejos jugando a las cartas ella sola.

Como si sintiera mi presencia cuando voy acercándome a ella, Valentino suelta mi mano y soy la primera en llegar a ella. Su sonrisa, su cabello blanco y sus ojos azules se llenan de lágrimas.

—Mamá.

—Feliz cumpleaños, hija —Nos abrazarnos como no existiera un mañana. Le sorprende tanto como a mí poder estar aquí. Ve al hombre detrás de mí y le sonríe.

—No me presentas a tu novio.

—Oh, no. . .

—Valentino Vólkov —Le tiende la mano y le habla en un perfecto inglés

—Es un placer al fin conocerla, señora Petrova.

—Y a mí, ¿Entonces eres el novio de mi hija?

—Sí —Valentino me dedica una mirada de niño travieso y es lo más tierno. Aunque lo más estúpido que podría hacer. No puedo creer que lo haya hecho.

—No sé si felicitarte o matarte. El otro día ella estaba sufriendo por ti. Más te vale que lo hayas arreglado.

Quiero que la tierra me trague. Parecen dos compinches.

—Eso fue. . . un mal entendido. No volverá a suceder, lo que menos quiero es verla sufrir.

—Pues más te vale. Que tengas esa cara bonita no significa que no pueda abofetearla.

—¡Mamá!

Pasamos una tarde agradable. . Valentino se había encargado de traerle a mi madre un par de regalos y otras cosas para que estuviese más cómoda en el lugar. Era ya bastante lujoso, pero cuando mi madre le dio la queja sobre sus choco lates, Valentino no dudó en comprarle diez cajas repletas de ellos.

No podría creer lo que miraba. Ella y él platicando sobre la vida. Sobre el clima y hasta jugar a las cartas.

¿Estaba pasando de verdad? Me estaba dando palmaditas en la cara para despertar del sueño. Pero me dicuenta que no estaba soñando. Que es taba pasando de verdad.

XVII

Temprano por la mañana miré el periódico en línea y me encontré con mi cara en primer plano y también la de Valentino en una revista de cotilleo rusa.

—Oh por Dios.

"El senador es tentado de nuevo"

—El senador es tentado de nuevo. Fue visto afuera del apartamento de lo que se cree es su asistente y la mujer que lo ridiculizó meses atrás con. . . .

—Basta —Valentino me quita el móvil de las manos No prestes atención a lo que los medios digan. Debes estar preparada porque no se van a detener.

—Ese es el problema. No creo estar nunca preparada .

—Créeme, nena. Lo estarás.

Me llena de rabia ver este tipo de cosas. Valentino no se merece eso. No se miden e inventan cosas.

—No es justo . No te mereces eso.

—Suficiente. Si es importante para ti me encargará de esa revista y de cualquier otra que se atreva a hablar mal de ti.

—Está bien.

Aunque él se sienta tranquilo. Sé a ciencia cierta que eso le enfada tanto como a mí. No es un hombre al que le gusta que se metan en su vida privada. Y ni quiero pensar lo que dirán los medios el día en que lo de Bella salga a la luz.

—Gracias.

Lo abrazo fuerte mientras estamos afuera de mi apartamento. Volvimos hacer el amor en el avión. Esta vez sin vendas en los ojos. Aunque no lo niego. Me gustó usarlas.

De pronto veo que Sarn le entrega una caja del tamaño de su mano. Es de terciopelo color rojo.

—Feliz cumpleaños.

—No debiste. Con lo de mi madre era más que suficiente.

—Ábrelo —Me pide.

Al abrir la caja me encuentro con un largo collar con una fina cadena de oro y al final un dije en forma de rosa.

Estoy segura que las cuerdas y el dije llegan por de bajo de mi espalda llegando casi a mi culo.

Sexy.

—Quiero que lo uses en la gala. Usarás el perfecto vestido y luego te follaré con eso puesto solamente.

Me sonrojo como una idiota y mis pensamientos no llegan ni por cerca a lo que en la vida real será.

—Es hermosa. Gracias. Y acerca de La Gala. No tengo idea, nunca he estado en una :fiesta o gala elegante.

—No te preocupes. Yo me encargaré. Tú solamente debes decir que sí y estar a mi lado luciendo hermosa como siempre.

—Suená fácil.

—Espero hayas descansado bien. Duerme una siesta. Sam vendrá por ti y mi estilista te estará esperando en mi casa.

—¿Tienes estilista?

—Por supuesto.

Recibí una alerta de Las Flores. No sé si es Valentino. Pero si es él. Bella terminará con él esta misma noche. Me preparo como siempre y elijo cualquier de las pelucas.

Lo más extraño es que, la cita es en un hotel un poco lejos. Me abrigo bien y tomo un taxi.

Solamente espero que Valentino no me busque esta noche, porque no me encontrará. Más o menos.

Al llegar al lugar espero afuera del hotel. Es extraño que no veo a Sam por ningún lugar. Entonces quizá no sea Valentino y esta fue una terrible idea.

Después de esperar una hora mi cliente no llega.

Cuando decido ir a casa. En el camino. Me despojo de la peluca y agradezco para mis adentros no haber tenido esa cita hoy.

Al llegar. Le pago al conductor y al bajar del taxi siento que alguien me vigila. Rápidamente camino hacia la entrada cuando escuchó la voz de un hombre.

—Vaya, ¿Qué tenemos aquí? Me tambaleo con mis propios tacones cuando veo a Serkin observándome de pies a cabeza. Y lo que más llama mi atención es la forma en cómo ve la peluca que llevo en una demis manos.

Era él.

—Fuiste tú.

Se ríe a carcajadas y se acerca más a mí. No doy un paso atrás. Me congelo ante ély lloro del miedo.

Estoy acabada.

—Por favor, no le digas. No le digas nada a Valentino.

—Entonces haz lo que sabes hacer —Escoce con repudio. Exactamente lo que siento por él. Pensé que lohabía su perado. Pero estoy muy lejos de ello.

—Por favor.

—Vas a follarme después de la fiesta sino quiere que le diga a Valentino que su amante y patética asistente es una puta.

Aprieto mis manos hasta sentir el escozor que me causan mis propias uñas en las palmas de mis manos mien tras siento todavía las lágrimas de rabia correr por su rostro.

—Después de la gala vas a buscar cualquier excusa para terminar con él y regresarás al hotel donde te dejé plantada esta noche —Lo dice con una sonrisa malévola en su rostro —Si no lo haces lo vas a lamentar, Bella.

Se acerca a mí y siento su aliento en mi mejilla, me planta un beso y siento asco. Retrocedo y se ríe en mi cara antes de girar sobre su propio eje y subir a su coche y largarse. Ahora sí estoy jodida.

Mientras voy en el auto con Sam camino a casa de Valentino recibo un mensaje de un número desconocido y mi mundo se detiene aún más cuando Serkin me recuerda mi pesadilla.

Sé quién eres. No lo olvides.

La respiración me falla e intento tranquilizarme antes de llegar. Valentino no necesita nada de esto ahora y mucho menos yo. Serkin es un hijo de puta, debe ser una jodida broma que no estoy dispuesta a tolerar. O peor una pesadilla.

Como lo dijo Valentino. Su estilista está esperándome con más de diez vestidos listos para probarme. Será una mañana larga y creo que me divertiré.

—Eres una chica hermosa, ya veo por qué Valentino puso los ojos en ti. Nunca antes he hecho esto con sus novias.

—Eso no lo creo.

—Pues créelo, eres la afortunada.

Pues más me vale creérmelo esta noche. Porque sé que será la más importante para él.

La gala es en el palacio y parece la boda real o algo por el estilo a plena luz de la luna. Hay mucha elegancia, clase y lujos por doquier.

Al final me decidí por un vestido color oro de seda. Se pegó a mi cuerpo tan perfectamente que nunca antes me había sentido tan hermosa.

Mi cabello está en un moño desarreglado y mi maquillaje es al estilo nude, perfecto de la noche.

Al llegar a la gala capto las miradas de todos los hombres pero hay una en particular que llama mi atención y es a Valentino. Usando un esmoquin y luciendo más guapo que nunca. Como si eso hubiese sido capaz. Lo es.

La multitud se abre y él. camina lentamente hacia mí.

Niego con la cabeza pero no parece importarle.

Por Dios no quiero que: la gente hable mal de él si lo ven conmigo.

Nuestra relación no puede ser exhibida esta noche. Es tarde cuando siento un beso en mi mejilla.

—Te ves perfecta.

—Valentino, no quiero. . .

—Estarás conmigo toda la noche. Sin importar qué, Anabella. Y no hay discusión sobre ello. Disfruta. Porque yo te disfrutaré cuando todo esto acabe.

Valentino ha recibido un reconocimiento por su presidencia por el presidente de la República. Me siento orgullosa de él. Su discurso fue inigualable y a pesar de ser una noche perfecta . Estoy tan lejos de ello.

Será difícil romper con él esta noche y más si no tengo motivo alguno.

He tomado más copas de vino más de lo que he podido contarlas y creo que estoy borracha o quizá no. Estoy tan cuerda como para ver a Brisa cam
inar hacia él y dándole un beso en la mejilla.

—Pero qué mierda . . .

Se da cuenta que lo he visto y se aparta de Brisa. Pero en cuanto camina hacia mí es demasiado tarde y éllo sabe. El presidente se cruza en su camino y no tiene otro remedio que hablar con él.

Ahora sí tengo un buen motivo para poder escapar de él.

Aunque sea esta noche. Y él no tiene idea de lo que me espera.

Pero lo quiero.

Y siempre lo perderé.

Valentino

Esta noche se ve hermosa. Más que hermosa, jodidamente mía.

Y lo he jodido al no ir tras de ella después de que Brisa se me acercara.

Le dije claramente que no lo hiciera. Pero su familia es parte del senado también. Y era lógico que tendría que estar aquí esta noche también.

Lo que veo extraño es que no veo a Serkin por ningún lado. Le he puesto los ojos encima desde que Anabella comenzó a trabajar conmigo. Sabía que pondría los ojos en ella y eso es taba malditamente prohibido.

Es mía.

—Vigila a Anabella —Le ordenó a Sam —Hay algo que no me cuadra esta noche.

—Entendido.

Ha estado ignorando mis llamadas en cuanto a Bella. Y eso es algo bueno. Pero esta noche le veo nerviosa. Después de conocer a su madre estaba feliz, y esta noche hay algo en su mirada que no me gusta.

Veo mucha tristeza y desesperación y no hablo por lo de Brisa. Ya estaba así desde antes.

La encuentro sola tomando otra copa de vino. La he visto tomar más de una esta noche y eso da sentido a mis sospechas. Algo la está atormentando.

—Nena . . .

—¿Nena? —Su sarcasmo acaba con mi paciencia —No soy tu nena. Deberías de regresar con Brisa. Ella sí es tu acompañante. Lucen Bien juntos .

Lo que dice no tiene sentido y no lo digo por su embriaguez. Algo no anda bien y lo voy averiguar. Si quiere seré más inteligente que ella y le seguiré el juego .

—Has estado bebiendo mucho vino en toda la noche.

—¿Desde cuándo te diste cuenta? Pensé que estaba bastante ocupado con tu noche como para notarme entre la multitud.

Oh, nena. No te he quitado los ojos en toda la noche.

—Luciendo así eres a la única que veo esta noche.

Veo que se sonroja y no es por el vino. Le gusta que le hable así. Ojalá pudiera decirme qué mierda es lo que le pasa.

—¿Quieres irte a casa?

—No, quiero seguir divirtiéndome, señor Vólkov. Es —pero tenga su

permiso, aunque pensándolo bien. No lo necesito.

Le tomo el brazo fuerte aunque no tanto para lastimarla, solamente para acercarla a mí. Le quito la copa de las manos y le susurro al oído.

—Estarás en problemas si sigues comportándote de esa manera.

Ella me da un golpe en mi brazo para que la suelte y lo hago. La gente nos observa. Aunque me importa poco. Ella es mía y no permitiré que haga una escena aquí. No se me rece eso.

—Estarás en problemas si vuelves a acercarte a mí.

La magnitud de esas palabras y sus ojos la contradicen. Es como si quisiera alejarme a propósito. Sé que no me dirá nada hasta que me aleje y lo averigüe por mí mismo.

—Está bien. Como usted diga, señorita Petrova.

En ese momento sus nuevas amigas se acercan y se la llevan a bailar. Cada una con una copa de vino en la mano. Lo que me faltaba. Tendré que prohibir este tipo de mierdas en el palacio porque no voy a tolerar su falta de respeto hacia mí. Me está volviendo loco. Quiero llevármela en los hombros. Azotarle ese lindo culo, meterla en el coche y llevármela a casa para follarla por horas hasta que no le quepa la menor duda de que me vuelve loco.

Cómo esta gala es para mí. Tengo que saludar a muchas personas. La pierdo de vista por unos momentos pero Sam ya recibió instrucciones: de que no la pierda de vista. Pero cuando lo veo venir a mí a toda prisa me alarmo.

—La señorita Petrova ha tomado un taxi y se ha ido. Siento mi pecho doler y mi mundo comienza a sacudirse.

Si es lo que estoy pensando, me volveré loco. Llego al hotel donde Serkin me ordenó. Al ver que Valentino estaba distraído con sus invitados fue mi momento para escaparme de la gala y venir aquí.

Voy caminando con mis manos temblorosas y estoy mareada. Si voy a hacer esto, más me vale que no me acuerde. Pero ni todo el alcohol del mundo podría hacer que olvide lo que está a punto de ocurrir.

Me quedo de pie afuera de la habitación mirando la puerta. Se hace más grande de lo que es y el corazón se me saldrá del pecho. Con mis nudillos temblorosos toco la puerta y de inmediato Serkin la abre.

Lleva en su mano un vaso con un trago oscuro y ya puedo sentir el olor a alcohol nauseabundo viniendo de su aliento.

—Justo a tiempo.

Abre la puerta para que entre y trago saliva cuando camino hacia el

interior. Serkin cierra la puerta con seguro y veo a mi alrededor. No es una habitación lujosa, me da asco todo lo que veo aquí.

—Al menos te hubieras puesto tu peluca, primor.

—Al menos hubieras rentado una habitación decente, idiota.

Se echa a reír a carcajadas.

—No tengo tanto dinero como Valentino para despilfarrarlo en una puta como tú. Tengo dos divorcios y manutenciones. Por lo que esto debe de servir. Además, ya debes estar acostumbrada.

Hijo de puta.

Me da repulsión su voz, su presencia, todo de él.

Comienza a desabrocharse su corbata y luego su camisa. Queda con el torso desnudo y luego va por la bragueta de su pantalón.

—Espera. No tan rápido.

Quiero alargar esto lo más que pueda. Quizá está lo suficiente borracho y se quede dormido y así yo pueda salir de aquí.

—Eso lo decido yo.

A grande zancadas llega hasta a mí y me toma del ca bello para arrojarme a la cama. Se me abalanza encima y yo me resisto comenzando a gritar por el daño que me hace.

—¡Deja de gritar, maldita hija de perra!

—¡Nooo, por favor! Un gran estruendo se escucha por toda la habitación. Al darme cuenta de lo que está ocurriendo es la puerta la que ha salido volando de una patada. El cuerpo de Serkin es suspendido hacia a un lado y veo a Valentino frente a mí. La cara la tiene roja como un tomate y de inmediato la mirada llena de fuego lo lleva a golpear a Serkin en el suelo, hasta que de pronto ve a Sam y le entrega un arma.

—Oh, Dios mío.

Parece que la bestia se ha apoderado de él. Al ver a Serkin y lo que estaba a punto de hacer, lo volvió loco. Lo sé. Pero no permitiré que arruine su vida por mi culpa.

—Valentino, no. . .

—Sam, sácala de aquí —Le ordena a Sam. Pero cuando veo que intenta tomarme con mucho cuidado del brazo lo aparto. Y voy hacia Valentino.

—No lo hagas. Yo puedo explicarte, pero por favor. Él no vale la pena .

Cuando toco su rostro es como si su alma regresara a él. Me ve con los ojos llorosos y niega con la cabeza.

—Sé que no vale la pena, nena. Pero le dije que no se acercara a ti.

Serkin parece que estuviera loco. El muy cabrón comienza a reírse a carcajadas desde el suelo. Escupe sangre y se levanta cojeando apuntándome con el dedo.

—Deberías de escucharla, Valentino. O deberías escucharme a mí. Le dirá la verdad. Estoy perdida.

—Debiste haberme dejado. ¿O te das de golpes con todos sus clientes? Valentino ladea la cabeza y me ve.

—Cállate la puta boca, pedazo de mierda.

—Sí —Continúa —Sé que no querías saber pero. . .

—Lo he sabido desde siempre, loco de mierda —La voz de Valentino suena como eco en mi cabeza —Lo he maldita mente sabido siempre. Y eso no te da derecho a ser un jodido cobarde. Te daré tu merecido.

La cara de Serkin cambia.

—No puedo creerlo —Sollozo con un hilo de voz —Lo sabías. Todo este tiempo. . . después de lo que estaba apunto de hacer por ti. . . tú ya lo sabías.

Salgo corriendo de ahí y escucho a Valentino gritar minombre.

—¡Anabella! Seguido de ello. Escucho un disparo y me detengo. Si es Valentino o Serkin, no lo sé. No quiero que nadie muera.

Pero mis piernas fallan y caigo al suelo. Me pongo a llorar a todo pulmón hasta que siento las manos de alguien en mi espalda.

Valentino.

—¡Suéltame! Es un alivio que esté bien. Pero ahora si ese disparo es lo que estoy pensando no podré perdonármelo. Es mi culpa. He arruinado nuestra relación, su carrera y su vida.

—¡Nooo! —Me grita y me sacude tomándome de los brazos —¿¡Qué estabas haciendo?! ¿¡Qué mierdas estabas haciendo conél?!

Me siento como la peor persona del mundo, lo que le estoy provocando no tiene perdón y tampoco lo que él hizo todo este tiempo. Jugar con mi mente.

—¡Te estaba salvando! —Le grito como mis lágrimas me lo permiten —Él me amenazó. Él me descubrió y me amenazó. Me dijo que si no me acostaba con él, te diría la verdad. Yo. . . yo no podía permitir que lo supieras, pero tú ya lo sabías. Todo este tiempo.

Me ve enfadado y con dolor.

—No tienes derecho a reclamarme nada, Anabella.

Cuando la que me ha engañado todo estetiempo eres tú.

—Sí, y sé que no tengo excusas. ¿Pero qué excusa tie nes tú? Como lo

sospeché, también la culpa no puede con él.

—¿Fue divertido para ti? —Me ve con repudio —Ser Anabella y Bella al mismo tiempo. ¿Fue divertido? Quería ver hasta donde eras capaz de llegar, pero no me imaginé que tenías que llegar a tanto. Estamos entre la verdad y la guerra de nuestra propia mentira.

—Pudiste habérmelo dicho, Valentino. Pero seguías buscándome y no solamente como Bella. ¿Qué clase de persona eres tú también?

"PROSTITUTA Y EL SENADOR VÓLKOV" "ESCÁNDALO EN EL PALACIO DEL SENADO " "ELPRESIDENTE VÓLKOV FUE ENGAÑADO POR UNA MUJER QUE ERA SU SUPUESTA ASISTENTE, PERO QUE RESULTÓ SER UNA PROSTITUTA" "EL SENADOR VÓLKOV HA SIDO DEMANDADO POR AGRESIÓN"

Eso y mucho más se han publicado en los últimos días. Con lo que pude, tomé un poco de dinero y tomé un vuelo directo hacia América, donde nunca debí salir.

Carli quiso venir conmigo y le agradezco. Ahora estamos en casa de sus abuelos, se han portado tan bien conmigo y son como una familia para mí.

—¿Ha llamado? —Pregunta Carli.

—No ha dejado de hacerlo desde que me fui.

Y aunque esto me rompa el corazón. Creo que es lo mejor. Mañana iré a visitar a mi madre. La necesito y también necesito pedirle perdón.

Nunca debí irme y haré lo que sea por sacarla de ese lugar y que reciba la ayuda que necesita en casa. Ha mostrado me joría y eso es algo bueno.

En cuanto a Valentino. Me olvidará. Lo sé. En cambio yo.

Espero nunca olvidarlo.

Valentino

Los días me agobian.

No como. No duermo.

Y no dejo de pensar en ella. Los medios de comunicación están acabando conmigo y juro que los mataré a todos. Me he encargado de Serkin. Está preso.

Aquel disparo que hice al aire fue la amenaza clara de lo que pasaría si se oponía a ir prisión.

—Todo está listo, señor Vólkov.

—En un momento iré.

La conferencia me espera. He decidido hacer una para aclarar todo esto de una puta vez. No soporto estar escuchando su nombre con esa jodida palabra.

Ella no era ninguna prostituta.

Aún puedo ver el dolor en sus ojos cuando escuchó que todo este tiempo supe su secreto.

Pero ella tiene que saber que las amaba a las dos.

Joder, sí. Las amo a las dos. A ella misma.

—

Todos están atentos a lo que pueda decir. No dejaré que nadie haga preguntas. Seré claro y breve. Nunca he permitido que indaguen en mi vida y no permitiré ahora que lo hagan y mucho menos en la vida de Anabella .

—Hace un año conocí a la señorita Petrova en América.

En cuanto su nombre sale de mi boca son como unos malditos buitres alzando la mano y otros murmurando entre sí.

—Tuve la dicha de coincidir con ella de nuevo. Esta vez aquí en Rusia.

—Hago una breve pausa recordando ese día —Ella es una mujer inteligente y su currículo es impecable. Por eso no dudé en contratarla como mi asistente.

—Señor qué nos puede decir acerca de su otro trabajo como....

—Tenga cuidado con lo que va a decir —Interrumpo a una reportera —La señorita Petrova no es ninguna . . . prostituta. Es una mujer que lucha por salir adelante. Y si ocultó su identidad mientras salía y mantenía una relación conmigo fue para protegerme de ustedes. Ustedes los medios de comunicación que no hacen otra cosa más que ser amarillistas e inventar títulos para vender más. Y eso no lo toleraré. He aceptado a dar esta declaración porque no quiero que la reputación de Anabella Petrova se vea afectada por mi culpa.

El pecho me duele.

Imaginarla que está lejos de mí me parte el corazón. Pero juro que lo arreglaré.

—Anabella Petrova es la mujer que amo —Consigo callar a todos en la sala y ahora me ven con otros ojos —Sí. La bestia se ha enamorado. Y quiero que no se hable más de ella más que para decir que es una maravillosa y luchadora

mujer que su único pecado ha sido haberme cautivado con su amabilidad, humildad y belleza.

<<No volveré a hablar de mi vida privada a menos que sea necesario. De lo contrario. Les pido privacidad y que dejen de inventar rumores. Gracias >>

XVIII

— . . . es la mujer que amo. Llora a mares mirándolo por la televisión. En compañía de mi madre. No puedo creer que esté hablando de mí y en público e internacional. Y mejor aún. Diciendo que me ama. —¿Qué puedo hacer, mamá? —Sollozo en brazos de mi madre. Mientras vemos la televisión juntas. Mi madre acaricia mi espalda e intenta calmar mi llanto pero no puedo controlarlo.

Duele demasiado.

Duele que me haya engañado y también me duele haberlo engañado y arruinado su reputación y carrera.

No me lo perdonaré nunca.

—Regresar conmigo —Escucho esa voz detrás de mí y me parece un sueño.

¿Cómo llegó tan rápido aquí? O al menos que eso haya sido una grabación que yo haya visto a propósito para darle tiempo de buscarme.

Me ha encontrado.

Después de días sin saber de él ahora lo tengo frente a mí. Luciendo en un traje de tres piezas. Perfecto y guapo.

—Valentino. . .

—No voy a permitir que me prives de tu amor, Anabella Petrova. Porque es muy tarde. Te dije que me iba a perder en ti y así es. Yo. . . yo te necesito a mi lado.

Salgo corriendo hacia él y me pierdo en un beso cálido y mojado gracias a mis lágrimas.

—Perdóname, por favor —Le ruego —Yo nunca quise mentirte.

—Yo tampoco quise que lo hicieras. Te iba a dejar, ver hasta donde eras capaz de llegar. No me importaba. Pero cuando te vi en peligro yo . . .

. —Lo sé —Le digo abrazándolo más fuerte —Ambos nos equivocamos.

—Por favor, nena. Regresa conmigo. Te necesito.

Abro mis ojos.

Me doy cuenta que ha sido un lindo sueño en donde Valentino iba a mi

rescate. Después de ver su declaración en televisión me quedé dormida llorando. Soñé que estaba con mi madre cuando él aparecía de repente y me pedía que regresara con él.

Pero era solamente eso. Un sueño.

Esa misma tarde visité a mi madre y fue cuando recibí una llamada que lo cambió todo.

Completamente todo.

—Debo decir que me sentí conmovido por la declaración que dio Valentino.

No puede ser.

Es Serkin.

—¿Qué es lo que quiere,s?

—Logré escaparme donde tu querido Valentino me había enviado. No sabe que tengo contactos así que no me importa haber salido un par de noches. No me hundiré si no lo hundo.

—Oh, Dios mío. ¡¿Qué es lo que quieres ahora?! —Le grito mientras veo todo a mi alrededor camino a casa de los abuelos de Carli.

—Oh, no intentes buscarme, Bella. No puedes verme. Pero yo a ti sí.

—¿Qué es lo que quieres maldito cobarde?

—A ti y su carrera yéndose a la mierda como la mía.

Su amenaza continúa.

—Quiero que hagas que renuncie. Así como él hizo que Bella desapareciera. Míralo como un empate.

—¿Y si no lo hago? Temo lo peor.

—Sí no lo haces es sencillo. Lo mataré y te violaré de la forma en que note imaginas. Siempre al final ganaré.

—Te doy dos días. He venido hasta América por eso. Te mandaré la dirección del hotel y esta vez te follaré. Después de eso. Le dirás a Valentino que regresas con él con la condición de que renuncie al senado y serán felices por siempre. ¿No lo ves? Al final yo gano y tú también.

Corta la llamada él muy cobarde de mierda hijo de perra y yo corro hasta donde sea que no esté no pueda verme ni encontrarme.

Llorar no sirve de nada. Por lo que dejo mi sangre enfriar. Valentino no tardará en buscarme o llamarme. Esta vez responderé.

Y todo por fin acabará.

—

Hoy me desmayé. A causa de la falta de nutrientes en mi sistema. No me había dado cuenta que en estos días había dejado de comer lo suficiente para mantenerme fuerte.

Carli y sus abuelos se han portado demasiado bien conmigo y no pienso darles más molestias.

Como lo que la abuela de Carli me ha preparado y pongo otra cara.

—¿Te sientes mejor?

—Eso intento. Pero no dejo de culparme de que hayas perdido la oportunidad de trabajar en Rusia por mi culpa. Carlitoma mi mano.

—De eso nada. Ya llegarán más oportunidades. Así como a ti. Este vuelo lo emprendidos juntos y no pienso abandonarte por nada del mundo.

—Eres tan buen amigo.

—Y tú tan terca —Señala mi móvil —Es mejor que le hables. El pobre hombre se te ha declarado en televisara internacional. Por lo menos merece escuchar tu voz y que sepa que estás bien.

Tiene razón pero hay muchas razones que tienen nombre y apellido por el cual deba llamarlo y más me vale hacerlo ahora mismo. Tengo las horas contadas.

—Lo haré.

Tomo mi móvil y salgo al jardín donde nadie pueda escucharme. Las manos me tiemblan. Sé que escuchar su voz me romperá.

Pero debo hacerlo.

En el primer tono responde a la llamada.

—Nena . . .

—Valentino. . . —Hago una breve pausa —Lo he visto.

Lo he escuchado todo. Yo. . .

—Me he enamorado de ti.

Eso hace que me rompa a llorar. Mis sollozos no los controlo. Y del otro lado escucho a Valentino suspirar.

Él también está llorando.

—Por favor. Por favor, Valentino. Perdóname.

—¿Nena, por qué me pides perdón?

—Sí quieres estar conmigo hay algo que debo hacer primero. Solo así podremos ser felices. Por favor es tu turno de confiar en mí. ¿Puedes hacerlo?

—Anabella . . .

—Por favor, Valentino. Por favor. . . confía en mí.

Tras una larga pausa.

—Siempre.

—

El muy hijo de puta ha mandado la dirección a día siguiente. Y esta noche lo veré. Esta vez en un hotel lujoso.

Me ha pedido que usara la peluca y debo acatar sus órdenes antes de que se enfade y cambie de opinión.

La vida de Valentino corre peligro.

Si lo salvo de alguna manera me estoy salvando yo.

Me llevé la sorpresa de que, esta misma tarde recibí un paquete.

Dentro había un vestido color negro. Zapatos.

Y una peluca de cabellera negra.

El hijo de puta mal nacido me envió todo lo que debo usar.

Ahora con todo ya puesto y en camino hacia el lujoso hotel estoy armada de valor para enfrentarlo de una vez por todas.

Será algo rápido.

—

En cuanto entro a la habitación siento el aroma a las velas. La música en el fondo y mucha oscuridad que apenas y logro ver con la luz de las velas.

Me dijo que me sentara en la cama. Así que es ahí donde me dirijo.

No siento miedo.

Siento que estoy en un lugar conocido y que me lo imagino a él. A Valentino.

Por muy enfermo que sea. Es mi único consuelo. Imaginar que estaré con el hombre que amo.

Siento la cama hundirse detrás de mí y me preparo. En cuanto siento su aliento en mi cuello todo mi cuerpo se relaja ante ese tacto y acto conocido.

Un vendaje en mis ojos es puesto y cuando estoy acostada por completo se coloca sobre mí y busca mis labios.

Lo siento. Lo conozco.

—Eres tú.

Apenas y escucho mi voz. Todo mi cuerpo se relaja al saber que es Valentino. No sé si es parte de mi imaginación. Si estoy volviéndome loca.

Pero es él.
—Te dije que siempre te encontraría.

Y mi mundo comienza a girar de nuevo.

EPÍLOGO

Y mientras le hago el amor a mi mujer. El hijo de puta de Serkin está siendo arrestado. Esta vez me encargaré de que no pueda sobornar a nadie y que no salga de la cárcel.

Ahora hay más pruebas en su contra y de eso me encargué yo.

Le esperan muchos años. Si es que sale algún día. Aunque lo dudo. Las grabaciones y audios de él agrediendo y acosando a otras mujeres lo acabarán.

Mi hermosa Anabella pensó que estaba sola. Más no sabía que yo siempre voy cinco pasos adelante. Sabía que Serkin intentaría vengarse.

Sabía que ella intentaría de nuevo salvarme. Pero era mi turno de devolver el favor. Y no de Serkin.

Sino el favor de hacer que mi corazón latiera de nuevo. Eso es algo que nunca podré pagarle.

Pero lo intentaré cada día. Algún día dejaré el senado. Aunque era el deseo de mi padre. Y ahora tengo mis propios deseos gracias a ella.

Mi deseo de una vida juntos.

—No estés nerviosa —Digo tornando su mano y llevándola a mi regazo mientras vamos conduciendo.

—¿Crees que le guste?

—Nena, creo que le encantará.

Hoy llevaremos a su madre a casa, donde recibirá la ayuda que necesita por el tiempo que sea necesario.

Mi hermosa novia está nerviosa y yo también, pero por otras razones que solamente su madre y yo sabemos.

Ha sido mi compinche en los últimos días preparando este día. Debo sorprender a las nuevas mujeres de mi vida.

Al bajar del auto llegamos al centro donde está su madre esperándonos, todas sus cosas ya están en el auto y ahora solamente tenemos que llegar a nuestra nueva casa y decirle que se quedará con nosotros para siempre.

—Es hermosa —Dice una vez hemos dado un pequeño recorrido.

—Te quedarás a vivir con nosotros —Le digo —Y es definitivo, Isabel!.

Ella me ve con los ojos llorosos.

—Oh, mamá —Madre e luja se abrazan y yo les doy un momento de privacidad para prepararme para lo siguiente.

El llanto era su señal.

—Ahora estaremos juntas, mamá —Escucho que Anabella le dice, se encuentra de espaldas a mí e intento que su culo no sea una distracción para mí, aunque es inevitable.

Isabell comienza a llorar, eso es algo nuevo. Anabella la abraza y se alarma.

—¿Mamá, qué necesitas? Ahora ella está sonriendo y viendo detrás de su hija. Me ve a mí.

—Necesito que digas que sí —Le dice.

Anabella no entiende y con ayuda de su madre le da la vuelta. Es cuando me ve, de rodillas en el fresco pasto de la que será nuestra nueva casa. Pero no como cualquier pa reja, sino como marido y mujer.

—¿Te casas conmigo? —Le grito a los cuatro vientos, sosteniendo el anillo en mis manos.

Ella corre hacia mí gritando un sí y ambos caemos uno sobre el otro. Me devora los labios y yo hago lo mismo con ella.

—Nunca me esperé algo así.

La abrazo contra mi pecho y cierro mis ojos cuando le digo: nena.

—Pues me alegro de ser el primero y el definitivo,

UN AÑO DESPUÉS

Estoy acostado en nuestra cama.

Desnudo, mientras ella. está en el baño preparándose para meterse a la cama conmigo. Ha tardado más de lo normal y me pregunto qué esitará haciendo mi pequeña tra viesa ahí dentro, me temo que tendré que ir por ella si esto se prolonga por más tiempo.

La puerta se abre y lo primero que veo es una larga y perfecta pierna asomarse, lentamente voy subiendo la mi rada, hasta que mis ojos se quedan clavados en lo que lleva puesto.

Una peluca.

—Bella quiso salir a jugar .

Mi erección salta y ella se da cuenta. Lleva en su mano un pañuelo negro.

Me pregunto si es para mí.

—Y quiere dominar a la bestia.

—¿Dominarme? Asiente con la cabeza y camina hasta mí. Mis manos saltan a sus pechos mientras me coloca el vendaje en mis ojos. Por más que quiera ver a Bella, me excita saber que so lamente la podre sentir,tocar y disfrutar. Pero lo que ella no sabe es que la bestia aun dominada jamás será frágil, seré duro, tal y como le gusta.

—Bésame —Le pido y siento sus labios en los míos.

Son dulces y cálidos. Recorriendo su cuerpo, llevo hasta su culo y lo aprieto fuerte hasta tumbarla de espaldas a la cama.

Ella gime y se echa a reír a carcajadas ante mijuego, pero la callo cuando me hundo en su sexo.

—Tengo muchas ganas de ti, nena.

—Y yo de ti,bestia.

Frotando su clítoris hago que se moje más y se corra en un segundo. El vendaje me lo quito del rostro y la veo, está ruborizada gracias a su orgasmo, apenas y se ha recuperado cuando me hundo en ella, en la orilla dela cama, con sus piernas en mis hombros, la penetro tan fuerte que el im pacto la hace gemir son poder controlarlo.

—Eres tan dulce.

—¡Oh, Valentino! Por mucho que nos guste follar duro, logro contro larme y me uno a la cama con ella. Besando su cuello, bajando por sus firmes pechos y llegando hasta su proveniente vientre, me quedo ahí unos segundos, pensando en que nuestro bebé está ahí adentro.

—Te amo —Le susurro.

—Deja de hablarle a nuestro bebé y hazme el amor.

—Tu madre es egoísta —Me burlo en su vientre.

Bella me gruñe y toma mi cabello para atraerme a su boca. Me tumba y ahora estoy acostado y ella sobre mí cabalgándome con maestría. Apenas y puedo aguantar un segundo más. Ella sabe que verla de esa manera me mata.

Tengo lo mejor de ambos mundos. Anabella y Bella.

—Te amo, señora Vólkov.

Con su boca entreabierta me sonrío y no para de moverse.

—También te amo, señor Vólkov.

Mis manos tocan su cintura y levanto mis caderas para tomar el control.

—¡Oh, Dios! ¡Valentino !

—Eres tan hermosa —murmuro con una voz ronca —. Me encanta darte

placer. Me encanta ver cómo el orgasmo recorre todo tu cuerpo.

—Valentino.

—Te necesito.

—Lo sé. —Le beso los labios—. Estoy aquí. Me vuelves loco. Vas a correrte para mí otra vez.

Ella es la primera en correrse y gritar mi nombre, su peluca cae a un lado de mi cuerpo y la penetro más hasta que me uno a su orgasmo, cayendo ella sobre mi pecho y quedándonos así, abrazados siendo uno solo.

Es así como me imaginé una vida con ella desde la primera vez que la vi usando esa peluca. Y fue así como la vida misma me lo volvió a recordar cuando frente a miles de personas y cámaras me preguntó si era gay.

Sonrío al recordarlo.

Veo a mi esposa y se ha quedado dormida en mi pecho. Una lágrima se derrama por el costado de mi mejilla. No me molestó en limpiarla, pues son las que me enorgullecen derramar ahora por ella. Las de felicidad.

Las pesadillas se han ido, la bestia aparece cuando Bella lo hace y es el dúo que mejor nos conoce y que es el remedio para cualquier absurda pelea.

No hay duda alguna, se me apetece una eternidad con ella. Quizás esta bestia no fue tan bestia ya que encontró su bella antes de perder su humanidad por completo.

Se lo debo todo.

—Gracias por hacerme feliz—Le susurro al oído. Ella sonríe ante mí y me doy cuenta que no había estado dormida del todo. Nota que mi erección está dura de nuevo.

Así que pone sus manos temblorosas sobre él y comienza a mover su mano, haciéndome perder la cabeza de nuevo.

Pasa sus brazos por encima de mí y me planta un beso antes de montarse sobre mí. Siento que se va deslizando dentro y sus piernas comienzan a temblar por el placer.

Acelera el ritmo de sus embestidas.

—Nena, ¿tienes idea de lo que estás haciendo con migo? Estrellándose sobre mí y mostrándome esos pechos en la cara no hay manera de que pueda aguantar un poco más.

—Me estás follando como una diosa.

El orgasmo está llegando, palpitando por todo mi cuerpo, acumulándose en lo más profundo de mí.

Agarrándole los muslos, la penetro más duro.

—Así —murmuro lamiéndole todo el pecho hasta llegar al otro pezón, removiendo la lengua por la punta dura y dolorida —. Córrete para mí. Quiero que te corras mientras me montas.

Moviendo sus caderas, sentí el placer de la exquisita sensación de que ella entra en mí de una forma tan perfecta.

—Valentino —susurra —. . . Ah, por favor. . .

Le agarro la parte posterior del cuello con una mano y la muñeca con la otra, curvando su cadera para entrar un poco más hondo.

—Eres tan bella, tan sensual. . . Voy a volver a correrme por ti otra vez.

Eso es lo que provocas en mí, Anabella. Nunca tengo suficiente.

Acelerando ambos nuestro ritmo, me pierdo en ella, en su orgasmo, en el mío, siendo uno solo. Ella ahogando un grito y echando la cabeza hacia atrás, yo sin perderme las vistas, esa forma peculiar que tiene de correrse y morderse los labios con los ojos cerrados, me excita. Las venas de mis manos de marcan sobre sus pechos, estrujándolos y tomándolos como míos.

Perfecta.

Y mi diosa del sexo, me sonríe desde arriba y con un ronroneo tierno me responde:

—De nada.

SOBRE LA AUTORA

Kris Buendia, nació y creció en Honduras. Obtuvo su título de diseñadora gráfica y leyes. En el 2015 publicó su primera novela y tuvo su primer gato llamado Luke.

Es fundadora y Directora Creativa de Ediciones K, una firma de servicios editoriales para autores. Ha escrito más de 30 novelas.

Kris es una Winchester y escribe sobre villanos, amor y mentiras.

Visita para conocer sus otras novelas: www.krisbuendia.com

ÍNDICE

B de Bella

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

EPÍLOGO

SOBRE LA AUTORA